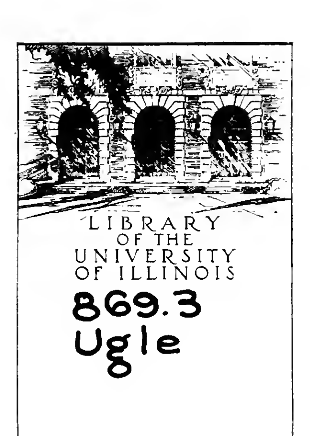
BIBLIOTECA SOPENA

Las espontáneas

Manuel Ugarte



Ramon Sopena
Provenza 95 Barcelona



OBRAS DE MANUEL UGARTE

Paisajes Parisienses, con un prólogo de D. Miguel de Unamuno, Garnier hermanos, editores, París.

Crónicas del Bulevar, con un prólogo de Ruben Darío, Garnier hermanos, editores, París.

Visiones de España, apuntes de un viajero argentino (1904), Sempere y Compañía, editores, Valencia.

Vendimias Juveniles, poesías, Garnier hermanos, editores, París.

La Novela de las Horas y de los Días, con un prólogo de D. Pío Baroja, Garnier hermanos, editores, París.

Enfermedades Sociales, Ramón Sopena, editor, Barcelona.

Una Tarde de Otoño, Garnier hermanos, editores, París.

Las Nuevas Tendencias Literarias, Sempere y Compañía, editores, Valencia.

El Arte y la Democracia, Sempere y Compañía, editores, Valencia.

Cuentos Argentinos, Garnier hermanos, editores, París.

La Joven Literatura Hispano Americana, Librería Armand Colin, editores, París.

Burbujas de la Vida, Librería Paul Ollendorff, editores, París.

El Porvenir de la América Española, Sempere y Compañía, editores, Valencia.

TRADUCIDAS AL FRANCÉS

Contes de la Pampa (traduction de Mlle. Pauline Garnier), Garnier frères, editeurs, Paris.

La Jeune Litterature Hispano Americaine (traduction de M. Raymond Laurent, E. Sansot, editeur, Paris.

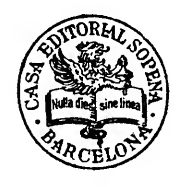
TRADUCIDA AL ITALIANO

Racconti della Pampa (Biblioteca Amena, volume numero 797), Fratelli Treves, editori, Milano.

:: :: BIBLIOTECA SOPENA :: ::

MANUEL UGARTE

LAS ESPONTÁNEAS



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

PRÓLOGO

Las espontáneas son las que no han recordado, son las que no han previsto. En la hora difícil no recordaron las costumbres, las contingencias, la ley. En el empuje sincero no previeron la traición, el cansancio, las propias desilusiones. Fueron al amor ingenuamente, divinamente, con los ojos vendados, sin empañar el cristal de sus almas con una reflexión o una sospecha. Y de golpe en remolino siguieron en la vida, fueran cuales fueran las situaciones o los azares, con la misma sonrisa iluminada, con la misma ofrenda devota hacia el altar imposible.

Corazones y temperamentos abandonados a sus ímpetus de primera intención, reacios a reflexiones y cortapisas, se lanzaron un día al mar aturdidamente sin consultar derroteros ni itinerarios. Si delinquieron, llevan su expiación en su propia aventura; si las olas las castigaron, acaso las ha absuelto la eternidad.

En el ambiente cosmopolita de las grandes ciudades, ambiente de humo en el horizonte y en las almas, abundan los temperamentos desorbitados que rompen con los cánones de la virtud sin caer precisamente en el vicio, porque de él los aleja y los salva una luz espiritual que se mantiene encendida en la tormenta, un sentimiento idealista que atenúa y embellece, una honda pena que todo lo hace acaso perdonar.

Al reunir en un haz especial estos retratos de mujeres a la vez enfermas y atrayentes, culpables y simpáticas, que se hallaban diseminados en diversos libros míos o que permanecían inéditos, tengo la convicción de que el volumen podrá parecer ligero, pero nunca libertino. No es desde luego lectura que se pueda recomendar a una colegiala, pero quien conozca la vida no encontrará nada en él que indique delectación en el mal. Son escenas un tanto melancólicas de la existencia actual en las correntosas babeles modernas, devoradoras de almas; son siluetas doloridas que sucumben o se elevan en el vendaval de sus desilusiones; son seres irregulares si queréis, pero todo se halla santificado por la sinceridad o por el amor. Si así no fuera, carecerían de interés y entrarían de lleno en categorías clasificadas. Lo que hace que desde el punto de vista artístico y humano sean atrayentes, es precisamente el invariable penacho altivo que levantan.

Algunas de las protagonistas de estos cuentos no viven del todo en esa atmósfera, pero moralmente fraternizan con ella y la presienten en las

lejanías de su destino. Son las irregulares para las cuales no ha sonado aún la hora del drama, pero ellas saben que debe venir y esperan con impaciencia la mudanza y el sufrimiento, que es el objeto inconfesado de sus vidas.

Unas y otras son en realidad pobres almas ilusas, rebeldes a la vez y sometidas, pero sinceras en su desarreglo, y así han pasado de la vida al libro, despreocupadamente espontáneas.

EL AUTOR.

LUCIANA

LUCIANA

---

*Diciembre 25 de 19***

Los pintores daban anoche un baile *costumé* en Montmartre en honor de Gavarni ; un baile menos desmelenado que el de *Quatre-z'Arts*, pero más atrevido que los del Elíseo. Las actrices de París se dieron cita en él naturalmente. Y la sala fué un palacio de luz y de ensueño, donde se hacinaron la juventud y la belleza. Una marquesita empolvada que me rozó al pasar, me deslumbró con su saludo. Toda mi melancolía se desvaneció con su mirada. Una bocanada de juventud me subió a los labios. No pude contenerme, y seguí tras ella.

—¿Quiere usted oírme?

—No...

—¿Por qué?

—Es usted curioso...

—Costumbre...

—Mala costumbre.

—Usted puede corregirme.

—¿Cómo?

—Escuchándome.

—Y si lo hiciera... ¿qué diría la dama que le acompañaba a usted hace un instante?

—¡Ah! ¿Usted ha visto...?

—Sí...

—...Es una amiga de circunstancia...

—¿Unión libre?...

—...Y la menos feliz de todas.

—¿Por qué la conserva usted?

—La fortuna me ha sido adversa tantas veces, que es natural que hoy la elección me cause miedo.

—¿Teme usted una *reprise?*

—O agravación...

—¿De qué?

—De incompatibilidades...

—¿Se cree usted una palabra sin rima?

—...Difícil de rimar...

Una pausa.

—Poeta... ¿Verdad?

—Poeta para amar; pintor para traducir...

—Ya me parece que le conozco.

—¿Y usted?

—Enamorada del teatro de mañana; prisionera del de hoy: artista de entreacto.

Otra pausa.

—¿Por qué tiene usted los cabellos tan rubios?

—Y usted, ¿por qué los tiene tan negros?

—¿Es reproche?

—No; prefiero el ébano al oro.

—Yo, por mi parte, he adorado siempre esas cabecitas hechas con rayos de sol que he visto en la calle, en el bosque o en mis sueños... pero ninguna me ha gustado tanto como la de usted.

—...Nos alejamos demasiado. No olvide usted que le aguardan...

—¿Y si lo olvidara?

—Se lo recordaría yo.

—¿Por qué?

—Porque no quisiera lastimar un derecho.

—¿Cuál?

—El del primer ocupante.

—¿Es usted guardián de legalidades?

—No; pero respeto las instituciones que cada cual se ha dado libremente.

—¿Y si yo deseara cambiar de forma de gobierno y transformar mi estado?

—Afrontaría usted los riesgos de una revuelta y se vería obligado a proceder a la nueva elección que le da miedo.

—La elección está hecha.

—¿Ha aceptado la elegida?

—Conteste usted por ella.

—Sería una usurpación.

—¿Y si la elegida fuese la cabecita rubia de que hablábamos ha poco?

—Es una suposición imposible.

—¿Por qué?

—Porque le esperan a usted... Vaya usted a donde le esperan.

—Venga usted conmigo.

—...¿Para presentarme?

—No, para salir del baile.

—¿Y adónde iríamos?

—A nuestra casa.

—¿Y en qué casa es «nuestra casa»?

—En la mía.

—Hace media hora que conversamos y no ha dicho usted aún una sola palabra razonable.

—Ensayemos. Mañana hay mercado de flores en la plaza de la Magdalena. ¿Quiere usted que nos encontremos por casualidad, a las diez, ante el kiosko de los claveles blancos?

—¿Mañana?

—Sí.

—Pero... ¿está usted seguro de que no le aguardarán mañana?

—Desde este instante me considero libre.

—¿Y si el actual gobernador se niega a dimitir?

—Vea usted... Allá... Junto al estrado de la orquesta...

—¿Qué hay?

—Un gran sombrero rojo con plumas que se inclina al oído de un estudiante...

—¿Es ella?

—Y el estudiante es «mi mejor amigo».

—¿Cree usted que...?

—Estoy seguro.

—Entonces... iré mañana a comprar los claveles blancos.

—Gracias. ¿Me permite usted que la acompañe ahora hasta su casa?

—No.

—Razones...

—No estoy sola.

—¿Un amigo?

—Un protector...

—¿Dónde?

—En aquella mesa, al lado de la entrada del jardín...

—Muy respetable... ¿Sesenta años?

—Confiesa cincuenta y cinco...

—¿Comerciante, o juez?

—Senador.

—¿Reaccionario?

—Naturalmente.

—Mil felicitaciones.

—Se equivoca usted... pésames. Adiós. Mañana a las diez...

—¿No me da usted nada antes de partir?

—La mano.

—Es mucho y es poco...

—Búsqueme usted detrás del abanico...

—...Gracias.

—¿Le gustan a usted los claveles blancos?

—Mucho; pero prefiero los rojos que acabo de besar.

Y en la sala de baile que ardía, me pareció ver girar las luces y bambolearse las gentes, tal fué la emoción en que me sumió el encuentro. Los grupos de máscaras me empujaban al pasar... De la multitud se levantaba un rumor de existencia fácil. La orquesta ejecutaba un vals vertiginoso, que ponía cascabeles en el alma... Se me ocurrió que acababa de entrar en la vida, que todo era nuevo y radioso, que el pasado era un sueño. Mil imágenes de felicidad pasaron en una cabalgata loca sobre los campos floridos del porvenir. Hubo en mi corazón un remolino de fragancias nuevas... Cambió mi estado interior ante una dulce perspectiva. Y fué mi sentir tan hondo, mi esperanza tan ancha, mi felicidad tan completa, que me sorprendí un deseo loco de correr y dar saltos, de reír y lanzar gritos, como una fuerza libertada ante los vastos horizontes.

Luego vino la reflexión, y traté de estudiar mis sensaciones. Aquella mujer, cuyo nombre era un misterio, me había invadido en un instante y se había apoderado de mi ser de una manera brusca, como si fuera la «esperada». Pero la emoción que sentía, ¿estaba destinada a ser pasajera o durable?... ¿Era pasión o amorío?... ¿Cómo saberlo?... Un amor es como un bosque inexplorado: al aventurarnos en él nunca sabemos lo que su misteriosa sombra nos reserva. Cada encuentro es una bifurcación de nuestra vida, un paso hacia la noche. De ahí las perplejidades que nos trabajan en esas encrucijadas del destino.

Pero recordando las aventuras de otras épocas, comparando la tranquila indiferencia de antes con la ansiedad de ahora, caí en la cuenta de que mi casa ardía. Y fué una sensación de pavor y de gozo, cuando me convencí de que aquello era irre-

mediable. Mi vida desamparada se acercaba a una costa que podía ser un puerto o un precipicio; pero era preferible un desastre a la dolorosa monotonía de los últimos meses de abandono, durante los cuales mi alma había sido barca sin remos. El incidente me causaba pavor, porque me sentía desarmado ante el vértigo que comenzaba a arrebatarme. La desconocida se había hecho dueña de mi voluntad desde la primer sonrisa. Todo mi ser era suyo. Y nada más natural que mis temores, al saberme atado a un amor que podía hacer de mí un desgraciado o un héroe. Sin embargo, la esperanza de dar un objeto a mi sensibilidad, de concretar mis vibraciones, de unificar mi alma dispersa de soñador y de inquieto, me hizo saborear la primer felicidad. Comprendí al fin el objeto de la existencia. Me reconcilié con el mundo. Nada más hermoso que vivir, puesto que la vida dejaba de ser vida para trocarse en ensueño. Y en el entusiasmo y la fuga de mi primer deseo realizado, me pareció que el universo se transformaba ante mis ojos como una decoración de feria. Eran cascadas de luz, palacios de pedrería, cielos extraños, panoramas ideales, que se escalonaban y se perdían en horizontes de oro y de púrpura que resplandecían bajo el sol. Y la ciudad criminal, la ciudad gris, cuyo hábito enfermo me había envenenado durante un año de melancolía y de sombra, parecía resucitar y renovarse también al conjuro de los pájaros que cantaban dentro de mí.

Mientras estas imágenes se atropellaban en mi cerebro, del baile en brama se levantaba un rumor confuso de alegría... Las mujeres, cuyas caras de golosas de amor se purificaban al reflejarse en los espejos, sonreían en la sala dorada llena de luz, donde gemían los violines de los *tziganos*. La fiesta me rodeaba y me ceñía como un mar. Tuve que abrirme paso con los codos para llegar hasta

el café. Allí me dejé caer sobre una silla, apoyé los codos en la mesa de mármol, y me quedé con los ojos fijos en el torbellino de las gentes, mirando sin ver, como si soñara...

Una voz armoniosa me despertó:

—Mañana compraré claveles blancos.

Era mi marquesita de ensueño. Pasaba junto a la mesa, cogida del brazo del grave senador. Sus ojos me buscaron y cambiamos una sonrisa.

Como se dirigían hacia la puerta, seguí tras ellos. Se detuvieron un instante en el guardarropa para sacar los abrigos. Después salieron por el largo corredor alfombrado de rojo. El carruaje esperaba al volver la esquina, y anduvieron algunos pasos por la acera que la lluvia acababa de humedecer. La silueta delicada y frágil de aquella mujercita rubia vestida de seda rosa, se destacaba de una manera extraña en la decoración obscura de la calle donde los transeuntes tiritaban de frío... Para subir al cupé se remangó la falda con un gesto elegante y se instaló de un salto en el fondo de la caja obscura. Su compañero desapareció tras ella. El cochero hizo arrancar los caballos... Y cuando yo creía que todo había concluído, vi que una manecita enguantada me decía «adiós» desde la ventanilla del carruaje.

Nada más melancólico que las calles de París, en invierno, a las tres de la madrugada... Pero esta vez me han parecido encantadoras. Conversando con la imagen que traía dentro de mí, he venido por ellas lentamente, a pie, hasta mi barrio lejano. Y al entrar al taller, he sonreído como si no estuviera solo.

*Diciembre 26 de 19***

Mis perspectivas morales me han parecido a menudo tristes y lluviosas, como paisajes de Ho-

landa. Pero mi corazón es desde ayer un rincón de Andalucía.

—Tienes veinticinco años — me he dicho hoy al levantarme, mientras me peinaba ante el espejo—, pero no has despertado aún. Pobre niño medroso, te has confinado en el ensimismamiento de una vida aislada. Has estado enfermo de sensibilidad, y has pretendido curártela escondiéndola dentro de tı. Has sido un iluso. Hay hombres que, fuera de la murmuración, el vino y la lujuria, no tienen otros resortes, y pasan por la vida como retratos, ajenos a todo lo que realmente existe. Hay otros, en cambio, que se enclaustran en el mundo de las ideas, se niegan a bajar al universo palpable, y acaban por llegar, de especulación en especulación, acumulando monólogos de alma, a un país brumoso y solitario donde se ahogan. Búscate entre estos últimos. Pero debes felicitarte de haber resucitado a tiempo. Has aspirado el veneno de París sin contaminarte... Sin embargo, has estado a punto de morir de asfixia. Te habías elevado a las regiones en que, a fuerza de ser pura, la atmósfera se hace irrespirable para los humanos. La soledad es un bien, porque ayuda a la percepción y nos sirve de pico elevado desde donde contemplamos fríamente el hervidero de la vida. Pero también es un mal, porque nos arrincona en el pesimismo, y nos aleja tanto y tanto del propio ser material, que acabamos por no saber movernos en nuestro medio de cultura, que es el mundo. Todas esas gentes deficientes, incompletas, moralmente baldadas, que nos rodean y se creen erróneamente tipo perfecto de la humanidad, no deben causarnos tanto horror que nos condenemos por ellas al destierro. Seamos indulgentes con los que viven un minuto de la vida, mientras nosotros la vivimos toda entera. Y sepamos unir la sonrisa y la meditación, la rosa y el roble, que en el matiz

está el secreto de la naturaleza. Si no has sido un neurasténico, pobre amigo, has estado a punto de serlo. Sé que has tenido razón en tus tristezas y amarguras, sé que son exactos tus juicios sobre el mundo y sobre los hombres, pero te ha faltado la serenidad de los que conocen el anverso y el reverso de la vida. Desde hoy la tienes...

Y, reconfortado por este discurso, me vestí con una agilidad desconocida. Tan cierto es que todo está en nosotros y que basta una flexión de la voluntad, o un salto de la esperanza, para transformarnos. Como nunca, anudé cuidadosamente el lazo de la corbata, cepillé mi mejor traje, di buena forma al chambergo, y bajé las escaleras gozando la realidad de mi juventud.

El mercado de flores de la Magdalena, con sus dos filas de alegres puestos donde alterna el perfume de las violetas y las rosas, es una sala de conversación y un hueco de poesía. La elegante frivolidad de las mundanas se despereza en esa especie de invernáculo que forma un círculo de ensueño alrededor de la vetusta iglesia. Bajo los techos de lona se multiplica una maravillosa floración de colores matizados que van desde el blanco lilial, hasta el rojo ardiente, y desde el verde amarillo hasta el azul turquesa. Sobre el fondo obscuro formado por las grandes hojas verdes de las plantas exóticas, se destacan las frescas flores húmedas que la brisa balancea sobre los tallos. Y aquí la margarita, allá el clavel, y más lejos las rosas, parece la plazuela un lugar donde hay torneo de belleza. De rato en rato una parisiense envuelta en pieles atraviesa el espacio libre, hace su provisión de geranios, y vuelve a acurrucarse en su carruaje, después de haber dejado las flores junto al asiento del cochero, mientras la griseta que sale de la casa de modas con la caja redonda colgada al brazo se detiene absorta, mirando a la dama y las

flores, sin saber por qué razón tienen unos tanta felicidad y otros ninguna.

Naturalmente, llegué mucho antes de las diez. Y al cabo de un instante empecé ya a sentir la ansiedad y la impaciencia de la espera. En vano consultaba el reloj y veía que faltaba aún mucho tiempo para la hora convenida. Se me antojaba que cada mujer joven que aparecía en el fondo de la calle venía hacia mí. Cien veces estuve a punto de correr al encuentro de una extraña. Cuando constataba mi error, caía en un abatimiento mortal, como si todo estuviera perdido. Al dar las diez, me pareció que mi corazón era un pájaro que aleteaba y quería salírseme del pecho. La última campanada resonó en mis oídos como un toque de agonía. Puesto que no ha llegado ya — pensé—, es que ha cambiado de idea, que ha sido distraída por otro amor, que ha olvidado quizá la cita y el encuentro, en ese mareo amable de la mujer feliz para quien todo es una sonrisa. De pronto se me antojó que había querido burlarse. La conversación pudo ser un devaneo de mujer engreída que mata el tiempo jugando con el alma de los demás. ¿Cómo podía reparar seriamente en mí aquella reina elegante que atravesó la fiesta como rayo de luz, dejando un resplandor en la mirada de todos los hombres? ¿Qué merito tengo ante ella? Extranjero, pobre y desconocido, solo soy en París una de esas individualidades anónimas que obstruyen las calles y las plazas, como figurantes, como «fondo» en una tragedia donde otros representan los principales papeles. ¿Había descubierto ella acaso lo que hay dentro de mí? ¿Me había adivinado en el porvenir?... Era imposible... Las rápidas palabras cambiadas, sólo pusieron en contacto nuestra superficie. Nos conocimos de labios afuera. ¿Por qué razón me habría preferido entre tantos centenares de hombres vestidos de negro, que ambu-

laban como yo por los salones, buscando una aventura en los ojos? Era evidente que el amorío sólo había sido una broma de baile, de fantasía... Entonces me vinieron ganas de echarme a llorar en mitad de la plaza, como un niño. Los sollozos me subieron a los labios. Pero me contuve y, para disimular mi debilidad, consulté el reloj... Eran las diez y cinco minutos... Un resplandor de esperanza se filtró. ¡ Las diez y cinco minutos !... Un guante olvidado, un encuentro imprevisto, un impedimento al atravesar una calle, podían haberla retenido cinco minutos más... Por otra parte, nunca se llega exactamente a una cita... Una mujer de mundo se hace esperar un cuarto de hora, porque sabe que cuanto más tarde llegue, más placer causará con su llegada... Volví a interrogar las aceras, hasta donde alcanzaba la vista. Siempre me parecía distinguir a lo lejos, entre las cabezas de los transeuntes, un sombrero de buen gusto que tenía que ser el de ella. Se me antojaba verla en el fondo de todos los carruajes que pasaban... Una vez estuve a punto de hacer seña de parar a un cochero en cuyo cupé creí percibir una silueta que me pareció la suya. A fuerza de mirar, se me encandilaron los ojos y acabé por no distinguir más que una confusión de formas que se entrecruzaban en una ciudad bamboleante... Para descansar, levanté la vista a la altura de los techos de las casas que un raro sol de invierno comenzaba a dorar a aquellas horas... Y cuando volví a mirar..., la «marquesita» saltaba de una victoria que se había detenido a dos pasos de donde yo estaba...

Toda la alegría de mi corazón se me subió a los ojos. Primero hice un movimiento brusco, como para precipitarme hacia el carruaje. Después me quedé inmóvil, retenido por no sé qué extraña cortedad. Pero ella me miró. Su tenue sonrisa me arrancó a mi embotamiento. Y me encontré a su

lado, oprimiendo entre las mías una pequeña mano enguantada y nerviosa que me apretó también los dedos, como si quisiera trasmitirme un estado de alma. Entonces me sentí naufragar en el perfume adormecedor de aquella mujer hermosa que tenía un beso en los labios...

—¿Llego tarde?

—Sólo sé que ha llegado usted; eso basta.

—¿Vió usted mi «adiós» de anoche?

—Lo oí, porque me resonó en el corazón.

—Y ¿qué hizo usted después?

—Seguí por las calles, solo, conversando con el recuerdo, hasta mi casa...

—¿Solo?

—No; con su imagen...

—Como yo con la de usted...

—¿...De veras...? ¿Las frases rápidas que cambiamos no se han desvanecido con el mareo de la fiesta?... ¿Vivo en usted, como usted vive en mí?... Me parece imposible lo que oigo... ¿Me quiere usted como la quiero?

Un brazo de seda se enlazó a mi brazo y me oprimió... Dos ojos se clavaron en los míos... Las palabras cayeron en el silencio como flores...

—¿No lo adivinas, poeta?... Si no fuera verdad... ¿estaría yo aquí?...

Entonces me pareció escuchar las fanfarrias de triunfo de *Aida*. Un vigor nuevo invadió todo mi ser. Y echamos a andar entre las flores, conversando de ella, de mí, de todo, como si nuestra relación datara de mucho tiempo...

—Somos viejos amigos — me dijo de pronto, interrumpiéndose una frase—, pero todavía no sabemos nuestros nombres.

—Es verdad — repuse, sin salir de mi ensueño—, parece que nos hubiésemos libertado de la vida. Nos hemos hallado en un sendero y hemos seguido caminando juntos, sin preguntarnos de

dónde veníamos ni a qué lejana ciudad encaminábamos el paso. No nos hemos conocido, nos hemos reconocido. Ignoramos nuestros nombres, pero sabemos nuestras almas. Para mí, usted es *ella*. ¿Cuál es el otro nombre?

—Luciana Lardot... ¿me ha oído nombrar usted?

—Mil veces. Es usted la primera actriz en la nueva Comedia del Coliseo. La heroína es una ingenua ambiciosa que rompe dos matrimonios y desbarata una familia con el solo fin de hacerse una reputación de belleza. Sé el argumento por los periódicos. Todos hablan de usted. ¡Luciana Lardot! He visto el nombre en letras de luz en las esquinas de las calles...

Sobre nosotros pasó como una nube de malestar.

—¿No va usted a menudo al Coliseo? — preguntó en seguida Luciana para evitar el obstáculo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque aborrezco al público, casi tanto como adoro el teatro. Cuando entro a una de esas salas doradas, llenas de luz y atestadas de gentes vanidosas que abren estrepitosamente las puertas para marcar su aparición, me siento tan lejos del arte y de su bella solemnidad, que prefiero a menudo privarme del placer que me proporcionan los buenos dramas. Sólo Wagner ha sabido organizar una escena digna de los artistas. Por lo demás, las obras que se representan son a menudo medianas. Los autores se ven en la necesidad de agradar al público, y escriben piezas vacías, como la que triunfa ahora en Coliseo. Mientras el teatro sea monopolio de la clase dominante, sólo reflejará su bajeza y sus vicios.

—Ha dicho usted mi pensamiento; nadie des-

precia más que yo el medio en que vivo y el estado actual del arte dramático.

—¿Por qué se ha dedicado usted entonces a él?

—¿Por qué pinta usted telas que los comerciantes de su barrio no comprenden? El antagonismo entre la vocación y el medio en que se realiza, no puede privarnos de consumar nuestro ensueño.

—Tiene usted razón, pero...

—¿Lamenta usted acaso que yo me llame Luciana Lardot?

—No... y sí. El hombre célebre no halaga mi vanidad de hombre, porque el amor no es para exhibirlo, sino para guardarlo en el fondo del alma. Pero me encanta que tenga mi compañera una inteligencia superior, una sensibilidad vibrante, que, unidas a su belleza, hagan de ella un símbolo de la poesía. Desde ese punto, me entusiasma que se llame usted Luciana Lardot. Es grande honor para un artista desconocido merecer la confianza de la divina mujer sentimental cuya alma esparce tantas cosas bellas. Pero me contraría que sea usted la actriz famosa, porque para serlo ha tenido que frecuentar un mundo mezclado, poco digno de nosotros. Esas promiscuidades de la escena, esa fácil escalera de abandonos por donde baja la *théâtreuse*, favorecen la descomposición del alma. El ideal vive difícilmente entre las bambalinas. El *trompe-l'œil* de las decoraciones se contagia a los sentimientos. Mil tentaciones y mil imposibilidades relegan a la actriz a un círculo de falsa felicidad, donde el corazón es un mueble inútil. Se habitúa a venenosas perezas de alma. Y cuando quiere reaccionar y poner en juego todo su espíritu, se encuentra a veces con que su corazón se ha helado para siempre.

Luciana me interrumpió con un gesto amargo...

—Algo hay de verdad en lo que usted dice... Pero no toda actriz es *théâtreuse*... Sepamos dis-

tinguir la que hace de la escena un escaparate de lujuria, de la que se eleva a más altas concepciones y ve en el teatro un instrumento para realizar belleza. El arte dramático me ha atraído desde mi primera juventud, y me he librado a él toda entera. Ha sido una vocación, no un expediente. He estudiado con entusiasmo, he trabajado con ahinco, he conquistado un nombre, y mi corazón, siempre sano, a pesar de las concesiones hechas a la vida, ha seguido siendo un rincón de la infancia. La moral burguesa, que es la prehistoria de la moral, quiere que toda actriz sea una aventurera de gestos libres y besos fáciles. Los atavismos lo decretan. Además, queda en las gentes primitivas un sentimiento rudo que les hace querer rescatar su admiración, insultando después a lo que admiraron. Sólo reconocen la superioridad intelectual de una persona, a condición de prestarle en su vida privada las peores torpezas. Con lo cual creen establecer un equilibrio que les permite reconocer el mérito del prójimo sin dejar de considerarse superiores a él. La especie humana parece haber nacido, más que para crear, para impedir. Su esfuerzo se reduce casi siempre a apagar lo que brilla, a desgajar lo que surge, a derribar lo que se alza. Cuando no puede conseguirlo, emplea todas las artes para envilecer a la persona, ya que no puede desprestigiar el nombre... En el teatro, todas las glorias tienen para el público, además de la mancha original de ser glorias de teatro, otra mancha particular y caprichosa que nos arroja el despecho de los envidiosos. La palabra *actriz* significa para la mayoría: «ser amoral y bajo que autoriza todas las suposiciones». No conciben que en la escena pueda existir una mujer como las demás, tierna y sentimental, apasionada y sensible. Para ellos la función de la actriz es el placer; su fisonomía es la careta. Y no todas las que hacen vivir las heroínas de los

dramas, son vendedoras de amor. Hay almas puras que han abrazado el arte dramático como un refugio de ideal, como un medio de expresión para exteriorizarse... Realizan una vida superior desde la escena. Son las mentoras del alma. Despiertan en el ser interno de cada espectador todos los grandes sentimientos que duermen en la vida. Y ¿cómo han de ser siempre vulgares y chatas aventureras, esas vibrantes mujeres enternecidas que se apoderan de un público y le imponen el desahogo de las lágrimas, que distribuyen su riqueza de sentimiento, que hacen atmósfera de dolor y de angustia alrededor de tantas gentes satisfechas, y que, en el esplendor de su grandeza trágica, llegan a apoderarse con su emoción de un momento de la vida de todos? Confiese usted que no es posible guardar rencor a las actrices por las pocas libertades que se toman. La misma prevención con que las mira la opinión mojigata, las obliga a buscar sociedad y atmósfera favorable en otras regiones de moralidad menos ortodoxa. Pero lo que puede ser legítimo derecho de algunas, no es voluntad de todas. Y aun en el teatro, aun en esa cueva que la generalidad supone putrefacta, existen corazones simples y tiernos, enamorados del ideal. ¿No se arrepiente usted de haber hablado?...

—Sí... tratemos de olvidar mi pesadilla...

Luciana me miró un minuto con sus ojos celestes llenos de madrigales, y después de un silencio en que pareció tratar de ver lo que pasaba en mí, me estrechó fuertemente la mano y me habló de las flores, de la mañana, de los libros últimos, como si quisiera distraer su imaginación y olvidar una idea penosa.

Ya habíamos recorrido el mercado dos veces, a pasos cortos, abstraídos en nuestra conversación, sin darnos cuenta de lo que pasaba. Las vendedoras se habían apercibido de ello y comenzaban a

murmurar... El aspecto delicado y elegante de Luciana, la hacía notable a pesar suyo. Todo denunciaba en ella a una mujer excepcional... Su talle delgado y flexible, su traje lleno de distinción en la riqueza, sus movimientos aristocráticos, y sobre todo su delicada fisonomía de ángel rubio, la convertían en centro de atracción que hacía volver todas las cabezas. Más de un transeunte nos estudió detenidamente al pasar. Algunos nos miraban alternativamente como si hallaran una contradicción, y se alejaban con una sonrisa insultante, pensando quizá que entre una mujer *chic* y un hombre mal vestido, no podía haber más lazo de unión que el del dinero. Luciana notó también ese detalle. Pero los dos nos encogimos de hombros. ¡ Estábamos tan lejos de lo humano!

Como dieran las once, Luciana interrumpió nuestra conversación con una sonrisa.

—Muy bien — me dijo, deteniéndose entre dos puestos de flores—, lo que decimos es hermoso, pero debemos separarnos.

—¡ Qué pronto acaban los sueños! — murmuré, mirando la avenida gris que se extendía hasta el límite, con su doble fila de árboles escuetos, que parecían tiritar de frío...

Entonces Luciana quiso partir, pero yo la detuve con un gesto y compré un gran ramo de violetas dobles que le entregué después, sin mirarla, acompañándola hasta el coche.

—¿Cuando nos volveremos a ver? — dije, reteniendo su mano entre las mías.

—Cuando usted haya olvidado a la actriz... — repuso, escapándose y subiendo de un salto a la victoria, que echó a andar velozmente.

La fuga fué tan brusca, que me fué imposible tratar de impedirla. Seguí a Luciana con los ojos, sin saber qué hacer. El coche dobló la calle, y «la marquesita» no se volvió como yo esperaba para

decirme «adiós». La mano de nieve no me saludó como al salir del baile. Entonces me quedé absorto, con los ojos vacíos, como si acabara de desmoronarse mi universo.

Comprendí que mis dudas habían lastimado profundamente a Luciana, sentí el dolor de la herida que había hecho en aquella alma enferma de sensibilidad. Y empujado por una angustia desbordante, por un deseo loco de reparar mi error, me di a correr en la dirección que había tomado él carruaje, sin pensar que ya debía estar muy lejos. Cuando me convencí de la inutilidad de mi intento, me detuve, me puse a mirar un escaparate, enjugándome la frente. Estaba inundado de sudor, a pesar del frío que hacía apretar el paso a los transeuntes. Después me arranqué de allí y seguí caminando a pasos lentos, sin saber a dónde iba. Hallé un café a mi paso y entré, para descansar un instante y poner en orden mis ideas.

La sala estaba vacía y me acurruqué en un rincón donde no me podían ver desde la calle. Pedí un periódico para componerme una actitud. Traté de olvidar la emoción que me ahogaba. Y comencé a barajar una serie de ideas y suposiciones en la media luz de un monólogo cerebral que acabó por aturdirme.

Al cabo de media hora, cuando me levanté y salí a la calle por donde pasaban grupos tumultuosos de empleados que salían de los almacenes para ir a almorzar a las fondas de las cercanías, me sorprendí una extraña irritación contra mí mismo. Era evidente que yo era el único culpable de mi desgracia. Mi temperamento caviloso y descontentadizo me hacía hurgar en todas las cosas para descubrir el daño. No tenía la cordura de gozar de la felicidad sin analizarla. Vivía espulgando los sentimientos, las gentes, las circunstancias y la vida, con una prolijidad meticulosa de maniático, empe-

ñado en encontrar las manchas del armiño. Y mi tarea era tan estéril, tan nociva, tan contraproducente para mí mismo, que había llegado al punto de no poder ser feliz sin agriarme esa felicidad con una sospecha, con una prevención, con algo que me desgarrase el alma. Una mujer joven, hermosa y célebre había venido hacia mí, me había arrancado al somnambulismo de mi vida obscura, me había ofrecido un ideal, un amor, una amistad, todo lo que me faltaba, y con pretextos sofísticos y especiosos, yo encontraba medio de echar la llave a mi puerta cuando la felicidad venía a llamar.

—Decididamente — me dije—, Juan Lapeña no ha nacido para vivir en el mundo...

*Diciembre 27 de 19***

No me perdono ciertas delicadezas de alma. A veces me abandonan todas mis fuerzas y me vienen ganas de huir hacia países desconocidos de donde vine quizá...

El fracaso de ayer me ha sumido en una tristeza brumosa que me asfixia. Luciana sigue alzándose en mi recuerdo como una visión ideal que me rozó un instante y desapareció en seguida. Conservo de ella el retrato, el perfume y la voz. Y cada vez que rememoro las palabras torpes con que la ofendí, me viene un deseo violento de arrodillarme, como si hubiera insultado a una Diosa.

He buscado sus señas en el Anuario del *Tout-Paris*.

Vive en la avenida del Bosque, en un palacete que he admirado, al pasar más de una vez.

Pero, ¿de qué me sirve conocer su casa, si no puedo ir a verla? ¿Cómo presentarme ante sus ojos después de lo ocurrido? Mi dignidad y la suya nos lo impiden. La palabra fué terminante:

«*Cuando olvide usted a la actriz...*» Es decir, nunca... ¡Si pudiera olvidarla!... Pero mi vida ha sido hasta este instante tan incolora, tan neutra, que la aparición de Luciana ha dejado una huella imborrable...

Mi cerebro ha sido todo el día un campo de maniobras, donde han luchado los proyectos y las resoluciones más inverosímiles. Mareado de tanto pensar, he salido al atardecer a la calle, sin rumbo, para distraerme. Siempre que me hiere un dolor, hay un instinto inexplicable que me lleva a buscar alivio en el roce de la multitud, en las calles llenas de gente, donde parece que perdemos nuestra personalidad, para confundirnos con los grupos y transformarnos en elemento...

Después de errar dos horas por los bulevares tumultuosos, me detuve sin saber por qué, ante un teatro. Un grupo de curiosos comentaban el gran aviso que anunciaba la representación. Recién entonces desperté... El aviso decía así:

TEATRO DEL COLISEO

El 27 de Diciembre

134ª REPRESENTACIÓN

DE

LA INGENUA AMBICIOSA

comedia en cuatro actos, de Marcelo Lafargue

El papel de Adriana estará a cargo de la incomparable actriz

LUCIANA LARDOT

que ha creado esta obra de la manera magistral que todos saben

Y seguía una larga enumeración de los títulos y méritos de la actriz, que el *barnum* exhibía como

un animal raro. Me ofendió esa manera de explotar la sensibilidad y el arte...

Pero no pude resistir a la tentación de entrar.

Los grupos se estrujaban ante la ventanilla del billetero. Había protestas, interjecciones, y remolinos. Cuando conseguí comprar mi asiento, me arrepentí de haber entrado. Pero ya estaba en el corredor que conduce a las butacas y era imposible volverse atrás. La *ouvreuse* se apoderó de mi abrigo y me condujo a un sillón de primera fila, junto a los palcos de la izquierda. La posición era excelente para ver a Luciana. La casualidad me ponía al alcance de sus ojos... Un resto de superstición atávica me hizo creer que *alguien* quería que nos volviésemos a encontrar.

La sala estaba atestada de gente. Se oía ese rumor de público ansioso que anuncia una predisposición al aplauso. De tiempo en tiempo resonaba acompasadamente el zapateo del gentío de las galerías, cansado de esperar. La obra era célebre. Todos los diarios habían hablado de ella con elogio. De ahí el entusiasmo y la curiosidad de los espectadores.

Por fin sonaron los tres golpes en la escena, y se descorrió la gran cortina de felpa granate.

¿Debo contar el asunto? ¿Debo referir mi emoción cuando descubrí en medio de la decoración fastuosa, la deslumbrante silueta de Luciana? ¿Debo analizar las sensaciones de esos instantes divinos y terribles en que hubo en mi corazón como el pánico y el vértigo de un combate? Difícil sería dar una idea de lo que pasó en mí. Me quedé con los ojos fijos en el grupo donde sonreía Luciana, llena de languidez, oyendo distraídamente las cortesías de una media docena de *snobs* que la asediaban. Era la escena del baile en casa del marqués de Normandy, cuya descripción había leído yo tantas veces en los periódicos. Los cronistas en-

salzaban el lujo de la *mise en scène*, y sobre todo la belleza de Luciana, que resplandecía sobre aquel conjunto, vestida de naturalidad y de suprema distinción. Todo lo que recuerdo de la comedia, es ese primer cuadro. Después se me confunden las imágenes, y sólo veo una sucesión de actitudes incongruentes, de gestos inexplicables, de personajes inútiles, alrededor de la belleza y la sensibilidad de una mujer que llora, ríe, suplica, impera, en diferentes trajes, con diferente emoción, pero con la misma maestría. Inmóvil, desde mi sillón, seguí sus ademanes, sus entradas y salidas, sus ternuras y sus cóleras. Todo el primer acto pasó en un minuto, como un sueño. Y cuando se corrió la cortina, me quedé aturdido, como después de un vértigo.

La conversación de un matrimonio que estaba a mi lado, interrumpió mi desvarío. Comentaban la obra. Y los dos se excedían en elogios sobre la novedad del asunto y la belleza de las situaciones.

Recién entonces recordé el argumento de *La ingenua ambiciosa*. Nada más bajo y más torpe que aquellos cuatro actos del autor dramático del día. El asunto era de una indecencia inverosímil y lamentable. No había una gota de ideal, ni una palabra de justicia, ni un gesto digno del hombre. Las escenas se desarrollaban en una media luz de alcoba elegante, donde todo tenía un matiz frío e indiferente de encuentro ocasional. Era la apología del egoísmo, del engaño, de la lujuria; la verbosa y fácil comedia que agrada a los despreocupados y a los ahítos. Producto de una literatura artificial que tuvo un instante de boga, ese genéro sólo seduce hoy a los sobrevivientes del siglo muerto. Las nuevas generaciones, las que traen la sana y vigorosa visión de la humanidad de mañana, lo rechazan como nocivo y como espúreo...

...Cuando se descorrió otra vez la cortina, caí de nuevo en mi fascinación del primer momento.

Pero Luciana me vió desde la escena... Fué un relámpago... Sus ojos se encontraron con los míos y huyeron en seguida, solicitados por las exigencias de la acción dramática. Pero así que vino uno de esos remansos breves en que la protagonista escucha, las miradas se cruzaron otra vez. Me pareció que Luciana, sin salir del carácter de su personaje, había mostrado un poco más de vivacidad y de alegría. Quizá no la disgustaba verme en el teatro... Mi tristeza comenzó a desvanecerse... Volví a sentirme *renacer*, como el día anterior antes de la cita... Aquellos ojos que se volvían de largo en largo hacia mí, me daban calor y fuerza.

Cuando terminó el espectáculo y me encontré envuelto en el remolino de gentes apresuradas que se ponían los abrigos y obstruían los corredores empujándose hasta la calle, tuve un instante la idea de aguardar a Luciana junto a la puerta de los artistas... Pero me contuvo la idea de verla salir acompañada.

Entonces eché a andar lentamente calle abajo, volviendo la cabeza de tiempo en tiempo, sin saber por qué. Al llegar a una encrucijada me detuve... La idea de esperar a la puerta de los artistas volvió a relampaguear en mí... Después de un instante de vacilación, desanduve lo andado... Al encontrarme otra vez frente al Coliseo, dudé todavía. Pero entre los carruajes que se alineaban al borde de la acera, creí reconocer el de Luciana y me decidí...

Ante la puertecilla pequeña y obscura, estacionaba un grupo de cocheros, una vieja mendiga, y dos elegantes que conversaban, con el cuello del sobretodo levantado y un cigarro en la boca.

Primero vi salir un pelotón de coristas que bajaron precipitadamente por la calle hasta la estación de los ómnibus. Después, una pareja que se fué en uno de los coches. Después dos mujeres her-

mosas que se tomaron del brazo de los elegantes que las aguardaban.

La calle se quedó sola...

La mendiga, que había recibido algunos cobres, se puso a contarlos, sentada sobre el escalón de piedra...

—Déjeme usted que añada algo más — le dije, dándole un franco.

Entonces me contó lo que sufría en aquellas noches heladas de diciembre, y de confidencia en confidencia, llevamos la conversación al teatro, en lo que ella podía observar desde ese sitio donde estacionaba desde hacía mucho tiempo.

—Sentada en este escalón — me confesó—, he visto pasar en un año, más bajezas y más mentiras que en medio siglo. Todas *ellas* son igualmente malvadas. Hace tres meses, se suicidó aquí, sobre esta piedra, un joven, un niño casi, que esperaba, como tantos otros..., y que vió salir a la dama con un rival.

—Pero... — interrumpí, sin atreverme a concluir.

La mujer, que pareció adivinar mi pensamiento, continuó.

—Sólo hay una que se diferencia de las demás... Es caritativa y afable... No trae intrigas, ni misterios... Todos los domingos me da un luis, como si fuese una acción convenida... Así que acaba el espectáculo, sube a su carruaje y se va... A veces, muy rara vez, la acompaña un hombre serio, condecorado... Por el cochero sé que es su único amante... Nadie le conoce más amistad que ésa... Y es la más aplaudida de todas... Dicen que gana mucho dinero representando sus papeles... usted ha oído quizá el nombre... Se llama Luciana Lardot.

Una mentira inútil se me escapó de los labios.

—Me dirá usted cuál es, si sale ahora... — dije, fingiendo no conocerla.

—Ha tiempo que escapó... — repuso la mendiga, haciendo con la mano un gesto incierto— ; así que acaba su papel sale del teatro... No es como otras, que se desvisten perezosamente en los camarotes escuchando la charla de los amigos... No es como ésta — continuó, designando a una que salía—, cuyos amantes la invitan con champaña en la escena así que baja el telón...

Pero yo no oía ya sus palabras. Me ahogaban dos sensaciones diferentes : la contrariedad de no haber podido ver a Luciana y el gozo de saber que merecía mi cariño.

Con un pretexto vago me separé de la mendiga y me alejé en dirección a mi casa. Antes de acostarme, me quedé sentado largo tiempo, con los pies desnudos sobre la alfombra, pensando en mi amor por Luciana Lardot, en la amarga suerte de la mujer que mendigaba a la puerta del teatro, y en la incongruencia y la inverosimilitud de la vida, hasta que, mareado por la letanía de las horas, me desvanecí en el sueño.

*Diciembre 29 de 19***

Demás está decir que hoy he ido también al teatro. Por una casualidad rara, me atribuyeron un asiento muy cerca del que ocupé anoche. Y cediendo quizá a un movimiento instintivo, Luciana me buscó con los ojos así que se descorrió el telón...

Fué una sonrisa inefable.

Antes de que acabara la pieza, me instalé junto a la salida de los artistas, abstraído en mis pensamientos... Pero una voz obscura me saludó desde un hueco de sombra. Era la pobre mujer que me habló anoche de Luciana...

Le estreché la mano y, para distraer mi ansiedad, comencé a pasearme a lo largo de la acera... ¿Qué decir a Luciana? ¿Que perdonara mi locu-

ra... que había cedido a un instante de sin razón... que mi actitud de mañana haría olvidar mi actitud de ayer? Todo eso era vulgar y frío... No expresaba mi angustia interior... No traducía el hervidero de mis fibras... Aquella situación debía ser sintetizada de un trazo, en una frase luminosa y brillante como una lágrima.

De pronto surgió «la marquesita» en el dintel de la puerta.

No estaba sola. El grave senador la acompañaba... No sé si me vió, porque yo traté de disimularme, recostándome contra el muro lleno de sombra. La vi subir al carruaje y partir... Después me alejé, con las manos en los bolsillos, sin saber qué pensar. Pero la mendiga me detuvo al paso.

—Quería usted hablar a Luciana Lardot...—me dijo con un extraño acento maternal que me dejó conmovido— ; y ha tenido usted poca suerte, porque rara vez la acompaña ese señor...

—Le hablaré mañana — contesté, afectando indiferencia.

—Mañana no — repuso vivamente la mendiga—, porque mañana no viene. Los sábados se hace reemplazar por otra actriz para tener un día de descanso.

Y después de un instante de silencio :

—Si quiere usted escribirle — añadió—, le llevaré la carta...

No sé por qué, pero me inspiró aquella mujer una confianza sin límites. Me entregué a su iniciativa... Y quedó convenido que vendría al día siguiente a mi casa.

*Diciembre 30 de 19***

Sobre un cuadrado de papel de copia, he escrito sencillamente estas palabras :

«He olvidado a la actriz, aunque la aplaudí anoche. Pero la he olvidado para acordarme mejor de la marquesita de los sueños. ¿Quiere usted perdonarme y oírme?»

...¿Cuál será la respuesta de Luciana?... Me pierdo en conjeturas... Lo único que me reconforta es la sonrisa tranquila de la buena mujer que, al partir con su mensaje, parecía decirme: «Descansa en mí...»

*Diciembre 31 de 19***

La respuesta no dice más que:

«Mañana le espero a usted de cuatro a cinco, con un clavel blanco en el pecho.»

Pero estoy mareado y atónito, como el reo a quien le notifican su gracia. Es la revelación de un mundo que se abre a mis ojos como un paisaje ideal. En mi corazón estallan extrañas y tumultuosas tempestades de vida. Parece que se abren las esclusas del futuro y que me inunda una claridad que nunca había sospechado. Mi primera juventud resurge en mí. La sonrisa me vuelve a los labios. La esperanza retoña en mi corazón. Se diría que la ciudad se transforma y se alegra, que las gentes se desperezan y dan saltos, y que el año acaba con un himno a la belleza y al amor.

Sin embargo, la casa, el patio y el taller están húmedos y sombríos como desde el comienzo del invierno... En la calle todo tiene el mismo aspecto gris... Los miserables se encorvan bajo la lluvia, vestidos de harapos, con sus bolsas de desperdicios sobre la espalda... Por el cielo borroso y hostil pasan cabalgatas de nubes, que huyen quizá de un gesto... Todo repite en la ciudad la canción triste

de la mala estación, en que al dolor y al llanto del hombre se añade el llanto y el dolor de la naturaleza...

... ...

...En medio del taller donde arde la estufa, me asalta una idea mortal. Se me antoja que mi alegría me hace olvidar el dolor común, que desde que soy feliz siento menos ternura por los que sufren, que la vida se me aparece más fácil y menos empinada, que mi corazón cierra las puertas que le acercaban al mundo, y que para ser justo y ser bueno, es necesario sufrir y no salir de la desgracia... En vano me interpela el egoísmo y me pregunta si no tengo yo derecho a vivir también... Es la voz de los atavismos que quieren resurgir... ¿De que me habría servido desmenuzar los resortes de orgullo que conducen a los hombres, si no he aprendido a juzgarme?... Pero, ¿es incompatible mi felicidad con el bien?... Mi primavera interior, ¿no me dará más fuerza para combatir el dolor de los demás?... Siendo dós, ¿no podremos compadecer con mayor intensidad a los que sufren? Es seguro que, desde el rincón caliente de nuestros besos, comprenderemos mejor la angustia de los que tiritan en la vida.

... ...

A veces me viene la idea de que voy al encuentro de un fracaso... Todas mis ilusiones han revestido siempre ese aire de bestias perseguidas que tienen los niños pobres... En el tumulto de hombres gordos, felices, condecorados, que inundan la ciudad y monopolizan la dicha, ¿cómo puedo esperar yo el imposible de realizar todo mi ideal? Quizá es Luciana, a pesar de su sentimentalismo, una de esas actrices vulgares que consideran el amor como un pasatiempo... Si fuera así... Pe-

ro, ¿no me ha probado lo contrario con su actitud?... Mañana... Mañana... ¿Qué me traerá «mañana»?... ¿Un desengaño más?... ¿El ensueño?...

... ...

Una carta que la casualidad trae a nuestras manos termina la historia:

«*Fontainebleau, enero 20 de 19***

»Estimado X:

»Nos hemos refugiado en esta pequeña ciudad para poder estar más cerca el uno del otro. En las vastas poblaciones hay siempre un recuerdo, un temor, un deseo que se interpone entre las almas... Aquí estamos más juntos que en París porque estamos más solos.

»Cuando llueve, asistimos a la fiesta de los troncos que arden, se retuercen y estallan en la chimenea roja, por cuyo caño obscuro se escapan las llamaradas azules. Siempre tenemos una docena de libros recientes que escamotean las horas. Mientras cortamos las páginas, hacemos conjeturas sobre sus méritos, y cuando comenzamos a leer, nos comunicamos las impresiones, interrumpiendo a veces el capítulo con una digresión vivaz que lo completa.

»Así que asoma el sol, y en este invierno asoma más a menudo que de costumbre, salimos campo afuera por los senderos blancos que conducen hasta el corazón del bosque. Y las mismas hojas secas que se amontonan bajo los árboles, la misma

nieve que los adorna a veces, añaden a la naturaleza un encanto singular que sólo pueden conocer los que como nosotros son felices.

»Durante ésas excursiones, conversamos del pasado y revolvemos nuestra historia como un cajón de papeles viejos. Nuestra vida data de la primer frase que cambiamos. Todo lo demás es arqueología.

»Luciana viste trajes sencillos para tratar de pasar sin que la noten, pero la elegancia es tan difícil de esconder, que a veces se le escapa y asombra a las gentes del lugar, que nos observan con temeroso respeto. Por eso evitamos las calles de la población y preferimos el campo. En el bosque nadie nos mira. Luciana se pone un chal de seda sobre la cabeza, se envuelve en su capa obscura y echamos a andar cogidos del brazo, con paso rápido y menudo, con pretexto de exploración, hasta encontrar una fuente o un estanque. Todo nos encanta y nos asombra... Los troncos añosos, los insectos, el agua verdosa y fría... A veces nos detenemos a examinar un árbol o a recordar una estrofa... Otras, nos ponemos a cantar en la soledad del bosque mudo... ¡Si oyeras cómo resuena nuestra voz! Cada sílaba retumba y se repite, hasta morir. Se diría que las palabras rebotan varias veces antes de caer en la nada... Nosotros prestamos el oído para no perder ninguna de las vibraciones... Y cuando el último rumor se extingue, cuando reanuda el silencio su silbido, nos echamos a reír sin saber por qué... Vuelve nuestra voz a turbar la solemnidad del bosque, vuelve a parpadear el eco, volvemos a escucharlo... y cuando cesa, se reanudan aún más fuertes nuestras risas... No te encojas de hombros... Acuérdate de que somos felices...

»La criada que nos sirve está encantada de nosotros. Dice que parecemos dos novios de su país,

Ella es de Suiza. Y en Suiza son campos de égloga.

»Lo cierto es que bógamos en el cielo. Mi ventura es tanta, que me parece que se traduce en todo. Hasta se me antoja ahora que te escribo en letras de luz...

»Pero, seamos razonables, y conversemos.

»Sabes que hice traer del taller lo necesario para seguir pintando. Mis caballetes, mis telas, mis colores, están ahora aquí en una sala grande llena de luz donde trabajo con más gusto que en aquel cuarto estrecho que daba al patio. Pero han quedado allá algunos muebles, algunos rastrojos de mi vida anterior... Te agradeceré que los vendas... No quiero que quede nada que pueda recordarme lo que he sufrido...

»Desde aquí, desde mi existencia nueva, voy a emprender el verdadero combate postergado. Ya tendrás noticia de mí. Como todos necesitamos una convicción central, un eje de vida, todos necesitamos también un amor, un punto de apoyo. Yo lo he conseguido, y ahora me siento apto para esas grandes proezas sin sangre de los buscadores del ideal.

»Mi obra será toda de piedad y de altruísmo. Quiero fijar en telas capaces de emocionar a todos, la pavorosa epopeya de los rebaños miserables que salen de las fábricas al atardecer royendo un mendrugo; quiero despertar la piedad que duerme en el fondo de los corazones; quiero sacudir las fibras de los favorecidos por la suerte, arrancarles a su ensimismamiento y hacerles ver la desolación del mundo por donde el dolor pasa segando las vidas. Mis pinceles retratarán la angustia de las almas que agonizan en los subterráneos de la sociedad, removerán los estercoleros de la prole, y harán oír el grito ahogado de los humildes. El color y la forma, puestos al servicio de lo justo, cobrarán mayor poder. Al embellecer la vida, ensancharé mi arte.

Y de la pintura, lujo de los ricos, haré un instrumento para libertar a los desheredados.

»Me siento lleno de entusiasmo y de esperanza. Luciana me ha traído un corazón de gladiador entre sus besos. ¡Cuán bello es vivir cuando se tiene un resplandor en la casa y un rumbo en el horizonte!»

KETY

KETY

(Cartán fué una de esas amistades dolorosas que la casualidad trae y la casualidad se lleva. No sé si ha muerto. Una noche nos dijo en el café que partía y le vimos alejarse, como una barca aventurera, con rumbo a mares desconocidos. Desde Holanda, nos envió a París el croquis de una aventura. Es la siguiente :)

«*S'Gravenhage, agosto 27.*

»Era pequeña y nerviosa. Cuando la dirigí la palabra, articuló un «no», cortante, como un chasquido de látigo.

»El tren corría por llanuras indecisas y borradas, plantadas de árboles pequeños y tajadas por canales brumosos, de aguas inmóviles, donde dormían las barcas. Era una eterna serie de puentes oscuros, arroyos grises y céspedes de un verde húmedo, como manchas de bermellón sobre la arena. A lo lejos se erguían los molinos, con las aspas amenazantes, como si aguardaran la arremetida de un Quijote. Y un cielo sucio y espeso como el humo

de una locomotora se desplomaba sobre las cosas, empapándolas de melancolía.

»Veníamos de Rottherdam. Habíamos visto desaparecer por la ventanilla del vagón aquel hacinamiento de casas extrañas, que alzan sus techos agudos como las puntas del bonete de Erasmo. Estábamos solos. Ella se había acurrucado en un rincón del coche, con los ojos entrecerrados. Yo soñaba en frente, cortando las páginas de un libro.

»El crepúsculo caía sobre los campos ; el sol se hundía lentamente en el bosque ; y en la media sombra del vagón, relampagueaban de tiempo en tiempo dos ojos azules, que me atisbaban por las rendijas de los párpados, creyendo no ser vistos.

»Aquella mujer joven y hermosa me inquietaba con su silencio. La dirigí la palabra una vez más. Creo que la dije una insignificancia sobre los canales. Ella movió la cabeza sin responder y cerró los ojos.

»Cuando llegamos a S'Gravenhage, la vi alejarse entre la multitud, como un eco de algo que quedaba vibrando en mí. ¿Para qué seguirla? Me dejaba la ilusión de un poema no realizado y profundamente sentido. Sólo son perfectas las obras que no han sido escritas.»

«S'Gravenhage, agosto 28.

»Parecía que la noche era más hermosa en aquel barrio pobre, junto al canal estrecho, encostrado de musgo. En las casas blancas y modestas brillaban las luces rojas de las lámparas encendidas. En las aceras jugaban y reían muchos niños, vestidos de azul y de rosa, con las cabelleras sueltas y flotantes, como neblinas de oro.

»De pronto, dos sombras blancas cruzaron ante mí, serpenteando sus vestidos : una madre con su

hija. No sé por qué, pero adiviné que era mi compañera de viaje.

»Corrí tras ellas, y ellas debieron oír mis pasos, porque echaron a correr también. Fué una fuga loca, una persecución tenaz, por calles, pasajes y murallones, hasta que nos encontramos en el fondo de un callejón sin salida, sin saber siquiera por qué habíamos acelerado el paso.

»Nos miramos en silencio. Ella, amedrentada, tomó a la niña en brazos y la apretó contra su cuerpo. Yo no supe qué decir. La luz vaga de un farol, nos prestaba perfiles raros. Y había un detalle : la chiquilla lloraba detrás de sus anteojos, mirándome con dos pupilas borrosas, como dos agonías. Entonces me arrebató un vértigo, acorté distancias, devoré razones y, apoyando mis ojos en los de aquella mujer misteriosa, le dije en voz baja : «¿Me quieres?»

Ella se desasió, prolongando una sacudida y, desde lejos, huyendo, volvió la cabeza para contestar : «¡ Te odio !»

«*Scheveningen, agosto 29.*

»Scheveningen es una playa de baños a cuatro kilómetros de S'Gravenhage. Me alojo en un pequeño hotel alemán, lejos del centro, en un barrio de pescadores. He venido para olvidarla y la encuentro. Dos horas después de mi llegada, la vi pasar por la rendija de una puerta entreabierta. Ocupa un cuarto junto al mío. Sólo nos separa un tabique de yeso. Su marido es un hombre grosero, de manos ásperas, un capitán de barco mercante.

»No he comido en el hotel por no encontrarme con ellos en esa horrible mesa redonda de pueblo de mar, donde todos se manosean en una misma conversación vacía. No quería verla más... ; pero, sin poderme dominar, he acechado su salida desde

una calle desierta y la he seguido. Su hija la acompañaba, asida a su falda, como si temiera perderla. El marido quedaba en el café, bebiendo ron con los calafates.

»Entrellovía. Las gotas caían dispersas y silenciosas, en medio de la noche, como lágrimas. El cielo obscuro y apelotonado, gravitaba sobre el mar. Un frío de invierno latigueaba sus ráfagas sobre la playa. Toda la vida de aquel pequeño puerto de pescadores invadido por la moda, se había refugiado en el casino, que resplandecía a lo lejos, con el incendio de sus luces, en una altura.

»Fuí audaz por la primera vez en mi vida. Avancé, la cogí suavemente por el brazo y seguimos andando — en silencio. Ella me había presentido. Solo se asombró la chicuela, que nos miró alternativamente, interrogándonos con el brillo de sus anteojos.

»La luna pendía sobre el mar, como un disco de acero enmohecido. Llegamos hasta el borde de la playa, hundiendo los pies en la arena húmeda. Y la misma ráfaga de viento se llevó dos palabras. Una pregunta mía :

»—¿Mañana?

»Y una respuesta suya :

»—¡Nunca!

«*Scheveningen, agosto 30.*

»Hoy no he salido de mi cuarto. Por una coincidencia extraña, mi vecina ha hecho lo mismo. He oído el rodar de las conversaciones. Su marido ha zarpado con un bergantín, muy de mañana. Será un viaje de cuatro meses. Y ella no ha llorado.

»A las diez de la noche me asomé a mi balcón. Ella estaba también en el suyo, de codos sobre el parapeto. No nos dijimos una palabra y pasamos muchas horas con los ojos fijos en la luna, que

fué subiendo, subiendo, hasta quedar enganchada en un pararrayo, como un corazón blanco atravesado por una flecha.»

«*Amsterdam, septiembre 2.*

»No sé cómo decidimos el viaje. Fué algo superior a nosotros. Aquellas dos horas de ferrocarril en un compartimento atestado de viajeros, se hicieron muy largas. La chicuela dormía con sobresaltos nerviosos. Mi presencia la inquietaba desde el día anterior. ¿Quién era aquel extranjero que se incorporaba a su vida? ¡Y en su cerebro infantil debían rodar ideas confusas de peligro, porque me miraba con desconfianza y me evitaba siempre que podía.

»Hoy nos encontramos a las tres, en una de esas viejas tabernas alemanas, situadas en sótanos húmedos obscuros, con vidrios de colores y muebles antiguos, donde los bebedores se pierden en la penumbra, somnolentos, como el medio ambiente en que están. Decidimos ir a Marken. Cuando bajamos en Monikendan, seguimos un camino estrecho, junto al canal, y entramos al cementerio. ¡Pobre pequeño cementerio! Encerrado entre tres muros, lloraba la muerte con sus piedras obscuras, y modestas, solitario y vacío, a la sombra de los árboles verdes. Apenas si cambiamos dos palabras durante todo el paseo.

»Tres horas más tardes, regresamos a la ciudad, en una barca pescadora que se inclinaba sobre un costado, empujada por el viento. Era de noche. Cuando llegamos al dique, desembarcamos entre dos filas de marineros que fumaban la última pipa, sentados al borde de los murallones.

»—¡Ah! — dijo uno, chanceando—; los maridos, al mar; las mujeres, al amor.

»Nos miramos sorprendidos. ¿Conocían nuestra aventura...? ¡Y nos separamos, con un «adiós» en-

trecortado. Ella entró a la ciudad, y yo me quedé en el puerto, oyendo el bordonear de las aguas.»

«*Amsterdam, septiembre 3.*

»Hoy a las diez de la noche nos sorprendimos en el balcón. Un murmullo, un furtivo apretón de manos y una querella. Exigí la rosa encarnada que llevaba en el corpiño. Y como me la negó, una terquedad grosera me empujó a quitársela. Las manos crujieron en la lucha, los cuerpos se arquearon, y, de pronto, sin saber cómo, estalló un beso. Se enfadó. Y no sé lo que la dije ; fué un vertigo : la cogí por la cintura, la obligué a entrar a mi cuarto y, en la sombra, me apoderé de todo su cuerpo, hundí mis labios en los suyos y la estrujé brutalmente, mientras ella desfallecía.

»Nos desnudamos, más que con nuestras manos, con nuestros besos.

»De pronto, una voz angustiosa gritó en la pieza vecina. Y mientras ella, amedrentada, recogía su ropa, la puerta se abrió de golpe, dos anteojos empañados por el llanto nos buscaron en la oscuridad y un grito terrible retumbó sobre nosotros :

»—¡ Madre !

»Un hedor de vergüenza nos subió a la cara. No intentamos siquiera una excusa. Ella se alejó encorvada, con sus enaguas de blonda bajo el brazo. Yo me dejé caer sobre un sillón. Y, desde la puerta, toda rosa dentro de su camisita blanca, la niña me miró con encono, abrumándome con una palabra inocentemente espantosa : «¡ malo !»

»Al día siguiente se recibió la noticia de que un bergantín había naufragado en la costa. La viuda y la huérfana partieron para Zandvoort, donde las esperaba un cadáver. Y yo salgo mañana para Throndhjem con un nuevo peso de tristeza en el saco de los recuerdos...»



MATILDE

MATILDE

(FRAGMENTO DE UNA CARTA)

«...Llegamos a media noche. La estación estaba desierta y en la calle sombría se alineaban tres carruajes que aguardaban un último viajero.

»En el fiacre nos acurrucamos el uno junto al otro.

»—Dirás que soy niña — me dijo Matilde—, pero tengo ganas de llorar.

»Cuando entró al hotel se enjugó los ojos. El mozo de servicio nos guió a lo largo de las escaleras, llevando en la mano una luz que proyectaba nuestras siluetas sobre el muro pintado de blanco. Todos dormían. Cerramos la puerta y Matilde se echó a llorar de nuevo. Quise hablar y me rechazó.

»Entonces me alejé y abrí la ventana, sin saber lo que hacía. El viento, que entró de golpe, apagó la vela. Me puse de codos sobre el antepecho. La noche era clara. Y me invadió la tristeza de aquella tranquila ciudad de provincia. ¿Por qué lloraba Matilde?

»Las casas sombrías con sus muros ennegreci-

dos por las lluvias; las horas largas de la noche contadas por un reloj que palpita como un corazón y se queja con un lamento sin lágrimas; las torres de la catedral caladas como un encaje; y las luces inciertas que bordean los muros, me impusieron una sonrisa dolorosa.

»En el fondo de mis recuerdos de hacía seis horas, brillaba París, como una mancha de luz que se amenguaba gradualmente, mientras el tren corría por los campos, como una bestia rabiosa.

»Al día siguiente supe el secreto de Matilde. Ha nacido en esta ciudad. La abandonó a los quince años para seguir a un acróbata. Es una historia lamentable y vulgar que no quiero contarte.

»Por las noches, cuando regresamos al hotel por las calles estrechas bañadas de luna, los relojes nos interrogan con sus ojos inmóviles, mientras acompañan con sus campanadas solemnes el último taconeo de los transeuntes retardados. Y a veces, al volver un callejón bordeado de casas tristes, solemos encontrar una pareja de gente joven que se habla al oído y se abraza con ternura, aprovechando los recortes de la sombra, en la soledad de las encrucijadas. Matilde dice que ésa es su historia. Todos sus instintos corrompidos se han borrado desde que está otra vez en la ciudad donde nació. Las noches claras al borde del río, las obscuras callejas apretadas entre dos muros y las vastas llanuras bañadas de sol, la arrastran a confidencias inesperadas. Me cuenta sus crímenes de alma y me obliga a vivir en complicidad con el pasado. Mi hastío acrece por momentos. Somos dos versos sin rima. ¿Qué me aconsejas?

»Por el camino que va a la Bouille, entre dos verdes colinas coronadas de picachos y viviendas de pastores, hay, junto al borde del río, una soberbia casa de campo circundada de jardines y semioculta tras una cortina de árboles espesos, que

extienden las ramas y las unen como chiquillos que se toman de la mano para jugar al corro en la plazuela de su pueblo. Durante nuestros paseos, nos detenemos a veces ante la gran empalizada que circunda la propiedad y recreamos los ojos en los enormes plantíos de rosas moras que se agrupan, a manera de colmenares, sobre la alfombra verde de las almácigas.

»Es la huerta del *loco*. Por lo menos, así la llaman las gentes del país. El mozo de labranza que me trajo la cesta de claveles rojos que encargué ayer en un caserío comarcano, me dijo que es un viejo doctor que hace experiencias de magia. Ya adivinas la historia. Después de haber mordido en las asperezas del estudio y haber compilado la savia de todos los textos, en el desenfreno de la curiosidad, de pie sobre el límite de lo averiguado, ha añadido escalas de hipótesis para salvar el infinito...

»Pues bien, desde que Matilde ha oído la historia, tiene miedo del *loco*. No sabe que todos llevamos dentro del alma un loco desconocido que nos conduce. De no ser así, ¿quién la habría inducido a ella a abandonar la ciudad para seguir a un acróbata?

»A veces vamos a la iglesia de Nuestra Señora del Buen Socorro, situada sobre una colina, en los alrededores de la ciudad. Frente a la iglesia hay un cementerio, a cuya entrada se alza una cruz enorme, donde sangra un Cristo de tamaño natural. Por los tortuosos caminos que se enroscan en la colina como lenguas de arena, suben grupos de agonizantes tan flacos y tan vencidos, que no se sabe si van a la iglesia o al cementerio.

»Les persigue un enjambre de mendigos sobre los cuales parece reinar una vieja pequeña y encorvada que extiende la mano, cantando una copla antigua. Se dice que ha visto pasar dos generacio-

nes de moribundos bajo la ojiva del templo y que sabe cuántos días de vida le queda a cada uno. Algunos la consultan. Y después de haber ganado o perdido una esperanza, los desgraciados vuelven a bajar la cuesta, mientras el crepúsculo cae sobre el río, las primeras luces de gas hacen brotar puntos amarillos en la ciudad lejana, y el Cristo continúa inmóvil, indiferente, como si no oyera los sollozos, como si desdeñara los llantos. Cuando Matilde ve pasar a los enfermos, que arrastran penosamente los pies, como si les venciera la fatiga, me aprieta el brazo y me dice : «Así va mi alma...»

MARCELA

MARCELA

Después de las confidencias a que se había dejado llevar en un momento de abandono, Venosta evitó las ocasiones de encontrarme. Comprendí que se avergonzaba de haber manifestado buenos sentimientos y escrúpulos puritanos en un ambiente donde sólo se respiraba egoísmo. Venosta sólo había asistido a nuestras conversaciones de café, en las que flotaba esa ironía y esa incredulidad mortal que son la esencia misma de nuestra pobre vida de somnámbulos. Ignoraba las vidas interiores. ¡Y nos juzgaba a todos con el mismo desprecio de alma grande que ve hervir en torno suyo una multitud de seres sin forma, inacabados y grotescos. Quizá tenía razón al apreciarnos así. Lo único que puedo afirmar es que sus confidencias me conmovieron, y que si otros encontraron en sus palabras un pretexto para desatar risas vacías, yo sentí hondamente lo que él había sentido y me interesé en esa historia de amor tan simple y tan humana.

Pocas semanas más tarde, la casualidad nos reunió en una de las salas de la Sorbona. Nos acercaba una coincidencia: habíamos experimentado

la misma curiosidad al anuncio de la *causerie* del doctor X*** sobre «los supraterrestres». Al salir, nos estrechamos la mano y Venosta me propuso fumar un cigarrillo en el jardín del Luxemburgo. Los árboles desnudos lloraban su invierno, la nieve cubría los caminos y el cielo borroso parecía caer a plomo sobre las ramas. Nos sentamos en un banco y Venosta se apresuró a hablar :

—Después de lo que hemos conversado la noche última — me dijo—, debemos ser hermanos o enemigos. Mi manera agresiva, no tolera las situaciones falsas.

Le miré fijamente y me comprendió. Teníamos amistad para una vida.

—El principio de aquella aventura — comenzó entonces, como si, acallados sus escrúpulos, continuara una historia — había sido un tanto original. Un conjunto de ideas y de paisajes morales, contribuyeron a darle cierto tinte de intriga. Nos conocimos por casualidad y nos hablamos por no saber hacer otra cosa. Ella tenía quince años y estaba en su primer floración de deseos confusos y de ilusiones locas. Yo era un niño vanidoso— ; un niño, porque sólo así puedo explicar mi torpeza. Nuestro idilio no duró mucho tiempo. Una tarde, sin saber cómo, entramos a un hotel, dispuestos a asesinar nuestra hermosa mentira. Repito que fuimos dos insensatos. Desgraciadamente, sólo lo comprendí al amanecer, cuando se disipó mi locura.

Nada hay más triste que un despertar sobre el lecho de cortinas rojas de una casa amueblada de *faubourg*, en una mañana de invierno. Parece que el alma estuviera cubierta de copos de nieve como los vidrios de la ventana. Se siente un extraño deseo de morir y de desangrarse lentamente para no prolongar el esfuerzo de devorar sollozos. No es posible atribuir una causa inmediata a la angustia,

pero el corazón se hiela y siente caer las flores de escarcha dentro de sí, como caen sobre las guardillas de las casas.

Es una impresión que no olvidaré jamás. Una luz enferma de aurora tardía se filtraba por los vidrios. Sobre la mesa habían quedado la botella de champaña, los vasos, el ramo de violetas marchitas y el par de guantes de Marcela. Junto a la cama, sobre una silla, se amontonaban en desorden sus vestidos. Y en el suelo, cerca de la chimenea que chisporroteaba aún con sus últimos carbones, yacía la falsa carta de la amiga — el pretexto tradicional y siempre nuevo que la había permitido salir para acudir a la cita. Era la historia trivial y eterna : un temperamento joven y curioso, una madre cándida que la creía en casa de una compañera de taller y la inevitable caída en un lecho de ocasión, después de un mes de conversaciones y besos furtivos a lo largo de las calles poco frecuentadas, en el misterio inquietante de los crepúsculos...

Pero un vaho de vergüenza, flotaba como una acusación ante el sacrificio inútil de esa vida, consumado fríamente, sin que interviniera el amor. Tuve la sensación de haber cometido una acción mala. ¿No era acaso un crimen apoderarse de una alma fresca y deshojarla por capricho? Me hice el reproche infantil de haber seducido a Marcela. Y en pleno París, en el tercer piso de aquella casa amueblada donde los sillones conservaban todavía las huellas de tantos cuerpos desnudos, me di a discurrir como un campesino sentimental que ignora la vida. La idea del porvenir de Marcela iba y volvía ante mí, entre un torbellino de mujeres que se ofrecían, solicitando a los transeuntes desde el hueco de las puertas.

Y toda la historia de aquel amorío resurgió en mi memoria, desde el primer encuentro feliz ante

el escaparate de una tienda, hasta el reciente beso de carne bajo la luz tenue y rosada de la lámpara moribunda. ¿Qué fuerza misteriosa me había impelido a atraerla y doblarla bajo mis músculos de hombre, si nunca la había deseado, si no podía amarla nunca? ¿La vanidad estúpida de exhibir un éxito amoroso y vanagloriarme de él ante los amigos...?

Y mientras yo discurría de esta suerte, Marcela dormía, ofreciendo la tentación de sus labios que se abrían todavía para el beso, de sus labios empalidecidos y marchitos que yo había ajado y mordido aquella noche.

El día avanzaba y se posesionaba de la ciudad con su claridad borrosa de invierno. Un pequeño sol rojo, que daba la sensación de algo muy frío, asomaba por sobre el techo de las casas, como sobre un mar de hielo, en la tristeza de los paisajes polares. Mi pipa humeaba un resplandor de cobre, en la penumbra de la alcoba. En la calle, a lo largo de las aceras de una blancura inmaculada, resbalaba, de tarde en tarde, un transeunte, apretando el paso. Y yo seguía masticando mis pensamientos de invierno. Y Marcela dormía.

La idea de que podía despertar y abrir sus grandes ojos, primero desorientados y llenos de lágrimas en seguida, al recordar lo que había ocurrido; la idea de que debía levantarse y vestirse, en esa pantomima grotesca de la mujer fácil que encontramos todas las mañanas en todos los *carrefours*, de regreso de la *garçonière*, con los ojos hundidos y el corsé bajo el brazo; la idea de que aquella chicuela modesta y fragante, se levantaría con audacias de mujer que aún no ha sacudido la borrachera del beso — todo, lo que había pasado y lo que debía pasar, me sumió en una amargura suprema, donde sólo sobrenadaba la idea de huir. ¿Qué aberración innoble me había impelido?

En vano me decía el egoísmo que Marcela tenía quince años y el deseo de ser mujer. A lo largo de las calles incendiadas de luz, a la salida de los talleres, habría encontrado mil ocasiones de hacerse amar y realizar su caída, en brazos de uno de esos desocupados que obseden la multitud, al acecho de una aventura. Pero, ¿por qué había sido yo — precisamente yo?

Bajo el cobertor se dibujaba un cuerpo tan poco desarrollado, que parecía el de un niño. Marcela seguía durmiendo, con los cabellos en desorden...

Mi deseo de huir fué más fuerte que mi voluntad. No pude resistir a la tentación de abrir la puerta. Y todo pareció decidirse en aquel momento. Me vestí aprisa, deslicé un billete azul en uno de los guantes de Marcela, la besé desde lejos, con la esperanza, y me precipité por las escaleras, como un malhechor, hasta la calle.

Arriba quedaba una ilusión. Traté de consolarme, pensando que mi querida de una noche lloraría una hora y me olvidaría después. Nuestro deseo, como el ala de una mariposa, se había desvanecido entre nuestros labios, y sólo nos quedaba de él un reproche, como del ala de la mariposa el polvo dorado entre los dedos.

El despertar de Marcela debió ser terrible, al encontrarse sola, en aquel cuarto de hotel al que había entrado cediendo a mis súplicas. Quizá hundió la cabeza bajo el cobertor y lloró muchas lágrimas. Quizá se vistió aprisa y salió del cuarto con el alma en derrota.

*

* *

Pero Marcela no estaba perdida para mí. Cuando la abandoné en el cuarto del hotel, después de nuestra primer noche de locura, me pareció poder

olvidar todo lo que había pasado. Al cabo de una semana, me convencí de que era imposible. Aquella chicuela no era más que una rosa frágil, que yo había desgajado al pasar, por capricho, para aspirar dos minutos el perfume y arrojarla al arroyo. Pero la conciencia me reprochaba esa acción. A lo largo de mis días grises, no cesaba de ver la flor que yacía en medio del camino, sobre el lodo, intacta todavía, pero condenada a contaminarse. Bastaría que un transeunte distraído la oprimiese bajo el pie, para que se hundiera en la charca. Y me obsedía la idea de volver hacia atrás y tornar a subir hasta nuestro primer ensueño, para recogerla y salvarla.

Marcela vivía en un quinto piso, cerca de la plaza Clichy. La mejor manera de dar con ella, era ir a su casa. Pero me inquietaba la idea de encontrar a su madre, una viejecita amarilla, vestida de negro, muy parlanchina y muy inquieta, a quien había tenido ocasión de ver una vez, al remontar el *faubourg* bajo la lluvia. ¿Cómo explicar mi visita? Pensé escribirle, pero era tan difícil decir lo que había ocurrido, que acabé por decidirme a esperar.

Entonces conocí, durante largos días, la inquietud tediosa de los largos paseos por aquella calle desierta, donde las casas parecían deshabitadas. Nunca vi salir, ni entrar a nadie por ninguna puerta. La calle era propiedad exclusiva de un mercader ambulante, que pasaba todos los días al anochecer, solo, con una regularidad siniestra, pregonando algo que no comprendí jamás.

Al cabo de tres días de acecho, vi salir a Marcela. Pasó junto a mí, con su madre, y descendieron hacia el río. Marcela volvió dos veces la cabeza. Yo seguí detrás.

Las calles huían, las unas tras las otras, con una monotonía desesperante. Atravesamos un

puente, bajo los arcos del cual pasaba el Sena. Marcela se inclinó sobre el parapeto y sentí un escalofrío. Comprendí que miraba las barcas que se deslizaban cargadas de mercaderías. Pero sólo estuve tranquilo cuando la vi alejarse.

Seguimos andando. Me irritaba que las gentes que se cruzaban con nosotros, pasaran contentas, borboteando risas, como si regresaran de una boda. ¿Qué encontraban en la naturaleza o en la vida, para alegrarse de ese modo? Para distraer mis ojos, los fijé obstinadamente sobre Marcela, cuyo cuerpo pequeño y sin curvas, se dibujaba, en líneas vagas, bajo el vestido. La seguí con la mirada por entre los claros que dejaban los transeuntes. A veces desaparecía. Otras, sólo dejaba ver el volante de la falda. Hasta que de pronto, en la rue du Bac, se detuvo ante un escaparate y su madre desapareció bajo una puerta.

Era la ocasión. Sin embargo, permanecí inmóvil, sin atreverme a salvar los pocos pasos que nos separaban. Marcela sabía que yo estaba ahí y fingió no verme. Cuando me acerqué y la estreché la mano, se impuso una sonrisa y me preguntó si había estado fuera de París. La dije que la había buscado. Contestó que salía poco y que había pedido en el taller una semana de descanso. Un malestar extraño nos separaba. ¿Por qué nos era tan difícil volver a hablar de lo que antes nos decíamos tan fácilmente? Entre nosotros había algo que era necesario desgarrar, para poder juntarnos otra vez. Entonces me lancé resueltamente y la dije todo.

Las palabras salieron en oleadas, desbordando la frase. Marcela guardó silencio. Su mano se abandonó entre las mías. Me confesó que había sufrido. Yo la conté mis horas de espera frente a su casa. Me perdonó con una sonrisa. Y como nuestros labios se hinchaban para el beso, nos co-

gimos por el brazo, y sin advertirlo, echamos a andar, deshojando nuevas margaritas de porvenir, al borde del murallón que costea el Sena.

Una primavera había reflorecido para nosotros. Aquel día era un paréntesis de sol, abierto en mitad de la nieve que lloraba sobre la ciudad desde hacía tanto tiempo. Sin decirnos nada, caminamos durante muchas horas, hasta que la noche se apoderó de las calles. Entonces pensamos en la viejecita amarilla vestida de negro. La madre de Marcela había debido esperar. ¿Por qué la habíamos abandonado? Pero un vértigo nos empujaba. Marcela se encogió de hombros y, en un recorte de sombra, junto al muro, me consoló con un beso.

En las calles estrechas y sombrías nos codeaba una multitud indiferente. Nadie adivinaba nuestra felicidad, nadie se volvía para reír con nosotros. Y, sin embargo, eso debía verse. ¡ Estábamos tan alegres !

Por momentos, me sobrecogía una idea incómoda. ¿Por qué era tan dichoso al lado de aquella mujer a quien no quería? En ese momento, creía, efectivamente, no quererla. Una serie infinita de razonamientos, se alineaban dentro de mi cerebro, los unos frente a los otros, como soldados de madera. Yo los contaba. Fué una tarea infantil, que me hizo caminar durante un buen trecho con los ojos vacíos.

Un acuerdo tácito dirigió nuestros pasos hacia la estación del Norte. Yo tenía entonces, en un quinto piso, un departamento compuesto de dormitorio y gabinete. Recuerdo que subimos las escaleras con lentitud, como si tratáramos de darnos cuenta exacta de lo que hacíamos. En un minuto habíamos resuelto dos cosas decisivas: ella, abandonar la casa paterna; yo, abdicar mi libertad. Los dos estábamos consternados. La faz de nuestro pequeño mundo de todos los días, había

cambiado completamente. ¿Qué nos esperaba al fin del camino?

Nunca ovidaré la sensación de expectativa que nos separó al entrar a mi gabinete de trabajo. Los ojos inquietos de Marcela examinaron la habitación, como si comprendiese que se instalaba allí por algún tiempo y quisiese familiarizarse con las cosas que vivirían a su lado. Yo consideré el porvenir que me aguardaba, encerrado en aquella jaula con una chicuela. Quizá estuvimos los dos a punto de renunciar. Yo no ignoraba que comprometía mi porvenir y me obligaba a provocar un rompimiento doloroso, dentro de un año, cuando terminara los estudios. Ella comprendía que se separaba para siempre de su familia y se condenaba a verse dentro de poco tiempo abandonada y sola, en medio de una vida hostil que la devoraría. Pero un empuje inexplicable, una terquedad malsana, nos hizo persistir en nuestra resolución. Sentimos una extraña voluptuosidad al arrojar, en un gesto de pródigos, toda nuestra felicidad al mar. Por un año de dicha mediocre, íbamos a sacrificar dos vidas.

Marcela se sacó lentamente el sombrero y se arregló el peinado ante la chimenea, tratando de perseguirme en el espejo con una sonrisa.

—¿Sabes? — dijo, señalando un vaso, donde yo solía poner claveles—, desde el amanecer bajaré al mercado y siempre habrá flores frescas.

*
* *

Los comentarios de los vecinos no nos impidieron vivir felices durante los dos primeros meses. Como mis recursos no alcanzaban para nuestras necesidades, me vi obligado a copiar manuscritos y dar lecciones de ruso. Pero Marcela tenía sonri-

sas tan tiernas y palabras tan cariñosas, que me consideraba el más feliz de los hombres, a pesar de nuestra estrechez.

Marcela bajaba todas las mañanas al mercado para comprar flores. Y siempre volvía cargada de cintas y baratijas inútiles. Gran parte de nuestro dinero pasaba a las mercerías del barrio. Cuando le observaba nuestra situación y las necesidades premiosas de la vida, me echaba los brazos al cuello y me decía que sus coqueterías eran una prueba de cariño, puesto que se hermoseaba para mí.

Por ese tiempo hicimos amistad con un vecino pintor que vivía en la misma casa y ocupaba un inmenso taller en el sexto piso. Se llamaba Jean Turpin y era un bohemio bullicioso y alegre que disputaba a voces en la escalera con sus acreedores y hablaba siempre a gritos, con entusiasmos y cóleras incoherentes. Tenía una cara regular de *rapin* de Montmartre, llevaba la barba en punta y esgrimía dos ojos insolentes y burlones que no desarmaban ante nadie.

Su taller era un hacinamiento de tapices turcos, terciopelos manchados, bronces chinos y muebles antiguos, sobre los cuales yacían cien telas comenzadas. Jean Turpin reinaba sobre aquel desorden, subrayando sus frases con grandes gestos y arrojando bocanadas de humo, con la pipa entre los dientes.

Marcela estaba muy contenta. Turpin decía cosas espirituales, y contaba historias crudas que la hacían llorar de risa. Cuando subíamos al taller, después del almuerzo, Marcela se ponía a jugar a los naipes con Turpin y yo me acurrucaba en un sillón, junto a la inmensa ventana que daba sobre el viaducto de la estación del Norte. Turpin se volvía a veces y me empujaba a tomar parte en el juego. Pero yo me resistía, alegando mi poca afición. La verdad es que me sentía, intimidado jun-

to a aquel hombre alegre y conversador que tenía un fondo inagotable de recursos y de anécdotas. Su palabra llenaba toda la conversación. Yo sólo dejaba caer de tarde en tarde un monosílabo, avergonzado de no poder competir con él. Temía que Marcela hiciera comparaciones enojosas entre ambos y comprendía que su pequeño corazón frívolo, se dejaba llevar a una admiración desmedida por aquel amigo verboso.

Mis estudios se resintieron de estas preocupaciones. No me gustaba dejar sola a Marcela. Mis visitas a la Facultad fueron menos frecuentes. Y los libros quedaron olvidados sobre una mesa.

A veces pasábamos el día en el café, jugando al dominó con Turpin y otros pintores y modelos del barrio. Mi carácter retraído y tímido me hacía asistir con disgusto a aquellas reuniones bulliciosas. Pero Marcela se divertía.

Turpin venía también a nuestra casa y entraba de golpe, abriendo todas las puertas y llamándome en voz muy alta «mon cher ami», como si nuestras relaciones dataran de muchos años atrás. No me atrevía a romper con él, porque temía el enojo de Marcela y porque yo mismo empezaba a sufrir su ascendiente. Además, me humillaba el pensamiento de que mi querida podía vacilar entre los dos. Un orgullo malvado me inducía a aguardar, seguro de que nadie podía suplantarme.

Cuando me encontraba a solas con Marcela llegaba hasta afectar sincera amistad por Turpin y a elogiar su buen humor, como si no temiera nada. Marcela se dejaba llevar por su admiración y pasaba revista a los últimos chistes del pintor, reanudando sus risas locas. Sólo una vez pareció notar mis inquietudes.

—¿Por qué no hablas, cuando estamos en el taller? — me dijo.

Yo la contesté que era mi carácter, que nunca

había podido ser bullicioso, pero que, sin embargo, pasaba muy buenos ratos en compañía de nuestro amigo.

—¿Y por qué no puedes ser tú también como él? — insistió, pensando en algo muy lejano—. Si consintieras en abandonar tu eterna tristeza, nos aburriríamos menos.

Entonces empecé a comprender que todo estaba perdido. Marcela se acicalaba todos los días con mayor cuidado y sólo estaba verdaderamente alegre en compañía de Turpin. El pintor parecía no reparar en Marcela y la trataba como a un camarada de taller. Pero la caída era inevitable.

Confieso que pasé muchas noches sin dormir, tratando de marcarme una línea de conducta. Mi voluntad oscilaba entre dos resoluciones : alejar a Marcela de aquella casa, ofreciéndole un viaje que me permitiría rehacer mi dominación o dejar que se desenvolviese el proceso de aquella enfermedad y aguardar con paciencia el desenlace inevitable. Tuve un instante la idea de abofetear a Turpin, insultar a Marcela y mudarme a otro barrio, a otra ciudad, volver quizá a Rusia. Pero desde hacía un mes estaba viviendo en plena novela y quise tener la constancia de no abandonar mi papel hasta el desenlace. Me imaginaba ser el Alberto o el Luis de los folletines de todos los diarios, y suponía que el público asistía a mi intriga y la seguía con ojos curiosos, discutiendo mi actitud, como en un proceso. Por instantes me acometía un violento deseo de matar. Evocaba la *mise en scène* obligada del flagrante delito y realizaba mentalmente el crimen, para satisfacer a mis espectadores imaginarios. Cuando recobraba la calma, comprendía la locura de todas mis suposiciones. Marcela no me había engañado todavía. Me constaba, puesto que no la abandonaba un minuto. Pero la *infidelidad moral* que había sorprendido, paralizaba todos mis pro-

yectos de arreglo. ¿De qué me serviría emprender un viaje y cambiar de casa, si el mal no estaba en Turpin, sino en Marcela? El peligro viajaría con nosotros. Marcela se aburría. Aquella mujercita menuda y frágil no se amoldaba a la placidez de mis costumbres hoscas. Quería luz, aire y muchas risas. Valía más abandonarla a sus preferencias y aprovechar esa ocasión imprevista de romper mis compromisos y reanudar mi libertad y mis estudios. Recién entonces me apercibí de que amaba a Marcela. Comprendí que esa mujer me había encadenado a su vida. Y me abandoné sin freno a mi pasión, obstinándome en aplazar el golpe.

Marcela se apercibió de mi vigilancia y me lo hizo comprender. Su carácter se tornó desigual y violento. Mi presencia constante la irritaba. Hasta que una noche me reprochó el abandono de mis estudios y me aconsejó que volviera a la Facultad.

Era imposible seguir prolongando la situación. Recuerdo que encontré medio de fingir una sonrisa alegre al besarla en la boca.

—Tienes razón —le dije—, tus palabras me prueban que te ocupas de mi porvenir. Mañana reanudo mis estudios.

Pero mi resolución estaba tomada. Fuí hipócrita por una de esas aberraciones increíbles que nos llevan a desear apurar el sufrimiento hasta el fin. Quería estar seguro, *ver* la traición y comprometer definitivamente mi dignidad de pulchinela. Poseía todos los detalles de lo que iba a ocurrir. *Sabía* que mi primera ausencia sería la ocasión que Marcela acechaba desde hacía tanto tiempo. Sin embargo, me decidí a favorecer mi pérdida. Hay momentos en que flota en torno nuestro algo tan irremediable, que vale más abandonar toda resistencia y desencadenar voluntariamente la catástrofe.

Aquella noche fingí dormir mejor que nunca, y

a la mañana siguiente me levanté muy tranquilo y bajé las escaleras, con un libro bajo el brazo.

Fué la eterna historia. Seguí por la acera hasta doblar la calle, aguardé media hora en un café de la vecindad y volví sobre mis pasos. Al llegar a la escalera me arrepentí de regresar tan pronto. Volví a salir y caminé mucho tiempo por las calles. Cuando me pareció que el golpe era seguro, volví a entrar. Subí las escaleras muy despacio y abrí la puerta. Nadie salió a recibirme. Entré y lo revolví todo. En el espejo del armario, me sorprendí una risa muda que me dió miedo. Entonces me senté al borde de la cama y me quedé con los ojos fijos en la alfombra.

De pronto me levanté, buscando una arma. Volví a tener la sensación de que había un público que me espiaba, escondido detrás de los muebles y de que era necesario hacer grandes gestos. Encontré un revólver y lo escondí en mi bolsillo. No tenía ninguna resolución formada. Sólo me dirigía una voluntad imperiosa de *ver*. Sin embargo, subí lentamente la escalera que me separaba del taller de Turpin. Puse la mano en el picaporte. La puerta no tenía llave. Y entré.

*
* *

Con una mirada abarqué toda la escena. Marcela estaba sobre un diván, fumando un cigarrillo, y Turpin tenía la misma sonrisa de siempre. Los dos hicieron un gesto de contrariedad, como niños que se ven sorprendidos en una travesura. Fué un minuto vacío. Yo aguardaba los llantos y las súplicas con que se adornan estos casos en las novelas. Pero ninguno de los dos pareció tener la noción exacta de lo que ocurría. Esa tranquilidad me desconcertó. Quise hablar, busqué una palabra decisiva para

fulminarlos, pero no encontré nada. Entonces saqué el revólver y apunté.

Todo fué muy rápido. Turpin tuvo apenas el tiempo de precipitarse sobre mí y arrebatarme el arma. No sé lo que ocurrió después. Me encontré sentado en una silla, enjugándome la frente con el pañuelo. Marcela sollozaba sobre el diván, escondiendo el rostro entre las manos. Y Turpin estaba sentado frente a mí.

Un gran silencio reinó en el taller. Parecía que hubiera muerto alguien. Los trenes de la estación del Norte, pasaban por el viaducto lanzando silbidos locos, como si pidieran auxilio. Tuve la tentación de abrir la ventana y arrojarme sobre la vía férrea. Pero una bocanada de cólera me subió a la garganta. Fué una válvula abierta. Me desaté en injurias. Parecía que todo lo que había callado en mis silencios resurgía simultáneamente, en un torrente de palabras duras. Los cubrí de lodo y les escupí frases infames.

Turpin escuchó en silencio y se encogió de hombros. Luego me miró fijamente, con una seriedad que yo no esperaba de él.

—No sabe usted una palabra de la vida — me dijo—, conversemos. Siempre nos quedará lugar para insultarnos. También tuve un tiempo en que me obstiné, como usted, en vivir mis novelas favoritas. Fuí entusiasta, enamorado, celoso, provocador, espadachín... pero la filosofía de los hechos, me ha obligado a buscar terrenos más sólidos. Vamos a cuentas. Usted es un estudiante a quien falta un año para terminar la carrera, y que así que consiga el título de doctor, partirá para Rusia. Ahora bien ; si es indiscutible que dentro de un año se dispone usted a abandonar a Marcela, ¿con qué razón se enfada usted porque ella se adelanta a su deseo y le abandona a usted ahora?

Yo había previsto un crimen, un pugilato, un

drama, pero confieso que no había soñado nunca que llegaríamos a conversar tranquilamente.

La actitud de Turpin me pareció tan insensata, que creí que se había vuelto loco. Su manera de encarar el asunto estaba fuera de todas mis suposiciones. Sin embargo, su razonamiento me descubrió una perspectiva desconocida. Era evidente que si yo pensaba separarme de Marcela al terminar el año, Marcela tenía el derecho de elegir otra fecha más próxima. Pero todavía sobrenadaban en mí muchas convicciones atávicas que me llevaban a suponer la omnipotencia del hombre. Me pareció una humillación admitir y sancionar que Marcela podía tener otra voluntad que la mía. Todos mis recuerdos y toda mi educación me hacían suponer que la suma de los derechos residía en mí y que yo era el único dueño de prolongar o de interrumpir aquellas relaciones... Además, estaba enamorado, y aquel amor, como todos los amores, era una racha salvaje que me mordía y me empujaba a ser injusto, violento e inaccesible a la razón.

Todo esto, en un minuto. Entre la pregunta de Turpin y mi respuesta, no medió más tiempo que el necesario para responder. Las ideas se atropellaron buscando salida, como animales perseguidos. Tuve que dominar el tumulto para imponerme una sonrisa.

—Perfectamente — dije—, reconozco el derecho de Marcela. Pero usted, ¿tenía también el derecho de destruir mi casa y deshacer mi felicidad?

Turpin sonrió desdeñosamente, como si mi argumento estuviera destruído de antemano.

—La madre de Marcela — respondió con lentitud—, a quien ustedes abandonaron en mitad de la calle, ¿no podría preguntarle a usted lo mismo?

Una llamarada de odio me subió a los ojos. La evidencia de que no tenía razón, me inspiró cierta ferocidad vergonzosa. Todos mis filósofos favori-

tos estaban ahí, diciéndome a voces que Turpin hablaba como un oráculo y que yo era un majadero. Sentí por primera vez el frío de la vida. Me pareció que había grandes derrumbamientos dentro de mí y que mi corazón se llenaba de escombros. La revelación de que el egoísmo era el alma del mundo, me consternó. Yo había sido criminal con la madre de Marcela; Marcela y Turpin lo eran conmigo. Y el mundo seguía rodando sobre su eje: la mentira.

Entonces dejé caer todas mis cóleras, como un vencido, y pregunté:

—¿Qué hará usted con *ella?* — con una voz de fatiga, donde gravitaba toda mi angustia.

—¿Con Marcela? — repitió Turpin, como si no comprendiese—; Marcela es una mariposa y pasará de mi casa a otra casa, como pasó de la de usted a la mía. Nadie puede detenerla. Es su destino.

—¿Entonces, usted no la quiere? — interrogué, creyendo que aquello era imposible y que los dos estábamos soñando.

—¿Yo? — repuso Turpin, encogiéndose de hombros.

Y con cierto tono paternal añadió:

—Este primer ensayo, será una vacuna. Ha estado usted viviendo en un París de Eugenio Sué y no conoce el real. Es una fantasía suponer que entre Marcela y yo media un amor y que los tres hemos representado el eterno drama que hace la fortuna de los novelistas. No me conoce usted — dijo, mirándome con dos grandes ojos francos que me convencieron—. Desde que habitamos en la misma casa, ha visto usted subir a mi taller muchas mujeres hermosas, ¿verdad? — continuó con un extraño acento sincero—; las había rubias y morenas, altas y menudas: todas se desnudaban en mi taller con la misma facilidad profesional y

todas estaban a mi alcance. Habría sido una aberración. Marcela me es completamente indiferente.

No acerté a comprender. En mi cabeza silbaban vientos locos. Tuve la idea inverosímil de que los hombres y las cosas se retorcían en un carnaval extravagante.

—Contesta — continuó Turpin, dirigiéndose a Marcela, que seguía fumando cigarrillos—, ¿qué ha sucedido entre nosotros desde que estás aquí?

—Subí — dijo Marcela con su voz tranquila—, y dije que quería que hicieras mi retrato. Tú me contestaste que no tenías tiempo. Entonces me dejé caer sobre el sofá y aguardé. Es un proyecto que tengo desde hace muchas semanas. Quiero ser modelo.

Comprendí la realidad y me avergoncé de la vida. Mis veinte años se sublevaron bajo el azote. Quise cerrar los ojos y olvidar todo lo que había visto. Pero las figuras y los hechos siguieron desfilando por la imaginación, en pelotones de escoria. Pensé que todo había concluído y supliqué a Turpin que me devolviera el revólver para matarme.

Marcela me vió llorar y se sacó el cigarrillo de los labios :

—Eres un imbécil — me dijo, desatando todos sus instintos contenidos— ; si no me puedes pagar los trajes que quiero, ¿por qué te enfadas? Tu vida modesta es muy estrecha para mí. Soy joven y hermosa y quiero ser libre. ¿Creías que me iba a eternizar en tu quinto piso? Puedes vanagloriarte de haberme aburrido demasiado. Tus libros y tus sermones me han hecho perder tres meses de juventud. Si no lo has comprendido antes, es porque eres ciego. Estabas siempre conmigo y no veías mi pensamiento. He tenido que aprovechar tu ausencia para evadirme. Estoy aburrida de esa vida. ¿Lo oyes? *J'en ai soupé de ta boîte!*

El taller se había llenado de sombra. Turpin me impidió contestar, empujándome hasta la salida. Al tenderme la mano, se encogió de hombros como era su costumbre y :

—Esa es la hembra — me dijo en voz baja, señalando el cuerpo de Marcela, que, en la penumbra, parecía una serpiente.

*
* *

Cuando entré a mi cuarto, me dejé caer sobre la cama. Estaba fatigado, como si hubiera caminado muchas leguas. Tenía fiebre y me parecía ver animales raros que corrían sobre los muros. Un frío glacial serpenteaba sobre mis espaldas. Y mis ideas eran confusas, como después de una pesadilla.

Traté de darme cuenta exacta de lo ocurrido y me impuse la tarea de deletrear los hechos para comprenderlos bien. Había vivido tres meses en plena ilusión de imposible, creyendo que Marcela compartía mis gustos y podía ser feliz en mi modesta habitación de estudiante. Había ignorado tercamente sus tendencias más fáciles de adivinar. Y me había improvisado con cuatro mentiras voluntarias, un pequeño paraíso de vidrio que debía romperse al menor tropiezo. Toda mi perspicacia se había reducido a cerrar los ojos. Toda mi sabiduría, a creer eterno lo que era fugaz. Y los reproches eran vanos. Mi error había sido amar a Marcela. Sus coqueterías, sus desvíos, sus largos silencios, todo debió hacerme sospechar la verdad. Había estudiado cinco años de filosofía y me dejaba engañar como un niño. Era un sarcasmo. Pero lo que me despistaba y me dejaba perplejo entre tantas incongruencias, era la manera imprevista de desatar el nudo. Si Marcela hubiese huído con otro o se hubiese refugiado en casa de

un nuevo amante, su resolución me hubiera parecido más lógica. Lo que me consternaba era su deseo inverosímil de salir a la calle para librarse a la casualidad. Trocaba el rincón caliente de nuestra casa por un puñado de quimeras. Quizá corría ella también tras una ilusión, que yo no podía adivinar porque estaba atado a mi egoísmo. Tuve la idea de advertirle que perseguía una sombra y detenerla y forzarla a volver sobre sus pasos. Pero comprendí que era imposible. Toda mi piedad era impotente para luchar contra el destino. Marcela estaba perdida.

Entonces pensé en la filosofía extraña de Turpin, que parecía asistir a la vida como a una cosa insignificante y teatral que dependía de sus pinceles. Todos los sufrimientos le eran al propio tiempo desconocidos y familiares. Tenía una sonrisa para todas las penas. Y experimenté un deseo violento de ser como él, de pasar por las calles como un extraño, ajeno a la lágrima y al goce, relleno de indiferencia como un muñeco.

Mi sensibilidad se había exasperado en las largas soledades anteriores a mi encuentro con Marcela. Juzgué que después de la crisis, todo volvería lentamente a su cauce. No había nada irreparable en mi aventura. Al terminar el año, regresaría a Rusia con el título de doctor. Mis paisajes familiares me harían olvidar muy pronto lo ocurrido. Y llegué a creer que podría ser feliz...

Un campanillazo violento me despertó. Mis nervios me empujaron y corrí a abrir, aturdido, presintiendo una nueva desgracia. Era Marcela.

Mil ideas inverosímiles se combatieron dentro de mí. Pensé un minuto en que se había arrepentido y volvía. Pero me saludó fríamente. Venía a buscar su ropa. Entró a *nuestro* cuarto, abrió el ropero y seleccionó sus camisas, sus enaguas, sus vestidos... A medida que los sacaba, los iba amon-

tonando sobre las sillas, sobre la cama o sobre la mesa, con una lentitud que acrecía mi tortura. Luego trajo un baúl y continuó su tarea.

Yo la dejaba hacer, siguiéndola con los ojos, como un demente. Toda mi resignación, había desaparecido. La cólera volvía a renacer dentro de mí. A veces pensaba en arrojarme sobre Marcela para oprimirle el cuello y ahogarla. Otras veces quería caer a sus pies y abrazarle las rodillas, para recordarle nuestro amor y suplicarle que no me dejara solo. Por momentos me imponía la voluntad de permanecer indiferente y estudiaba, para el instante del «adiós», un frío saludo amistoso. Pasé en revista todas las actitudes posibles y no encontré ninguna adecuada a mi caso. Para distraer mis nervios, encendí la pipa.

Lo que más me lastimaba era el silencio de Marcela. El cuidado meticuloso con que disponía sus ropas en el baúl, me parecía una provocación y un medio imaginado para torturarme. Cuando la vi contar los pañuelos, no pude contenerme:

—¿Piensas que te he robado alguno? — le dije, con un tono brutal que me desagradó cuando lo oí.

Había algo que me empujaba, a pesar mío, a provocar una disputa.

Marcela me miró con sus ojos vacíos de amor y de odio. No pareció sentir el insulto. Y siguió ordenando su equipo, sin desplegar los labios.

Entonces me precipité sobre ella y la derribé, injuriándola, como un hombre vil. Fué una escena salvaje. Marcela se sirvió de su vocabulario de arrabal. Nuestras bocas vomitaron palabras innobles. Y luchamos un minuto, como dos bestias. ¡Todo por un beso, el último!

—¿Y qué has ganado al fin? — me preguntó sencillamente, cuando se levantó con los cabellos

sueltos y el corpiño desceñido, después de la lucha.

Comprendí que tenía razón y me escondí en la sombra, avergonzado. Mi humillación me ardía en la mejilla. Traté de penetrarme de la idea de que todo estaba irremediablemente perdido. Y me dejé caer, exhausto, sin voluntad.

Marcela se volvió a peinar ante el espejo y siguió arreglando sus trastos.

Cuando encontró la fotografía que yo le había dado el mes anterior con una dedicatoria, se volvió para preguntarme:

—¿Me la das?

Yo hice un gesto negativo y ella la colocó sobre la mesa.

Después cerró el baúl, le echó llave y se sentó encima, como si aguardara. Yo me obstiné en no hablar. Pero ella rompió el silencio.

—No me guardes rencor — me dijo como si siguiéramos siendo los mejores amigos— ; tú debes terminar tu carrera, yo debo pensar en la mía. Es justo que nos separemos como nos encontramos, fríamente, cediendo a una necesidad cuya causa no podemos adivinar. Tú pensabas dejarme en Junio, yo te dejo en Enero. Y es mejor que sea así. No ganaríamos nada con prolongar una agonía. Tus palabras y los libros que me has obligado a leer, me han enseñado muchas cosas. Nuestro amor habría sido eterno, si el mundo no hubiese existido. Pero todo conspira para separarnos. El ejemplo de lo que vemos me lleva a mí hacia el lujo y las modas, y a ti hacia el renombre y los honores. Somos dos prisioneros de lo que existe. Tú pensabas sacrificarme mañana, porque soy un obstáculo para tus ambiciones. Yo te sacrifico ahora, por que tú también lo eres para las mías. Cada cual trata de salvar su esperanza de porvenir, que es lo único que nos hace seguir viviendo. Si quieres escuchar mi franqueza, somos dos pobres dia-

blos y nos quemaremos en la llama. Pero esa insensatez, es nuestra razón de vida. Debemos evitar los grandes gestos y abstenernos de ahuecar la voz para representar nuestros ridículos dramas pasados de moda. Entre tú y yo, hay algo irreparable. Parece que un monstruo nos cierra el paso en medio del camino, indicándonos rumbos diferentes. De nada nos valiera resistir... Mañana, o dentro de veinte años, nos volveremos a encontrar. Tú estarás bajo mis pies o yo bajo los tuyos. Y una extraña fatalidad nos seguirá empujando a lastimarnos y herirnos en nombre de ilusiones de porvenir.

—Mira — concluyó, como si arrugase en el hueco de la mano todas sus ideas y las arrojase al fuego—, separémonos como dos viajeros en una estación, después de muchas horas de marcha. El tren silba y huye y sólo hay tiempo de agitar la mano desde la ventanilla, gritando una última palabra que nunca se oye. Alejémonos con la ilusión de que se nos ha quedado algo por decir.

El cuarto estaba completamente obscuro. Encendí la lámpara y acompañé a Marcela hasta la salida. En el descanso nos dimos un beso y todo concluyó. Media hora después, entró un mozo de cuerda que se llevó el baúl. Y me quedé solo.

—Pero — dije, improvisando un epílogo—, el tiempo se ha encargado de borrar esos recuerdos con otros.

—En tres años he vivido mucho — repuso Venosta, sintiendo no acceder a mi opinión— ; pero esa historia resurge entre las demás, como ciertos colores vivos que es difícil recubrir con otras capas de pintura. Sin embargo, todo ha cambiado en torno nuestro. Marcela ha debido cambiar también, como yo. Quizá hemos vuelto a encontrarnos y no nos hemos conocido. Quizá es la mercenaria que he tenido anoche en mis brazos.

OTILIA

OTILIA

Las dos hermanas habían corrido por París desde el amanecer, con sus caras pálidas y sus ojos entrellorosos, buscando labor a cualquier precio, y en todos los talleres les repetían secamente la misma frase: «Era el mes de los baños de mar: todos los clientes estaban en la costa; no había trabajo.»

—¡ Canallas! — decía Laura, rebelándose—, no basta que ellos se diviertan, es necesario que nosotras comamos.

Otilia bajaba los ojos, roída por la timidez, sin arriesgar una queja. Eran dos hermanas que sólo se parecían en que jamás pensaban la misma cosa.

Cuando llegaron al jardín del Luxemburgo, se dejaron caer pesadamente sobre un banco. Era una espléndida tarde de estío. Los transeuntes se detenían a conversar a la sombra de los árboles; los pintores pasaban en grupos, hablando en síntesis, con sus gruesos pantalones de pana y sus sombreros anchos; los poetas se perdían a la distancia con la nariz al viento y un libro bajo el brazo; y la vendedora de bizcochos se debatía jun-

to al estanque entre una turba de chicuelos que cambiaban sus monedas de cobre por golosinas, y se alejaban corriendo, con la boca llena. Enfrente, tras la reja que rodea el jardín, resplandecía la terraza de una fonda, con sus mesas vestidas de blanco. El camarero se paseaba a pasos cortos, aguardando clientes.

Y las dos obreras, sumidas en una postración vaga, pasaban revista a sus vidas, arrebatadas por una especie de somnambulismo del pasado. Lo veían todo. Los padres que quedaron allá, en el rincón de provincia, labrando los campos ; la infancia de privaciones y de castigos ; la aventura de un viaje a una ciudad que era un mundo ; la parienta malhumorada que las acogió al llegar ; el primer taller, donde vegetaron un año, sin recibir un sueldo ; la tristeza de las noches en casa de aquella extranjera que las maltrataba ; la primer moneda de oro, ganada en un mes de tarea ; la avaricia de aquella mujer que les arrebató el premio de su trabajo ; la insurrección ; la fuga ; y el pequeño desván de hotel amueblado donde fueron a esconderse. Luego la falta de trabajo, la miseria, el hambre y la acechanza de la ciudad, que morisqueteaba ante ellas como un fauno, brindando placeres al precio de un placer, en la abierta facilidad de las caídas. Las dos habían estado mil veces a punto de ceder y marchitar sus labios de quince años, deshojando besos sobre las bocas. Pero las detenía un temor ante lo desconocido. Sabían que caerían en poder de los hombres misteriosos y perseguidos que habían visto pasar bajo los puentes, empujando a las mujeres con palabras sucias, exigiéndoles dinero y vigilándolas. Tendrían que ofrecerse a los transeuntes y dejarse maltratar por los gendarmes.

Otilia había apoyado los codos sobre las rodillas y hacía crujir la arena del jardín, golpeándola con

sus zapatos rotos. Laura miraba hacia la calle, clavando sus ojos en los carruajes.

Cuando el reloj del Senado marcó las cinco, y una música militar apostada tras el estanque, entonó una marcha alegre, con estallidos de clarines, palpitaciones de tambor y golpes de bombo, Laura se puso de pie.

—¡ Basta ! — dijo, irguiéndose—. No seré la primera.

Otilia la miró asombrada, suplicando con los ojos.

Y mientras aquélla se alejaba, remangando el vestido para mostrar la pierna, ésta clavó sus ojos en el suelo, sin atreverse a levantarlos, esperando que el Dios de que le había hablado el señor cura, bajaría a traerle un mendrugo.

Y fué esa tarde, al caer del crepúsculo, cuando Otilia y Mauricio se encontraron por la primera vez. El poeta regresaba del café Procope, por el jardín del Luxemburgo, rumiando un verso nuevo. Vió una mujer que lloraba en la sombra y le dirigió la palabra Debió establecerse entre ellos un lazo secreto de intimidad, porque se hablaron balbuceando y casi sin mirarse.

Media hora después, Mauricio la acompañó hasta la calle Fleurus número..., donde Otilia habitaba un cuchitril de diez francos al mes.

Al llegar a la puerta, se detuvieron. Mauricio insistió para que viniera a comer con él, jurándole que la reconduciría en seguida, pero Otilia rehusó obstinadamente, con lágrimas en los ojos. El poeta quiso saber la causa de esas lágrimas y ella inventó una historia. Sólo después de mucho tiempo, supo que había llorado de hambre.

*

* *

Al entrar al hotel, Otilia cayó en la escalera, sin fuerzas para levantarse. Una vecina se apiadó de

su suerte, la socorrió y, tres días después, le indicó una casa, en la calle de Rennes, donde entró a hacer sombreros para un almacén de novedades. Trabajaba diez horas diarias, por dos francos.

Mauricio había pasado muchas veces ante el hotel, esperando encontrarla. Cuando supo donde trabajaba, la sorprendió y se hablaron.

Los dos estaban encantados de haberse conocido. Ella tenía diez y seis años, él veintitrés ; ella era rubia y pequeña ; él alto y moreno. Las gentes se detenían para verles pasar, cuando volvían por las calles llenas de luz, cogidos del brazo y hablándose al oído.

Así transcurrió un mes, más corto que una semana. Ninguno de los dos había pensado en que podían subir juntos al pequeño cuartito de la calle Fleurus. Al llegar a la puerta, se separaban con un beso y se daban cita para el día siguiente. Ella comprendía que aquel hombre sería un día su amante ; él sabía que aquella muchacha sería al fin su querida, pero no tenían prisa : eran tan felices en aquellos paseos inocentes, que se contentaban con entregarse a ellos, sin pensar en otra cosa.

En la primera semana del mes de Agosto, Mauricio cayó enfermo. Las costumbres ya establecidas, se alteraron entonces. A la salida del taller, Otilia iba hasta el *faubourg* Saint-Jacques, donde Mauricio habitaba un camaranchón grande como un taller, pero frío y desnudo, bajo las baldosas del techo.

Llegaba a las nueve, arrojaba su sombrero sobre una silla y comenzaba a maniobrar emplastos y pociones, con una sonrisa cariñosa en la comisura de los labios, endulzando el remedio con una palabra amable y esforzándose por detener el dolor ante la perspectiva de un beso muy hondo. Luego se sentaba al borde del lecho y refería las murmuraciones del taller, riendo como una pandereta cuando remedaba los gestos de Marión o

de la vieja Elvira. A las once cogía su sombrero, abrazaba a Mauricio y se perdía tras la puerta, escondiendo una lágrima.

Una noche en que el enfermo parecía estar más grave, resolvió quedarse. Después de todo, era libre y nadie le reprocharía nada al día siguiente. Así pasaron algunas semanas. Mauricio, devorado por la fiebre, no se daba cuenta de las cosas. Sus amigos venían de tarde en tarde, en entreactos de fiesta, ardiendo en deseos de apurar la visita para volver a sus placeres. Un estudiante de medicina, compañero de café, entraba por las mañanas con un gesto aburrido, entreleyendo un diario, se sentaba, tosía, formulaba una receta y se alejaba, al cabo de diez minutos, repitiendo su eterna chanza estúpida sobre la proximidad de la muerte.

Otilia acabó por instalarse definitivamente en el camaranchón del *faubourg* Saint-Jacques. Se ausentaba de mañana para ir al taller y regresaba a las ocho de la noche.

Cuando Mauricio comenzó a restablecerse, comprendió que la situación era definitiva. Y una de las últimas noches de Agosto, mientras la luna proyectaba su resplandor vago sobre el lecho, se dieron cuenta de que ya no podían separarse.

LILI

LILÍ

Para salir del café tuvimos que atravesar dos largas filas de mesas grises cubiertas de vasos semivacíos. Las caras de los beodos, las cabelleras rubias de las mujeres, los trajes de seda rosa y las barbas goteadas de licor, ondularon a nuestro paso.

Cuando llegamos a la puerta y recibimos la primer bocanada de aire fresco, oí una tos que se sacudía en accesos bruscos bajo la cáscara de un pecho de mujer. Un brazo débil se enlazó al mío para detenerme.

—Llévame...

Me volví. Era una mujercita menuda, coronada de cabellos negros, con dos ojos agostados y tristes y dos mejillas pálidas, aradas por surcos hondos.

La dije una banalidad para esquivarme y eché a andar por las calles obscuras.

Recuerdo que sólo estaban abiertos los cafés, y que por las puertas salía una luz dorada que se abría en abanico sobre la acera.

Dos noches después, en el mismo barrio de Monmartre, al subir una calleja empinada, divisé dos

sombras, un hombre y una mujer, que luchaban bajo la luz de un farol, al abrigo de un recodo. Fué una escena rápida. La mujer cayó, lanzando un gemido, y el hombre se perdió corriendo al volver la esquina. Cuando me acerqué, oí la misma tos que me había impresionado dos noches antes, al salir de la taberna. Así que hablé, la mujer se irguió, bamboleándose, y una carcajada hueca galopó bajo la noche.

—Oye—me dijo, apoyándose para no caer—, estoy borracha...

Los faroles rojos de un fiacre brillaban a lo lejos y se aproximaron oscilando, como pupilas de monstruo. Llegaron frente a nosotros y se detuvieron. La mujer se resistió. La levanté en brazos y la senté en el fondo del carruaje, sobre la banqueta verde. Luego subí tras ella, diciendo al cochero una calle y un número, mi casa. El fiacre se deslizó sin ruido por las avenidas, y los dos nos miramos asombrados, con una interrogación muda que ninguno se atrevió a formular.

Cuando entré a mi cuarto, no alcancé a explicarme por qué estaba allí, con aquella mujer extraña que paseaba los ojos sobre los muros. La dejé caer sobre el lecho y me acurruqué sobre el diván. La noche fué larga. El reloj se lanzaba al asalto del tiempo, matando horas con sus dos manecillas que brillaban como puñales, pero afectaba cierto sadismo y desangraba lentamente los minutos.

De pronto, cuando el sueño empezaba a envolverme, la mujer abandonó el lecho y se sentó a mi lado, sobre el diván.

Estaba en camisa. Los muslos flacos temblaban bajo la seda, y el pecho descarnado se estremecía bajo los encajes, con un silbido de fatiga. La tos seguía danzando en la garganta. Sólo entonces tuve la visión de realidad.

Un escalofrío de ternura relampagueó en mi alma.

—¿Sabes por qué te he traído? — la dije, estrechando sus manos húmedas.

—¿Por qué? — preguntó.

—Porque sabes toser así.

Y la conté una historia de mi juventud, de mi niñez casi, una vieja letanía lamartiniana donde había paseos en los bosques, amor imposible, fantasma de tisis, noches de insomnio, un retrato, y un manojo de claveles rojos. Lloró como una niña y me contó, a su vez, otra historia donde había amor sincero, abandono, un hijo, despedida del taller y muchas lágrimas La luz del alba comenzaba a colorear los vidrios. Un frío desapacible se apoderó de nosotros.

—¿Sufres? — le pregunté.

—Ya no tengo alma — repuso— ; soy una caja vacía.

Luego nos venció el sueño. Y cuando nos despertamos, a la hora de almorzar, el sol doraba los hierros del balcón. Ella se vistió perezosamente ; yo acerqué el caballete a la ventana y me dispuse a pintar. Era un día domingo. Las calles estaban silenciosas. Las mujeres volvían de la iglesia buscando el borde de la sombra en las aceras. Había cierta misteriosa solemnidad en aquel día de estío, muerto en la mitad de su vida. La extraña mujer había puesto una pincelada de tristeza sobre mi juventud.

Mientras se colocaba el sombrero ante el espejo de la chimenea, me miró de soslayo. Yo la miré también. No teníamos nada que decirnos. En una noche de fiebre, nos había juntado una crisis de imposible : la luz del día nos separaba. Pero nos dominaba una misma idea. Mientras ella se calzaba lentamente los guantes, buscando forma para

decir: «¿Por qué me voy?», yo apretaba los dientes para no gritar: «¿Por qué no te quedas?»

Un mutuo movimiento nos separó.

—Adiós — me dijo, al trasponer la puerta.

—Adiós — repuse.

Y no nos volvimos a ver.

Dos meses más tarde, una mañana de otoño, alguien entro en mi cuarto muy temprano. Era un enfermero del hospital que traía un manojo de claveles y una carta. La carta decía sencillamente: «Es un recuerdo». Levanté temblando los ojos para hacer una pregunta, pero el enfermero me lo impidió con dos palabras:

—Murió anoche.

¡Y mientras el sol enfermo de otoño ensayaba sonrisas tristes ante los vidrios, me pareció ver un torrente de cosas desgarradas y sangrientas que se atropellaban, perseguidas por un hombre gordo que se llamaba: La Sociedad.



SERGINE

SERGINE

Una tarde, en París, a la hora en que el crepúsculo invita a la pereza y al abandono, estábamos conversando algunos amigos en la media luz de mi gabinete de trabajo. Se discutía el problema de la verdad en la literatura y se trataba de determinar la dosis de realidad palpable y de humanidad viviente que puede cabèr en las obras que salen de la fantasía.

El más incrédulo del grupo emprendió la tarea de demostrar, con citas al apoyo, que todo nace de la imaginación y que las novelas trágicas que nos emocionan no son más que locas burbujas del cerebro excitado. Cuando iba a rebatir la teoría, me dijeron que alguien preguntaba por mí. La contestación fué la de siempre :

—Que pase.

El sirviente volvió pocos segundos después. Deseaban hablarme a solas. Y como le preguntara cuáles eran las señas del misterioso indiscreto, me contestó en una palabra :

—Es una señorita.

Los amigos se levantaron con la deferencia maliciosa de los que se hallan en casa de un soltero.

Yo me adelanté intrigado hacia el vestíbulo.

La recién venida debía ser una institutriz a juzgar por el traje obscuro, los cabellos muy peinados y el sombrero elemental. Acentuando los rasgos enérgicos de un rostro sin belleza, ostentaba un par de lentes grises. Pero para un observador resultaba algo más de lo que parecía.

El examen duró un segundo, porque la mujer se encargó de presentarse apenas me vió venir.

—Traigo estas líneas de X.

Y pronunciando el nombre de un revolucionario conocido, me entregó una carta.

—¿Qué es lo que puedo hacer por usted? — pregunté mientras leía la recomendación.

—Una cosa difícil...

—¿Cuál?

—Conseguirme una tarjeta para justificar que soy periodista...

La seguridad de la que no parecía tener veinte años, me sorprendió.

En su francés incompleto había dicho su voluntad sin una vacilación; con la brevedad de los que piensan.

—¿Para París o para el extranjero? — pregunté tratando de orientarme en la aventura.

—Para el extranjero — contestó la desconocida sin inmutarse.

Entonces creí útil interrogar:

—La tarjeta tiene que llevar un nombre. ¿Cómo se llama usted?

—El gesto denunció la incertidumbre.

Pero tras un rápido silencio se apresuró a decir:

—No es indispensable que figure el mío. Prefiero un apellido francés. Llámeme usted Henriette Lebesgue.

Y mientras yo tomaba nota, se despidió sin una

palabra de agradecimiento, sin un gesto de coquetería, como si, deslumbrada por una luz que yo no podía adivinar, se considerase ajena a las vanidades del mundo.

Al día siguiente volvió a la misma hora, y cuando le entregué la tarjeta manifestó una profunda felicidad.

—Partiré hoy mismo — declaró, como si dialogara interiormente.

Estuve a punto de ser indiscreto. Pero algo misterioso y sutil difundía en torno una atmósfera grave. Sin embargo, traté de satisfacer indirectamente mi curiosidad.

—Las formalidades administrativas son exageradas en la frontera de Rusia — le dije después de un instante de reflexión.

Pero ella hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Quién le ha dicho a usted que yo voy allá?

La reserva me pareció excesiva, y dando campo a mis pensamientos contesté:

—Usted me conoce, puesto que ha venido a pedirme lo que en estas épocas de conspiraciones importadas no se concede ni se consigue con mucha facilidad. Está bien que no me refiera los propósitos que la guían. Pero acuérdeme usted por lo menos la perspicacia indispensable para comprender que los fines de quien obra con tanta cautela no deben resultar legítimos ante la legalidad establecida.

Mi interlocutora me lanzó una mirada desconcertante.

—Yo he venido a pedir un favor, sin prometer nada. Si usted exige una confidencia, retiro mi pedido. Trate usted de verme como si fuera una abstracción, una silueta fugitiva que no debe dejar en esta estancia más rastro que el de un ave viajera en la llanura azul de la atmósfera...

Un poco confuso la acompañé hasta la salida, y en un saludo rápido nos despedimos para siempre.

Pero la aventura debía tener un epílogo.

Cuatro meses después, en una reunión de emigrados, en pleno corazón del barrio Latino, encontré a mi amigo X.

—Vino su recomendada, y de más está decir que hice por ella lo que me pidió.

—Ya lo sé — repuso— ; la tarjeta de periodista dió los resultados apetecidos, y nuestra amiga pudo pasar la frontera como si no existiera el destierro. Fué al mismo tiempo una suerte y una fatalidad, porque ha de saber usted que la pobre Sergine pagó su audacia con la vida...

Un estremecimiento nervioso me latigueó la espalda.

—¿Ha muerto?

—Desgraciadamente para la causa — prosiguió mi amigo con honda pesadumbre— ; los hechos ocurrieron así : Fué en una estación de ferrocarril, porque nadie podía acercarse en otro lugar al abominable gobernador que la justicia secreta de nuestro partido había condenado a muerte... En el andén, a dos pasos del monstruo, se detuvo Sergine, indescifrable, llevando en la mano una valija, como una viajera vulgar. Así que llegó el instante propicio, extrajo del manchón el pequeño revólver de mango de marfil... Un gesto breve y delicado, como si ofreciera una flor, y le descerrajó un tiro en el pecho... Pero las previsiones no pudieron realizarse completamente. La fuga preparada de antemano con ayuda de correligionarios hábiles, se vió dificultada por la misma confusión que provocó el atentado... Al ver caer al poderoso, la muchedumbre se arremolinó, y nuestra amiga cayó en manos del oficial de órdenes, que consiguió mantenerla a pesar de todo... Entre un grupo de cosacos que la arrastraban por los cabellos y por la ropa, ensangrentada y casi desfalleciente bajo los golpes que le asestaban sus verdugos, la ejecutora del tirano

local fué llevada a la prisión y fusilada al día siguiente... Pero la ley marcial, con sus rigores, no pudo arrancarle el secreto de su identidad. La Sergine de los comités siguió siendo ante el consejo de guerra una simple Sergine como las demás... Nadie sabrá nunca, fuera de algunos iniciados, el verdadero nombre de la indomable que lo sacrificó todo, títulos, bienestar, amor y vida, en nombre del los ideales supremos cuya realización no debía ver jamás...

—Pero — interrumpí — la revolución triunfante sabrá rehabilitarla.

Mi amigo hizo un movimiento negativo.

—Habrá que respetar su decisión, y sólo nosotros y los padres, que lloran en un palacio lo que ellos llaman la locura de una hija, sabremos el origen de la que se fué... Pero créame usted, venía de muy alto, de muy alto...

Y en el bulevar, obstruído por los carruajes y los transeuntes, nos despedimos, pensando en las novelas de la existencia y en la Rusia fantasmal, cuya ebullición creo oír a veces en el silencio de la noche, bajo la luz de la lámpara.

PIERRETTE

PIERRETTE

Cuando se sentó a mi mesa — con el vestido corto todavía y con los brazos desnudos—, entre el tumulto de las gentes que salían del café, yo estaba casi dormido, en un ángulo de sombra, junto al muro, con la pipa entre los dientes. Se sentó en silencio, como si fuésemos viejos amigos y cogió el paquete de diarios que yo había entreleído apenas. Eran hojas de su tierra, de su rincón de pasado, de su origen de lágrimas quizá.

—Déjame — me dijo — que me repatríe.

Y comenzó a recorrerlos con una sonrisa vaga. Yo no la conocía. Había entrado a ese café por la primera vez, extenuado de cansancio, después de errar seis horas por aquella ciudad misteriosa, donde la vida terminaba a las diez de la noche.

—¿Y cómo sabías? — le pregunté.

—Los vi desde la escena, cuando cantaba — repuso, haciendo un mohín—, ¿tú eres también de allá?

La lluvia azotaba los vidrios. Las luces comenzaban a apagarse. Y sobre las banquetas rojas del café, sólo quedaba una media docena de hombres,

que aguardaban la salida de las mujeres, ante las mesas vacías. Recuerdo que conversamos mucho tiempo con los codos apoyados sobre el mármol, fumando cigarrillos. Me contó que en cinco años había recorrido todos los cafés-cantantes de Italia, entregándose a todos los públicos. Había acabado por cantar mejor en italiano que en francés. Y en el abandono de la conversación, me abrió todo el horizonte de su vida.

Vivía sola, completamente sola. Su corazón no admitía más que transeuntes de amor. Su existencia indecisa y borrosa evitaba todo arraigo, porque, como las flores del mar, se abandonaba a todas las corrientes. En esos cinco años de aventuras inciertas había codeado muchas llagas.

—Y estos entretelones de *beuglant* — dijo, reconquistando su *argot* parisiense—, son siempre los mismos.

Cuando nos dispusimos a abandonar el café, eran las dos de la mañana. La ciudad estaba muerta, bajo la luna. Pierrette se echó un ancho abrigo sobre las espaldas y salió sin cambiar de traje, arrebujándose para esconder el descote. Yo la acompañé, sin saber lo que hacía. Subimos a una góndola, nos acurrucamos en el fondo de la garita obscura como un féretro y nos deslizamos por los canales solitarios, mientras el remo daba acompasadamente sus manotadas sobre el agua y las casas pasaban ante nosotros con una monotonía desesperante.

Pierrette me habló del baile de Bullier, de su primer amante y de un hijo sin nombre, abandonado a la caridad oficial. Me dijo que su alma estaba en París, en el desván del estudiante que la había arrojado al arroyo. Luego nos encontramos en un cuarto de hotel. Y fué una noche macabra.

Al día siguiente, cuando me levanté a las seis para tomar el tren directo, Pierrette estaba borracha.

—Si vas a París — murmuró sordamente—, ve a casa de Julio y róbale mi alma.

Los puentes estaban desiertos, bajo la tristeza de un día de lluvia. Venecia parecía agonizar. Y pensé en la innumerable cantidad de almas robadas, de almas sin cuerpo, que gimen su olvido en el abandono de las grandes ciudades y en las dolientes caravanas de Pierrettes, que corren tierras y tierras con el pecho vacío, sin la esperanza de rehacer sus vidas y sin poder llorar, porque no tienen alma.

BLANCHETTE

BLANCHETTE

Aquella tarde había en Montmartre una fiesta rara : el carnaval de los pintores. Un cortejo alegre y bullicioso debía desfilar por los bulevares exteriores, en grandes carros simbólicos que representaban la Imaginación, la Locura, la Quimera y la Libertad. En la plaza Pigalle, subimos a una plataforma improvisada y alquilamos dos sillas.

Cuando las primeras fanfarrias y los primeros alabarderos desembocaban tras los castaños de la avenida, Paul me sacudió bruscamente y me dijo :

—¿Quieres ver una muerta?

Le interrogué con la mirada.

—Aquella — insistió—, la que está de codos sobre el antepecho de las tribunas, con un libro de versos sobre las rodillas.

Era una chiquilla pálida y flaca, vestida de blanco. Dos trenzas de cabellos lacios y rubios le caían sobre los hombros. Su cara demacrada tenía reflejos amarillentos ; su cuerpo era anguloso y es-

cuálido; y sus brazos se desplomaban, sin fuerza, sobre la falda, bajo la cual se dibujaban los huesos de dos piernas miserables. Parecía tener veinte años y parecía sobrevivirse. Era una muerta que andaba.

Nos miró con sus grandes ojos inmóviles y sonrió con una mueca.

—Perdón — dijo Paul, adelantándose y tomando el libro que tenía sobre las rodillas.

Volvió las primeras hojas, leyó el nombre del autor y, devolviéndoselo con tristeza, añadió:

—Es veneno.

Y como en este encuentro adivinábamos una página de novela, no aguardamos a ver el fin de la Vachalcade.

Con un pretexto vago, salimos de la fiesta y nos sentamos en la terraza de un café.

La extraña mujer vino con nosotros y nos contó su historia, mientras humedecía el terrón de azúcar que debía endulzar su ajenjo.

Se llamaba Blanchette. No había conocido familia. A los ocho años vagaba junto a los murallones del río y entraba a los lavaderos a pedir limosna. Cuando tuvo catorce, un pintor la recogió una noche de la acera y la hizo modelo. Y en esas horas muertas del taller, en la languidez de los días de sol, leía a veces libros raros. Conoció a todo el mundo artístico de París. Durmió unas noches en el desván miserable del poeta anónimo que llega de provincia y otras en el sofá del pintor famoso que la desnudaba para buscar los efectos de la luz sobre la carne. Se asimiló algo de aquel espíritu exquisitamente intelectual que respiraba a todas horas, y empujada por deseos desconocidos, se dió a frecuentar los sitios donde se reunen los hombres de arte. Dijo dos o tres agudezas que hicieron reír, y todos la trataron como a un camarada. Algunos

llegaron hasta creer que tenía talento. Allí se enredó con un escultor muy jóven que murió seis meses después.

Para subrayar su luto, reanudó su vida pasada. Todos la vieron otra vez respirando con dificultad la atmósfera pesada de las tabernas. Estaba tísica. Tosía con una tos incómoda y su carne amarilla no encontraba aceptación sobre el diván de los talleres. Entonces hizo canciones que se cantaron en los *cabarets* con éxito mediocre. Después se dedicó a leer, buscando libros enfermos como su carne y su espíritu. Pero su alma era inquieta y no había encontrado todavía su ruta. ¿A dónde iba?

Un pilluelo saboyano nos interrumpió. Vendía estatuas de escayola y se obstinaba en ofrecernos una Venus.

—Le traerá suerte, señora — decía dirigiéndose a Blanchette—, ¡un franco, señora!

Ella le apartó con una mirada y continuó la conversación. Pero como el saboyano insistía, Paul sacó un franco, le compró la estatua y la ofreció a Blanchette.

(Era el anochecer. Los obreros volvían de la fábrica encorvados bajo la lluvia. Algunos entraban a una taberna y bebían en silencio. Un hombre y una mujer se destacaron de los grupos y se hundieron en una calle obscura, hablando quizá en voz baja de una hija abandonada al nacer, tras el hueco de una puerta.)

Cuando nos separamos, pocos minutos después, como personas que están seguras de volver a verse muy pronto, Blanchette nos interrogó, acariciando la espalda de la Venus:

—¿Me traerá suerte?

Y aquella noche la encontré en un café: estaba beoda.

Y dos días después me dijeron que había muerto.

Pero desde ese día no hemos vuelto a discutir

con Paul sobre la miseria. El individualista de antaño, se ha trocado en humilde altruísta. Y a veces, como si completara una historia que no me quiere contar, murmura para sí:

—Son las ignominias del hambre. ¿Quién se atreve a condenarlas? Faltaba un pan o sobraba una boca.

MARUJA

MARUJA

Con el corazón vacío de aventuras, en un remanso de su vida sentimental, Loyalte se había refugiado — pretextando el deseo de escribir, pero en realidad con el propósito de echar olvido sobre el dolor de una ruptura — en aquella pequeña localidad que se transformaba, con el invierno, en colonia de tuberculosos, y que resultaba, con sus grandes bosques de pinos, un pintoresco eremitorio de meditación.

A los veintiocho años, Loyalte había vivido medio siglo. Sus viajes, sus contratiempos y sus buenas fortunas, su temperamento nervioso y atrevido ; la suerte, que no le había desamparado jamás, y su posición desahogada, le habían permitido saborear todas las sensaciones. Su existencia era un verdadero folletón de aventuras que no habían levantado nunca escándalo, pero que servían a menudo para llenar los baches de la conversación en las tertulias de ociosos, o para ayudar a fumar un cigarrillo, en las redacciones de los periódicos, después de las dos de la madrugada. Su vida errante le daba cierto prestigio, y más de un colega le en-

vidiaba el desmigajamiento de sus años, el vértigo de sus horas, que le habían hecho aprender mucho, pero que sólo le habían permitido escribir de una manera incompleta y entrecortada.

«Vivió las novelas que no escribió», decían de él los envidiosos. Y quizá tenían razón, porque, solicitado por la vida que le abría los brazos y le arrastraba a pesar suyo, Loyalte apenas había atinado a publicar media docena de libros, compuestos casi de pie, con el pensamiento puesto en el sol que iluminaba en la calle los sombreros florecidos de las mujeres. Pero, entre tantas intrigas, hubo una que entró más hondo, y tras una separación desgarradora, Loyalte decidió buscar remedio en la soledad y en el trabajo. De ahí la fantasía que le había desterrado a la pequeña aldea de enfermos para terminar un volumen en dos meses y tornar a la capital y volver a entrar en la vida...

Su casita pequeña, rodeada de un jardín abandonado, estaba casi fuera de la población, en una loma, desde donde se dominaba la carretera y el bosque de pinos que parecía cerrar con su gran valla obscura el horizonte. Loyalte vivía casi solo. Apenas le acompañaba una amiga abnegada de su primera juventud que le había seguido de lejos en sus travesuras y que aprovechaba la momentánea tranquilidad para volver a acercarse. Pero entre los dos había demasiado pasado para que volviese a brotar la chispa redentora. Ambos se habían resignado a no ser más que excelentes compañeros. Mientras él revolvía sus libros, ella ordenaba la casa en tanto que las horas corrían lentamente, llenas de monólogos interiores y de pesares inconfesados.

Loyalte preparaba a la sazón un tomo de cuentos que tenía contratado con un editor de Barcelona. Urgía acabar aquellas páginas que debía entregar a plazo fijo... Pero el último amor, que es-

peraba contar en una obra nueva, le había desmoralizado completamente y las semanas huían sin que se sintiera con fuerzas para tomar la pluma. Prefería errar por los caminos solitarios, explorar los senderos del bosque o trepar a la colina en cuyos picachos se sentaba a evocar situaciones y a rehacer la historia de aquel amor tan compartido como doloroso.

El crepúsculo le sorprendía a veces lejos de la población y sentía cierta voluptuosidad de artista en atravesar para volver la solitaria floresta de pinos llena de misterio, donde sus pasos acompasados hacían crujir la alfombra de hojas secas, y donde los troncos parecían animarse al conjuro de la noche, como mujeres que se despojan del antifaz al encontrarse solas. Le parecía entrar así en la intimidad de la naturaleza y penetrar el alma del bosque, que, defendido por las tinieblas, se abandonaba a su vida fantasmal. A veces se sentaba en un claro y encendía un cigarrillo cuya ascua roja, al temblar ante los labios, diluía una claridad rojiza y parecía una mariposa de sol que disputaba por un beso... Cuando regresaba, veía desde lejos la ventana del comedor y la silueta de su amiga que ayudaba a la criada y disponía sobre la mesa el cesto con la fruta y el ramillete de flores.

Loyalte, convaleciente todavía de su crisis sentimental, aceptaba aquella existencia tibia y monótona como una neblina necesaria que debía separarle de su pasado inmediato. Así que entraba a la casa se instalaba en su gabinete de estudio, revisaba la correspondencia llegada por el correo de la noche, entreleía los periódicos, abría al azar un libro y sólo despertaba cuando le advertían que la sopa humeaba en la mesa. Entonces se dirigía lentamente hacia el comedor, saludaba a su amiga, ensayaba un comentario sobre cosas triviales y, terminada la cena, volvía a su sillón, donde se que-

daba con los ojos fijos en el escritorio, sin ánimo para nada, contemplando el gran fajo de cartas por contestar que yacían polvorientas, bajo el pisapapel de bronce antiguo. Le roía una pereza dolorosa y resignada que no había sentido nunca. Parecía que con la separación habían huído sus ambiciones, y que el éxito, perseguido con tanto tesón y logrado casi, se le iba a desvanecer entre las manos.

Aquellas veladas de lectura y de meditación bajo la luz cruda que reflejaba en círculo la pantalla de muselina verde, no podían menos que marearle y sumirle en un adormecimiento singular.

Triste y como ausente, su compañera se ocupaba en su labor, sin levantar los ojos, como si viviera en sueño. El perro, fatigado de sus carreras locas en el jardín durante el día, roncaba ante la chimenea con el hocico hundido entre las patas. Del camino no venía el más leve rumor... El humo de la pipa formaba círculos azules que se superponían y se mezclaban hasta desvanecerse en el techo. Y los libros concordaban tan poco con su situación, parecían tan artificiales, que Loyalte los dejaba caer para seguir deletreando mejor, con los ojos cerrados, su propio libro sentimental lleno de lágrimas...

*

* *

En sus paseos solitarios, Loyalte no elegía los puntos de vista, no acortaba el paso ante el misterio de los recodos, ni bordeaba la floresta antes de internarse, ni calculaba los efectos de luz... A su entender, todo era hermoso en la naturaleza, y había que visitarla sin cálculos egoístas ni refinamientos artificiales, suscitando la sinceridad y dejándose guiar por su capricho. De ahí que sus

excursiones tuvieran siempre la frescura y la novedad de una exploración.

La vasta floresta de pinos que los escasos excursionistas rozaban apenas en sus detalles más accesibles y comunes, ofrecía una novedad inagotable.

Lo que más le maravillaba eran las puestas del sol. La inmensa bola de fuego se hundía invariablemente en el límite, detrás de la trabazón de troncos obscuros que resaltaban sobre el horizonte incendiado, pero el matiz y la intensidad cambiaba todos los días, según el lugar imprevisto y diverso en que se encontraba. Lo que era aquí resplandor de cobre, se tornaba allá en rojo violento, o se diluía en un rosa pálido como una lámpara de alcoba. Los árboles mismos ensayaban actitudes diferentes. El bloque compacto de la floresta parecía renovarse y palpitar como un cuerpo humano.

Loyalte traía a veces un libro. Pero lo más común era verle con los ojos libres y las manos detrás de la espalda, atento a todos los detalles, curioso de todas las manifestaciones, como si auscultara el corazón de la tierra y tratase de descifrar lo desconocido...

Una tarde en que después de recorrer sendas nuevas se había internado en un zarzal donde se abría paso lentamente con su bastón nudoso, tuvo la sorpresa de distinguir a la distancia una silueta de mujer. Hasta entonces el bosque había sido como su propiedad. Nunca había encontrado a nadie en sus excursiones. De ahí su sorpresa al descubrir un ser humano.

La mujer, que estaba de espaldas, debía ser una campesina, a juzgar por el traje. Vestía una simple falda roja y un corpiño negro que se destacaban sobre el gris diluído del crepúsculo. Pero Loyalte tuvo la curiosidad de verla de cerca... Y una vez fuera del zarzal, marchó a su encuentro, describiendo una curva para disimularse.

Los movimientos de la mujer, que parecía estar atando un haz de leña, eran rápidos y juveniles. Su cuerpo, flexible y ágil, se arqueaba bajo el traje ligero en ondulaciones armoniosas... Loyalte observó la cabellera renegrida y enmarañada que le caía en mechones tumultuosos y terminaba en un nudo pesado y casi deshecho.

A medida que se acercaba, se precisaban los detalles. La mujer se creía sola y tarareaba entre dientes una canción, volviendo de tiempo en tiempo la cara para ver cómo ardían las nubes en la hoguera formidable que parecía tragarse el horizonte. Loyalte alcanzó a ver una mejilla morena, dorada como el pan recién cocido, una oreja diminuta y un cuello torneado que emergía triunfante del corpiño entreabierto.

Entonces se detuvo, sin saber por qué, y se sentó sobre un tronco...

La mujer, que estaba a treinta pasos de distancia y no se había apercibido de su llegada, continuó liando el haz de ramas secas, con lentitud, como si saboreara la soledad. Loyalte pudo observarla a su antojo... A pesar del traje descuidado, tenía cierta elegancia silvestre; y debía ser muy joven, porque asomaba en su languidez cierta inquietud traviesa. Loyalte estuvo a punto de agitar una rama, o de toser, para hacerle volver la cara. Pero prefirió esperar...

El incendio del sol se extendía, como si se hubiera comunicado al planeta. A su resplandor, el bosque mismo parecía arder en el límite. Se hubiera dicho que una mano enorme alimentaba aquella hornalla arrojando en ella los ídolos vetustos, las falsas civilizaciones, las ciudades culpables, las mitras y los cetros, toda la mala hiedra de mentira que agotaba la savia del mundo para dejar crecer, libres al fin y triunfantes, los árboles rejuvenecidos de la libertad y de la justicia. Las

llamaradas del enorme auto de fe subían hasta los palacios de marfil donde habitaron las ilusiones, y en la vasta solemnidad de la catástrofe generosa que ganaba terreno y cercaba la floresta como si todo estuviera contaminado, Loyalte sintió el deslumbramiento de la destrucción creadora. Aquella fragua devoraba residuos de vida para forjar una vida nueva. Sus ascuas de oro ayudaban a hacer maleable el porvenir... Y contempló maravillado las llamas rojas que, cual si fueran el alma de la sangre vertida por los piratas de la humanidad, se afilaban al subir tumultuosamente en la tranquilidad del crepúsculo, porque después de purificarlo todo aspiraban a perderse en el infinito...

...En el silencio penetrante y magnetizador se ahogó la voluntad de los extraños transeuntes de la floresta. Loyalte, sentado sobre el tronco, con los ojos clavados en el lugar por donde había desaparecido el sol, se olvidó de la mujer que le intrigó un momento. Y ésta, a su vez, extraña a todo lo que la rodeaba, sin advertir la proximidad de Loyalte, continuó pensativa e inmóvil, absorta quizá ante el cinematógrafo de su imaginación, como un niño que asiste a portentosas pantomimas.

La noche entraba con lentitud en el bosque indeciso y como borrado; del incendio vengador no quedaba más que un polvo rosa diluído en el gris creciente del horizonte; y en la soledad llena de amargura y de infinito, continuaban monologando interiormente los dos tristes...

Hasta que la campana de un pequeño monasterio que dominaba la colina comenzó a dar saltos y a sonar, como si, sobrecogida de pavor ante la amenaza de la noche, quisiera poner en guardia y agrupar a todos los habitantes...

Loyalte sacudió su modorra y paseó en torno la vista. La mujer despertó y se volvió bruscamente, adivinando qua alguien estaba detrás...

Entonces brillaron dos ojos donde titilaban las últimas chispas del incendio del sol...

Era la naturaleza bravía e insolente condensada por un extraño sortilegio en un cuerpo de mujer; era algo que representaba toda la vida profunda, incierta y fantasmagórica del lugar; era el alma omnipotente y rústica del bosque estremecido que brotaba de la tierra, se materializaba y se erguía...

Esbelta y elástica, con las formas casi transparentes bajo el traje ligero, la mujer, al propio tiempo inverosímil y bestial, lasciva y pura, cogió el atado de leña, cimbreó el cuerpo, y se lo echó sobre el hombro. Su mirada, voluntariosa y audaz, se posó con insistencia sobre el transeunte, que la observaba como si quisiera adivinar una situación o penetrar un secreto... La fisonomía dulce y trágica de salvaje sentimental se contrajo un instante. Después los ojos se entornaron, los hombros se encogieron, y haciendo un movimiento de lado para asegurar la carga, echó a andar hacia el pueblo, lentamente, volviendo la cabeza para mirar a Loyalte, que la siguió también con los ojos, inmóvil, hasta que desapareció...

* * *

Nada le fué más facil a Loyalte que obtener datos sobre la misteriosa mujer.

En las pequeñas localidades en donde todos se conocen y se observan, las más íntimas historias flotan en la superficie de la vida.

Junto a la estación del ferrocarril, en una calle nueva bordeada de árboles recién plantados, había una taberna donde se reunían los porteadores, los cocheros, los guardavías y todo ese mundo especial que lleva una existencia de murmuración y de ocio entre dos trenes. La patrona era una mu-

jeraza rolliza de tez morena y ojos diminutos que, estacionada siempre en el dintel con los brazos en jarra, cambiaba saludos y bromas con los transeuntes. En el lugar se criticaba su complacencia, y se llegaba a insinuar que, poco cargada de escrúpulos, solía favorecer los encuentros y hasta ceder, llegado el caso, a las parejas discretas, su primer piso. Todo ello no era quizá más que un rumor torpe de villorrio; pero lo que resultaba innegable era que en aquel pequeño almacén donde charloteaban siempre media docena de maliciosos, se sabía el presente y el pasado de cuantos habitaban a varias leguas a la redonda.

Loyalte entró cuando había menos gente, pidió una botella de cerveza, y como la patrona, husmeando quizá una intriga, se quedara ante él sonriendo en silencio, le hizo seña de acercarse más y formuló su pregunta.

La mujer se desató en exclamaciones:

—¡Cómo no había de saberlo!... ¡Las señas resultaban mortales!... ¡Vaya si conocía a Maruja la pordiosera!... Como que iba para un año que se había instalado en el país con su padre, un viejecito de barba de espuma que tosía como un condenado... ¿Ve usted?... (y la buena mujer, plantada en medio de la acera, trazaba con su mano roja un camino). Viven allá, a la salida del pueblo, a la derecha del camino vecinal, en una miserable choza en ruinas que les han cedido las autoridades para que no duerman a la intemperie. Se dice que vienen de muy lejos y que son gente vagabunda y de mal vivir... Apenas saludan, y parece que se creyeran príncipes en su miseria... Algo malo deben llevar en el recuerdo para que busquen así la sombra y vivan sin patria ni ley, a la buena de Dios, y sin tratarse con la gente... Aquí se les ve con malos ojos, y bien merecido se lo tienen... Sobre todo Maruja, que no escucha a

ninguno de los mozos del pueblo, como si todos fueran poca cosa para ella y se reservase para algún príncipe de cuento de hadas...

—¿Y por qué le llaman «Maruja la pordiosera?» — interrumpió Loyalte.

—No es porque mendigue — convino a su pesar la mujeraza— ; pero se puede decir que ella y el viejo viven de la caridad... Porque si don Ignacio les da la comida es más bien por hacerles un favor que por retribuir el servicio que le prestan al cuidarle las vacas... Claro está que no extienden la mano en los caminos, pero ninguno de los dos tiene una profesión definida... Viven como buenos animalejos libres y salvajes, sin obligaciones, sin sueldo, sin nombre y sin contribución... Hoy están aquí, mañana estarán en otra parte, y en ningún pueblo arraigarán, porque son semilla que se lleva el viento... No falta quien diga que acabarán por cometer alguna mala acción... ¡Gitanos habían de ser para gustarnos!

Loyalte interrumpió otra vez :

—¿Y se sabe dónde estaban antes de venir aquí?

La mujer alzó los brazos y se encogió de hombros, con grandes aspavientos, como si le consternara la incertidumbre de aquel pasado.

—¡Vaya usted a adivinar esas cosas!... Para esta gente no hay programa... El mejor día echan a andar por la carretera y desaparecen... Como no llevan equipaje, no se sabe si salen de paseo o si se van para no volver...

Loyalte se quedó un instante pensativo. Después recordó que los desocupados que chanceaban a la puerta del figón le estaban observando, y se rehizo una indiferencia. Pero no pudo esconder su turbación al despedirse... La comadre le siguió con los ojos, entre amable e irónica, aguardando a que doblase la esquina para desatar sus comentarios. Y Loyalte, por una de esas adivinaciones

alucinantes que sólo tienen los sensitivos, vió, sin volverse, cómo se apiñaba el corro para comentar sus amores con Maruja la pordiosera.

*
* *

Después de caminar buen trecho, Loyalte se volvió para asegurarse de que no le seguían. Nadie asomaba por las aceras angostas del camino vecinal.

Entonces se detuvo junto a la balaustrada de un puentecillo que salvaba un arroyo de aguas verdes.

La perspectiva era grandiosa.

El sol, escondido detrás de las nubes, dejaba filtrar por un desgarrón, un gran chorro de luz dorada y caliente que iluminaba el paisaje. Abajo se extendía una vasta llanura sembrada, después una hilera de casitas diminutas que debían estar al borde de un camino, y, por fin, detrás de todo, la floresta y el minúsculo cementerio sobre el cual caían en ese instante, como una tormenta de nieve, espesas bandadas de palomas.

Loyalte contempló largo rato aquella apoteosis. Después siguió andando a pasos cortos, deslumbrado aún por la perspectiva que se prolongaba en su recuerdo...

La choza que le habían indicado debía estar muy cerca...

De pronto se detuvo sin saber qué hacer...

Maruja había surgido en el camino y avanzaba bajo el sol, con los brazos flotantes y el cabello en humo. Quizá se encaminaba a la floresta... Loyalte se preguntó si convenía volver hacia atrás y esperarla más lejos, o continuar andando. La impaciencia de mirarla le empujó a seguir... Ella le había advertido ya, pero afectó un gesto ausente.

Su andar embarazado y el ademán nervioso con que se alisaba la cabellera permitían inducir, sin embargo, sus sensaciones... Loyalte, sin dejar de observarla, se aplicó a apartar con el bastón las piedrecillas del camino... Cuando se cruzaron, los ojos se reconocieron, se abrió una sonrisa luminosa y desapareció la visión en un saludo... Tres veces volvió Loyalte la cabeza, y tres veces encontró la mirada y la sonrisa de Maruja... Después todo se ahogó en el camino irregular que se retorcía en curvas...

Loyalte vaciló de nuevo. Seguir detrás de Maruja le pareció dar pasto a las malas lenguas del villorrio. Mejor era aguardar y darle alcance en la floresta, donde nadie les observaba... Pero, ¿cómo entretener su ansiedad?... Entonces recordó el propósito que le había llevado hasta allí... ¿Por qué no iría a conversar con el padre de Maruja?

A pocos pasos, en el fondo del camino que se estiraba al sol, se alzaba una vivienda mezquina y ruinosa, sobre cuyo techo de paja ennegrecida por las lluvias, revoloteaban y piaban los pájaros. A la puerta, sentado sobre un tronco, sereno y apacible, soñaba un viejo de tez curtida, que parecía ajeno a cuanto pasaba en redor, como si la tarea de cortar las ramas con un cuchillo andaluz le absorbiese completamente.

El saludo le despertó.

Loyalte se detuvo, fingió interesarse en la anatomía torturada y monstruosa del manzano que prestaba sombra al refugio, y trató de encender una conversación indiferente. El hombre contestaba de mala gana, sin interrumpir su labor parsimoniosa. Parecía que las palabras, al volverle a la realidad, le causaban un escalofrío que ansiaba sacudir para refugiarse de nuevo en su silencio...

La conversación se hizo tan penosa, que Lo-

yalte iba a partir, renunciando a continuarla, cuando apareció de pronto, como si brotara del camino, la silueta salvaje de Maruja

—Buenas tardes, señor — dijo con una extraña sonrisa que nadie hubiera podido decir si salía de su boca en llamas o de sus ojos, donde naufragaban estrellas.

—Buenas tardes — respondió Loyalte, entre contrariado y alegre, porque aquella brusca aparición desbarataba sus proyectos, aunque respondía a sus deseos más íntimos.

El hubiera querido encontrarla en un lugar apartado, para no tener que medir las palabras. Su timidez le hacía esperar con temor el diálogo... Pero sintió una rara felicidad al comprender que Maruja estaba allí porque le había visto.

—Oye, padre — dijo la muchacha— : dame el segur para cortar la leña.

Loyalte sintió la necesidad de intervenir.

—¿Va usted al bosque? — le preguntó.

Y como ella respondiera que sí, Loyalte se volvió hacia la gran mole obscura que enlutaba el paisaje.

Visto a la distancia, desde la pequeña loma, el bosque parecía un gran monstruo huraño que se agazapaba para dormir. Las escasas viviendas salpicadas en la orilla, eran, con sus techos rojos, pequeños insectos que le devoraban los flancos. Y la gran bola de oro del sol, que comenzaba a desaparecer detrás de los árboles como en una garganta gigantesca, contribuía a evocar en el paisaje el perfil panteísta y fantasmagórico de esos dibujos japoneses en que hay dragones en lucha con el firmamento. El bosque era el Minotauro de la región, porque era la soledad. Refugio de la noche, que se escondía dentro de él mientras triunfaba la luz; nido de imaginaciones y de desconocido; guarida de los piratas del miedo, reinaba so-

bre la llanura y sobre las lomas, siempre adusto, siempre enemigo del día, siempre insaciable, devorando todas las tardes un sol para poder desencadenar libremente, al abrigo, el tropel hosco de sus gnomos...

—Me voy, porque no quiero que me sorprenda el crepúsculo...

Las palabras, que silbaron al viento con un murmullo de ramas estremecidas, sacaron a Loyalte de su letargo.

La gitana pasó junto a él, rozándole con la manga del brazo suelto en que llevaba la segur. Después se volvió dos veces antes de desaparecer tras el recodo...

Era la cita dada abiertamente, con el impudor de una naturaleza primitiva. Sin embargo, Loyalte dudó. Su temor del ridículo, su miedo de ceder a una debilidad del amor propio, le hicieron desconfiar... Quizá era todo un espejismo de su deseo. Si la muchacha le había rozado, si le había sonreído, si se había vuelto para mirarle, había sido por curiosidad, por coquetería, por no saber hacer otra cosa. Era pretensión suponer que, porque se habían encontrado en el bosque una tarde a la caída del sol y porque la casualidad los había reunido después en un camino, se tenía que haber enamorado de él aquella aventurera que todos se disputaban. Aunque, ¿por qué no había de ser él el favorecido? Aquella juventud vibrante y sensitiva, excitada por la libertad y la vida nómada, podía tener caprichos de corazón tan imperiosos como el hambre... ¿Qué convenía hacer?... ¿Acudir al llamamiento y exponerse a una desdeñosa sonrisa, o abstenerse y quedar como un temeroso debutante?...

Tales fueron las rápidas reflexiones que se hizo el poeta mientras cambiaba penosamente con el viejo algunas frases vacías.

Así que pasaron algunos minutos, se despidió

y echó a andar por un sendero extraviado que cortaba directamente hacia el bosque. Trató de imponerse una resolución. Aquellas vacilaciones le atenazaban los nervios. Había que resolverse a vivir. Su compás de espera había durado largas eternidades.

*
* *

El bosque, fresco como un claustro, húmedo como una gruta, solemne como un camino de cementerio, con su colchón mullido de hojas secas, donde se hundían los pies; su atmósfera de complicidad y su música misteriosa de violines lejanos, abrió un enigma ante la ansiedad de Loyalte. ¿Qué sorpresas le reservaba la tranquilidad misteriosa de ese gran organismo impasible que asistía a los devaneos de los hombres con un desdén somnolento de filósofo hastiado? ¿Qué hechos, qué situaciones, qué paisajes morales se concertaban entre los bastidores del porvenir para salirle al encuentro de pronto y conmover su vida exhausta de sentimental impenitente? ¿Cómo prever la fisonomía y los colores con que se presentaría lo desconocido? Su aventura se le aparecía como una marcha en la noche por tierras nuevas. ¿Cómo apartar los peligros, cómo dirigir su acción si no veía nada?...

Loyalte se dirigió al lugar en que había encontrado a Maruja el día anterior.

Desde muy lejos, a través de los troncos que la disimulaban, distinguió la falda roja...

Su timidez desapareció ante la urgencia de obrar, como para ciertos caracteres nerviosos desaparece el miedo en la boca del peligro. Una llamarada de audacia que brotó del corazón, le chamuscó los ojos... Y con cimera de optimismo, se encaminó resueltamente hacia el claro desde donde Maruja,

sentada sobre una piedra, le veía venir con una sonrisa...

Loyalte apretó el paso, más para acortar el tiempo y decir pronto su sinceridad, que para evitar esa mirada escudriñadora y molesta de los que nos aguardan. Se sentía audaz como nunca. Su impaciencia rompió el silencio antes de llegar.

—Buenas tardes, Maruja.

—¿Cómo has sabido mi nombre, caballero?

—Como se sabe todo, preguntando.

—¿Y a quién has preguntado para saber que yo te esperaba aquí?

—A mi diablillo interior, que me ha dado un encargo para ti.

La muchacha se puso roja y, abandonando su mano, clavó los ojos en el sol, que descendía en ascuas detrás de los árboles.

—¿Te acuerdas del crepúsculo de ayer?

En sus ojos salvajes de primitiva había no sé que rara vivacidad inteligente, no sé que adivinación de las delicadezas y los matices, que borraba su rusticidad y hacía de ella casi una mujer refinada, capaz de comprenderlo todo.

—Me acuerdo del crepúsculo — dijo Loyalte con vivacidad— ; pero me acuerdo más aún de nuestro encuentro y de la sensación rara que experimenté.

Y luego, lanzándose bruscamente :

—Dame un beso...

Maruja se defendió, pero los labios se juntaron ; y fuera un reflejo del sol, fuera una burbuja de las almas, los dos tuvieron una chispa en los ojos.

—¿Tú eres de aquí? — preguntó Maruja, dejándose llevar por los senderos misteriosos del bosque.

—Estoy aquí desde hace algún tiempo — contestó Loyalte evasivamente.

—¿Y dónde vives?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para ver tu casa.

—Mi casa está muy distante y, aunque te diera las señas, no la encontrarías nunca.

—¿Por qué te escondes de mí?...

—No me escondo; pero, ¿qué ganarías con saber esas cosas?

Maruja guardó silencio...

Su boca se contrajo, su mirada se extravió entre los troncos de los pinos y, deteniéndose de pronto, sin volverse a Loyalte, como si sólo hablara para ella, murmuró:

—Tus ojos me han engañado... ¡La vida!... ¡Siempre la vida!... Sin ella, hubiéramos seguido andando hasta el sol...

En los cuentos antiguos y en algunas pesadillas hay personajes brumosos que pasan envueltos en nubes, diciendo palabras obscuras y sin sentido inmediato, que evocan muchas cosas, aunque no especifican nada. Sin embargo, en esos momentos adivinamos vagamente que todo aquello tiene un significado patente en otras esferas impenetrables para nuestros sentidos, y responde a situaciones que están por encima de nosotros.

Así resonaron en Loyalte las palabras de Maruja.

Todo el mundo fantástico que dormía en él desde su infancia, revivió de pronto en un tumulto de incongruencias maravillosas.

—¿Qué me has querido decir? — preguntó ansioso.

—¿A ti? — dijo la gitana con asombro fingido—. Hablaba con un pájaro azul que se perderá en la noche...

Loyalte, predispuesto al ensueño por la soledad en que vivía y por su temperamento caviloso, se afirmó en su idea...

—Habla — suplicó...

Pero Maruja le miró con tanta extrañeza, que,

temiendo ser ridículo, se resignó a disimular su inquietud.

En su imaginación calenturienta siguieron floreciendo todos los desvaríos en cascadas de desequilibrio y de imposible, y continuaron rodando hasta el corazón todas las ansias locas del prisionero de la vida.

—Si consientes en ser franca, te diré dónde vivo, ya que eso parece interesarte — consintió.

—Ya lo sabré yo sola, pobrecito mío — repuso la gitana con desembarazo— ; pero si te lo escondes, por algo será... Y ese algo yo me lo sé... ¿Quieres que te diga la buenaventura, misterioso?... Trae esa mano, y que todas las bendiciones caigan sobre ti... Pero mira que no basta mi buena voluntad, y que lo que te voy a decir te retorcerá el corazón, a pesar mío... Porque has de saber, moreno, que el porvenir está cuajado de apariciones y de fieras, que se hacen después intangibles y se reencarnan en los hechos... Lo que te acecha no te lo deseo yo ; te lo traes tú con tu nacimiento... Pero abre la palma y no la mires, que estas cosas las he de leer yo solita...

Loyalte abandonó su mano...

¿Qué impresiones contrarias se debatían en él?... Su razón, robustecida por los libros, sus convicciones emancipadas, la tradición naciente de su vida, le decían que aquello era absurdo y que, o Maruja era una comedianta que representaba una farsa innoble, o una pobre de espíritu, enloquecida por las prácticas envilecedoras de su pobre raza, perseguida por el rigor de los hombres... Pero un sentimiento raro, nuevo en él, le empujaba a esperar con cierto recogimiento, con cierta ansiedad nerviosa, las palabras de Maruja.

Esta empezó :

—Buen caballero, ganoso de insignias, de títulos y preseas, escucha el horóscopo de la gitani-

lla, que gusanos somos todos y lo que yo sea lo serás tú también, aunque te cubran de diamantes... La suerte te otorga desde lejos mil caminos luminosos que tú no distingues, porque tus ojos están cegados por el polvo de la carretera... Oye y trata de retener lo que te digo, que en ello va la verdad pura, y ni me equivoco ni te engaño... No te hablaré de tus enredos y tus tristezas, que de ellos vienen, porque es mejor dejar dormir lo que ya pasó por muerto... La gitanilla respeta lo enterrado y, a fe de Maruja y por María Santísima, que lejos estoy de reprocharte nada, ni de poner zarcillos a tu historia... De todo ello no te hablaré más, que ya adivinas tú lo que me callo, y si buscas que te atormenten los oídos, no vengas a mí, porque de mí no salen reproches ni alabanzas, melancólico suspirador y caballero... De otras cosas te voy a hablar, y en ellas has de encontrar mucho jugo, porque lo que te roe es la incertidumbre, y bien quisieras saber el porvenir como ya sabes el pasado... Si te prometiera riquezas, me desdeñarías ; pero yo sé que otras son tus ambiciones y que, para lograrlas, matarías la mitad de tu vivir. Porque tu salud es fuerte y podrías hacerlo sin matarte, aunque no debes envanecerte de ello, porque quien nos la da nos la quita, y todos somos iguales bajo la misma patrona, y por estas cruces...

Loyalte interrumpió el discurso tosiendo. Aquella palabrería incongruente y adormecedora le producía un malestar profundo.

La gitana continuó :

—Te he dicho que no distingues los caminos que la suerte te abre, porque tus ojos, tirano de mi señorío, están cegados por el polvo de la carretera, y, de no ser así, hubieras adivinado quién soy y lo que te tenía que decir, como yo adivino ahora que el discurso de la gitanilla te aburre, y

que deseas que eche la llave y que recorte las hechuras... Pero no te impacientes, zumbón, que pones en duda lo que sé y lo que te vengo a contar para que salgas airoso y te lluevan flores... Que por los milagros de tu voz no se han de abrir las puertas, y que, si no te conduzco de la mano, no llegarás tú nunca... Dime lo que prefieres de la nuez, y te diré lo que debes buscar en el mundo... Dos cosas hay que tienen doble fondo: los ojos de las mujeres y la gloria... Si quieres subir a la montaña, guárdate de caminar hacia ella... Y puesto que la suerte te condena a dejar siempre el buen camino detrás de ti, sabe burlarla y andar al revés, que sólo dando la espalda al sol llegarás a calentarte... Tu secreto me lo guardo, porque no te pertenece ya... Si hubieras podido venir conmigo, te hubiera mostrado los senderos que nadie sabe y que todos buscan en tropel, muy lejos de donde están... Pero tú no podrás venir, porque estás en la vida, y fuerza será que los busques sin encontrarlos, como los demás, porque la gitanilla es flor del viento y no los puede hacer venir... Y aunque vinieran, ¿de qué te serviría, puesto que ya no puedes entrar en ellos?... De la sombra no salen más que los que saben matar la sombra... Y tú, moreno, te has pegado a ella, como si en ella debieras de morir... De lo que te digo saca después la moraleja y pon los puntos, que yo te doy las cosas a medio hacer para que mejor me entiendas, porque la verdad no se dice, y lo más claro de todo es lo que nos callamos...

Loyalte la miró en los ojos, conmovido a su pesar y lleno de inquietud.

—¿Por qué no he de encontrar los caminos? —preguntó desorientado.

—No me interrogues, niño ardoroso, que quien pregunta ofende, y no te he de dar lecciones con ejemplos, como en la escuela... Con lo dicho basta

para que comprendas que la gitanilla tenía muchas cosas que contar y que, cuando te cogió la mano, no era para burlarse, como suponías tú, sino para decirte : «por aquí has de ir»... Aunque tengo para mí, buen caballero, ganoso de insignias, de títulos y preseas, que ya no irás a ninguna parte, porque, aunque pareces quererlo, no lo quieres como hay que querer... Y yo me lavo las manos, y así te aproveche de algún modo lo que te he dicho, que yo hago votos por ti, y que, si no sales de ello mejor, no será por culpa mía...

Teñida en rojo, como si se consumara sobre ella un sacrificio, la floresta triunfaba con la muerte del sol. Los troncos parecían retorcerse para escapar del fuego, y semejaban, sobre el horizonte en ascuas, una gran confusión de brazos extendidos que surgían desesperadamente del mar de sangre, agitando cabelleras...

Loyalte permaneció pensativo, como si escuchara sus razonamientos interiores.

La gitanilla le interrumpió :

—Y ahora que me has oído y que lo sabes todo, comprenderás que el amor de la gitanilla lleva tanto dentro de sí, que tú no lo alcanzas... Pero no desesperes... Y cavila sobre lo que se habló esta tarde, que yo me ocuparé de tus penas, y si mañana vienes a esta hora y me hallas aquí, quizá no muera el sol...

Loyalte quiso impedirla ; pero Maruja echó a correr ágilmente y le prohibió seguir tras ella.

—Esconde bien las señas de tu casa, misterioso — le gritó desde lejos— ; que quien desea seguir en la cárcel, debe cuidar el calabozo... Abur... Abur...

Y cuando la vió desaparecer entre los troncos, Loyalte se sentó en un claro, sobre la sangre del sol.

*
* *

Aquello era definitivamente absurdo. Su razón le decía que Maruja jugaba con la imprecisión y hacía con la espuma de las reticencias un castillo monstruoso de supersticiones y desequilibrios. La vida era la vida ; los caminos eran los que su inteligencia se trazaba a través del porvenir ; los acontecimientos no esperaban en la sombra, vestidos de casualidad, el momento de aparecer y producirse ; el porvenir resultaba prisionero de los hombres y no los hombres del porvenir ; la existencia era una cosa lisa y normal sin subterráneos ni desvanes ; en ella no había estocadas secretas como en la esgrima ; y la gitana locuaz, indicadora de filtros para domesticar la gloria, era una simple mujer inquieta que, en otros tiempos, hubiera sido quemada, pero que en nuestra edad de escepticismo tan sólo era acreedora a la sonrisa.

Sin embargo, Loyalte meditó sobre el asunto con una seriedad que en otros momentos le hubiera parecido imposible.

Caviloso y preocupado, desatendió la apoteosis guerrera de la puesta del sol...

La línea del horizonte, de un rojo obscuro de carne, parecía una herida enorme hecha en el corazón del mundo. Por sus labios se escapaba a borbotones la vida y lo manchaba todo hasta el límite, como si con aquellos ríos de sangre se estuviera alimentando la prole... Lenta, solapada y parsimoniosa, la noche venía a su encuentro como una muerte implacable sobre la fatalidad de una desgracia... Sus brazos de tul celeste, acribillados de estrellas, precedían su cuerpo de crespón y su guadaña de luna... La guerra de los elementos, la batalla diaria de las cosas, las intermiten-

cias de triunfo y de reveses de la sombra y de la luz, el drama panteísta de todos los minutos, en el que para renovarse y perdurar se entredevoran las fuerzas, desarrollaba una vez más sus episodios trágicos... La floresta milenaria, que había asistido tantas veces al ataque incontrarrestable de las tinieblas y a la feroz heroicidad de los soles, sacudía a su pesar las ramas verdes, sobrecogidas por un escalofrío de pavor. La tierra misma temblaba, estremecida por el pánico que difundía la lucha... Y las aves de la floresta, ganadas por un tumulto de inquietudes bulliciosas, saltaban nerviosamente y huían piando entre las ramas, como si, salvadas por su debilidad como las almas puras, corrieran a esparcir en otros mundos el relato de la catástrofe.

Loyalte levantó los ojos y contuvo un grito.

Aquella visión formidable aumentó su malestar interior y dió alas a sus miedos sin forma. Las realidades eran impotentes para seguir apagando la ansiedad de los hombres. ¿Cómo encastillarse entre los muros de hielo de los teoremas y de las cifras? ¿cómo cerrar los ojos ante lo fantástico y ante lo imposible, que se adueñaban del mundo y le imprimían el sello de lo maravilloso? Las humanas verdades diminutas morían ante la horrible esplendidez desmelenada de los paisajes. Los sentidos desfallecían en medio de la diversidad desbordante y oceánica de lo que los circundaba. ¿Cómo había de pretender él explicar, mover y uncir al yugo de su razón todo lo impalpable, todo lo inexplorado, todo lo que le anonadaba y le oprimía con un borbollar de fuerzas, de aspectos y de fines que evolucionaban en órbitas extrañas a la suya, sin más punto de contacto que el asombro? Las corrientes invisibles y omnipotentes que serenaban o devastaban las zonas, cambiaban los aspectos del mundo, escondían o desencadenaban las muer-

tes y asesinaban los soles, no podían ser explicadas con nuestros pobres recursos de rastreadores de carne. Para imaginar lo que podemos desconocer por organización insuficiente, basta suponernos privados de uno de nuestros sentidos actuales. ¿Cómo intentaría hablar de la música un hombre que no oye? ¿Cómo juzgaría la pintura un ciego? De lo que corresponde a nuestros sentidos muy poco escapa a la razón ; pero, ¿cómo pretender que ésta puede fallar en lo que total o parcialmente es ajeno a nuestras percepciones? Quizá explicamos la naturaleza, sus fenómenos, las fuerzas que nos circundan y nuestros propios destinos, como explicaría un perro el movimiento de esta pluma, creyendo que escarba el papel para hacer brotar hormigas. El viento, que encorva los árboles y derriba las casas, no lo vemos más que en sus efectos ; sin embargo, nuestra presunción nos lleva a suponer que nada existe fuera de lo palpable. Lo limitado de nuestro entendimiento influye quizá para que simplifiquemos sin proporción y para que lo reduzcamos todo a la medida de nuestras facultades minúsculas...

El soñador que había en Loyalte, se lanzaba así en la noche, despertando todos los atavismos y sumergiéndose voluntariamente en las suposiciones, engendradoras de fantasmas.

Pero su educación y su juicio seguro le defendían del vértigo.

—No cabe duda de que la neurastenia me amenaza — se dijo al fin, levantándose y disponiéndose a dar por terminado el paseo— : ¿cómo prestar atención a tan inverosímiles imaginaciones? La gitanilla me ha interesado como mujer. Su curiosidad, su palabrería y su misterio me han intrigado ; el sol y la juventud han hecho lo demás... Pero no hay que convertir un incidente amoroso en fuente de locura. No está mal que una chicue-

la de diez y seis años, encontrada al atardecer en una selva misteriosa, despierte en un corazón juvenil las ilusiones y en un cuerpo sano los deseos; pero resulta peligroso que de tan nimia aventura surjan corrientes de desequilibrio que lo arremolinen todo... Esos caminos de que me habló Maruja sólo existen en su imaginación; su horóscopo es ropa hecha que va bien a todos los cuerpos, y su influencia es tan eficaz como la de mi canario, que canta gravemente sin entender lo que dice... El buen sentido más elemental me demuestra que su poder no alcanza a reemplazar por uno nuevo su pobre corpiño usado. Si conociera los caminos del porvenir, empezaría por renunciar a sus vagabundajes de carretera para seguirlos personalmente; y en vez de explorar los bosques desiertos para encontrar por casualidad un poeta loco que la escuche, se entraría de rondón en la felicidad y en la fortuna. Lo que hay de cierto es que Maruja — prevenida quizá por la posadera, o informada por mis ojos (que una buena gitana sabe adivinar en ellos las intenciones) — juzgó excelente la presa y trató de asegurársela emborrachándola con ensueño. La curiosidad por saber dónde vivo, su mal humor al deducir de mi reserva que no estoy solo, su misma cita insegura lanzada diestramente para ocupar el pensamiento de una noche, están denunciando la hábil maniobra de la vendedora de amor y de mentiras...

Y Loyalte se esforzó por imponerse una actitud resuelta.

—Sólo un niño — concluyó — podría caer en la ingenuidad de dar crédito a tan primitivas historias... Lo que conviene es reducir el hecho a sus límites humanos... La boca de sangre de Maruja ha hecho brotar de mi somnolencia un ímpetu imperioso... Corramos la aventura... Pero guardémonos de darle una significación supraterrestre, o un

simbolismo de cuento de hadas... Y desconfiemos sobre todo de estos paisajes maravillosos que nos arrebatan y nos llevan a una credulidad desconcertante... La luz y el vapor preparan las perspectivas más inverosímiles... Sepamos admirarlas sin renunciar a la razón...

La noche lo ganaba y lo cubría todo con su invasión de muerte. Los árboles se esfumaban, como si a favor de las tinieblas rompieran la consigna de su inmovilidad y salieran, libertados, a vivir su vida propia. La decoración preparada para despistar la indiscreción de los hombres no tenía razón de ser, y los figurantes huían, como parecía huir la tierra y el cielo, dejando el gran vacío impasible y desconsolador, que era la realidad.

Loyalte clavó los ojos en una última claridad que flotaba a lo lejos, en el sitio en que había caído muerto el sol.

Orientado por el instinto, trató de ganar la carretera hasta el poblado.

Y cuando divisó la ventana amarilla de su casa por donde pasaba la sombra obscura de la compañera que erraba alrededor de la luz poniendo el cubierto, dejó escapar un gran suspiro de satisfacción.

La lectura de los periódicos le devolvería la quietud normal.

*
* *

Pero las palabras de Maruja siguieron resonando, a pesar suyo, en los oídos.

El misterio subía en torno y le aislaba...

Taciturno y mohino, entró en silencio al comedor y apenas cambió algunas frases durante la comida para pedir la sal u ofrecer la cerveza. Así que probó el postre, atascó la pipa, abrió un pe-

riódico para justificar su mutismo, y detuvo los ojos en la primer crónica...

«Las vidas libres...» El articulista hablaba probablemente de los emancipados que arrojan sus preocupaciones, y hacía propaganda más o menos radical en favor de ideas nuevas... Pero Loyalte no pudo leer el título sin sonreír una ironía... ¡Las vidas libres!... ¿Quién era libre dentro de sí?... ¿Quién podía alzarse orgulloso y proclamar un alma inmune de compromisos con el pasado?... ¿Dónde estaban los héroes que no se habían estremecido alguna vez ante las tragedias de las nubes, las voces sin voz que oímos interiormente, o los presentimientos sutiles e indecisos que nos quedan al despertar, después de la vida misteriosa de los sueños?

Las palabras de Maruja revoloteaban como pájaros obscuros, creando una atmósfera de tormenta.

Loyalte se sentó ante su escritorio, cogió el paquete de cartas por contestar, separó las más urgentes, dispuso un pliego, mojó la pluma... y volviendo a su preocupación, revivió la escena de aquella tarde.

Maruja tenía un serpentear de quimera en los ojos. ¿Cómo poner en duda su sinceridad?... Se la podía acusar de todo, excepto de haber mentido... ¿Con qué fin hubiera tratado de engañarle?... ¡Engañarle!... Pero, ¿le había dicho acaso algo concreto?... Aquella letanía de parábolas y párrafos frondosos de vaciedad gitana no había hecho más que crear una neblina de malestar, favorecer evocaciones y desencadenar fantasmas...

Loyalte mojó otra vez la pluma y trató de disipar las imágenes que se interponían entre sus ojos y el papel... Urgía trabajar... Sus asuntos yacían en un abandono lamentable... Un editor que le pedía un libro aguardaba respuesta desde hacía dos

meses... En el gran diario en que colaboraba faltaban sus crónicas con asombro de todos... Sus amigos más íntimos le manifestaban su extrañeza en tarjetas postales que quedaban sin contestación... Era necesario reaccionar y poner en orden, por lo menos, las cosas más esenciales... Su porvenir (la imagen de Maruja atravesó de nuevo vaticinando sombras...) exigía una flexión de músculos... Pero, ¿dónde estaba el porvenir?... ¿Por dónde llegar a él?... Una reputación victoriosa, grandes éxitos literarios, un rumor de aclamaciones, una dictadura intelectual, ¿qué era todo eso? ¡Pequeñas satisfacciones de la vanidad!... ¡Gusanos del hombre!... Nada más fácil que hacer espuma alrededor del que grita... Acicalarse con ese oropel para despertar el odio de los indigentes y establecer jerarquías de «menos mal», era renunciar a la obra alta y durable para entrar en el hormiguero... No había que trazarse un camino; había que encontrar El Camino y desentrañar y coordinar las correspondencias y las antítesis que han escapado al hombre y que, sin embargo, deben formar el secreto íntimo de la vida, la palabra misteriosa que abre las puertas del porvenir — del verdadero, que es inmortal.

La lámpara vertía, a través de la pantalla verde, un resplandor dulce que invitaba a seguir ensartando ideas truncadas y deshojando suposiciones en el mareo voluptuoso del creador que saborea la embriaguez de concebir sin imponerse la desilusión de ver en carne lo imaginado... Maruja se diluía ante los ojos, se tornaba inmaterial, se idealizaba en tules, y sólo quedaba de ella en la tierra la boca lujuriosa, los ojos negros y el índice fatal con que señalaba en la mano abierta los caminos sinuosos del programa de vida que el destino había trazado en jeroglíficos para inquietar a un tiempo y reconocer a los hombres...

Loyalte observó que la sensibilidad se afinaba en él hasta el extremo de permitirle percibir el rumor de alas de las ideas... Un silencio absoluto le rodeaba... Su compañera se había refugiado en el dormitorio y debía dormir... Del campo no subía el más leve rumor... A través de los vidrios de la ventana que se abría a su izquierda, sólo vió una gran superposición de sombras impenetrables y profundas que parecían aislarle de la vida... No tuvo miedo, porque el miedo es una cosa terrestre, y como se sentía inmaterial era intangible; pero experimentó un estremecimiento de ansiedad maravillada, como si hubiese despertado en un mundo nuevo... Los libros se alineaban, inexpresivos, en las estanterías largas que semejaban vitrinas de museo... ¿De qué artificialismos, de qué ignorancias, de qué limitaciones eran testimonio?... ¿Valía todo ello un instante de mutismo iluminado?... Maruja era quizá un ser que había llegado a las raíces por la simplicidad... Su pobreza y su vida errante eran las astucias con que disimulaba sus tesoros y su arte supremo para ver en la sombra... La noche no es quizá más que una insuficencia de nuestros ojos... ¿Por qué no habían de tener los de Maruja, como los de ciertos animales, el poder de vencerla?... Los hombres de los grandes centros se anemiaban y palidecían bajo las lámparas, buscando la salida del laberinto, que un buen salvaje, lleno de audacia silvestre, podía presentir en un instante de luz.

La pluma se le cayó de las manos y, al ruido, Loyalte se irguió, restregándose los ojos.

—¡A la vida, mortal! — se gritó, dándose un golpe con la pipa — ¡y guárdate de caer en estos baches!

Después de lo cual cerró su escritorio y se alargó sobre el sofá para huir de la imaginación, refugiándose en el sueño.

*
* *

La cita del atardecer ocupó el pensamiento de Loyalte durante el día.

Antes del almuerzo tuvo la idea de pasar frente a la vivienda de Maruja para ver si la encontraba, pero comprendió que era dar prueba de una ansiedad excesiva.

Su programa estaba hecho. Al atardecer aguardaría a la gitana en el bosque y le hablaría claramente, sin dejarle sospechar la inquietud que había sembrado en él. (Además, esa inquietud se había desvanecido con la claridad. ¿Cómo podía admitir el imposible y dar crédito a viejas supersticiones?...) Aquel encuentro marcaba el fin de su entreacto sentimental... Su corazón insaciable buscaba un nuevo pretexto de inquietud y había que dárselo... ¿Qué le importaban los riesgos?... Las caídas y los triunfos habían sido tantos, que poco podía temer... Todo se reducía a pasar con Maruja una primavera cerca de Evian, en el paraíso de los lagos... El tiempo y el otoño harían lo demás... En tres meses nacen y mueren muchas cosas... Loyalte sonrió al imaginar las habladurías que levantaría la aventura entre sus amigos... ¡Una gitana!... ¿Y por qué no?... ¿Qué tenía de más ni de menos que las otras?... Soltero, y en un país desconocido, su situación se lo permitía todo...

En cuanto a la pesadilla de la noche anterior, sólo se reprochaba no haber sabido interrumpirla.

En ese momento sólo experimentaba una exigencia aguda de su sentimentalidad caprichosa, una fantasía juvenil de intelectual atraído por el encuentro pintoresco y por el alma rara.

Quizá sería todo aquello una medicina para borrar imágenes viejas, renovar la circulación nor-

mal y devolverle su sonrisa y su aptitud para el trabajo.

Loyalte llegó a felicitarse de la aventura.

—Abrir una página es cerrar otra — se declaró.

Y los rastrojos que perduraban parecieron esfumarse y desvanecerse, vencidos de antemano por lo que debía venir.

Cuando cayó la tarde y la luz apaciguó sus colores estridentes para desmayar en suavidades enfermas, llenas de languidez y de encanto, Loyalte cogió su bastón y se encaminó lentamente, reteniendo sus ímpetus y vigilándose sin tregua para no perder la autoridad sobre sí mismo, hacia el bosque todavía claro y sonriente, empolvado de oro en la cima, que limitaba el valle y parecía ocultar la fuga del horizonte.

Claras, visibles, como en relieve, se destacaban en su interior las intenciones. El sabía lo que convenía hacer y estaba resuelto a realizarlo. ¿Cómo había podido caer en las infantiles oscilaciones del día anterior?... Su conciencia se sublevaba ante aquellas debilidades incomprensibles... Maruja no era más que un labio ofrecido.

El camino tortuoso se escurría primero entre dos muros, saltaba después un pequeño hilo de agua azul, y se precipitaba al fin en el valle, por donde corría, en sierpe, hasta desaparecer en el bosque. Loyalte lo taconeó lentamente, deteniéndose de trecho en trecho para considerar la perspectiva, apartar una piedra o asistir a la fuga de un lagarto. De la naturaleza brotaba a esa hora una placidez fragante que aquietaba los nervios y devolvía a los hombres la confianza...

Así que llegó al bosque, se dirigió, cortando caminos, hacia el rincón extraviado donde encontró la primera vez a Maruja y donde le habló después.

Como era aún muy temprano, Loyalte se sentó sobre un tronco y pasó revista lentamente a lo que

tenía que decir... La cosa no podía ser más sencilla... Descartados los horóscopos (ya se encargaría él de hacer comprender que aquellas enrevesadas historias hipotéticas no convenían a su carácter experimental) y perdida para Maruja la esperanza de enredarle con apoyo de tan infantiles medios, todo concurriría a favorecer su plan... La muchacha aceptaría sin vacilar la buena fortuna, y él volvería a ser, pasado el capricho y desvanecidos los recuerdos, el artista lleno de salud que había sido hasta entonces...

Por uno de esos cambios bruscos, propios de los climas templados, la tarde se tornaba glacial y anunciadora de tormenta...

El viento húmedo trajo jadeante la noticia de la lluvia próxima que avanzaba, extendiendo sobre las tierras su llanto desconsolador. El cielo cobró un matiz grisáceo, como si descendiera hasta rozar los árboles y se tornara en techo de pizarra. Y el gran sol redondo, sorprendido en su triunfo, se destiñó y se disimuló, naufragando en la claridad difusa de un gran agujero de luz, sin relieve, sin irradiación, casi blanco, que parecía, de lejos y en conjunto, la constelación de cirios de un altar en la nave obscura de una iglesia. A las muertes trágicas y marciales había sucedido la palidez de un astro enfermo que bendecía el sacrificio y besaba el puñal con que le arrancaban la vida... Y ese sol místico y cansado, en quien agonizaba el ímpetu y moría el ardor de tantas generaciones de soles indómitos, ese vencido que se resignaba sin luchar a su suerte adversa, despertó en Loyalte una nueva melancolía...

El viento, el sol blanco, el cielo gris y la amenaza de la lluvia, que al contenerse suscitaba una ansiedad dolorosa como las grandes penas que se niegan a estallar en lágrimas, acabaron por ha-

cerle olvidar sus propósitos y sumirle en una somnolencia singular.

Maruja no llegaba...

Habían sonado las cinco en el reloj solemne de la iglesia del lugar, y las campanadas lentas habían batido dolorosamente el aire hasta prolongarse y morir como recuerdos, sin que apareciese en la floresta la saya roja y el corpiño obscuro.

¿Por qué tardaba en venir la gitanilla?

Loyalte lo atribuyó a un ardid de coqueta que esperaba dar así mayor valor al encuentro, y, convencido de que la aventura no podía fallar, siguió ensartando, como flores obscuras sobre un hilo delgado, todas las imaginaciones sobre su desvarío.

A medida que se acentuaba la sombra, volvía a entrar en él la jauría salvaje de los miedos... Su seguridad le abandonó, renacieron los torbellinos de palabras enigmáticas, y prisionero de monstruos impalpables volvió a caer en la desmoralización de la víspera...

Maruja tenía en el gesto y en la voz algo tan nuevo, que resultaba imposible tomarla por una gitana vulgar... Sus ojos decían más que sus reticencias... Había en sus manos una suavidad silvestre de desconocido... ¿Cómo confundirla con las chatas recitadoras de buenaventura que corren el mundo repitiendo a tontas y a locas la misma fábula grotesca a cambio de algunos sueldos?... Loyalte se jactaba de conocer el corazón humano y de saber deducir una mentalidad de una frase... Allí había algo que escapaba a su percepción, un gran terreno de sombra dentro del cual, en nombre de su mismo método científico, cabía todo aquello cuya ausencia no estaba comprobada... Ante una casa desconocida, a través de las puertas mudas, ¿podía asegurar él que no había dentro un inventor?... No eran excusas que se buscaba su debilidad, eran comprobaciones de un espíritu libre,

enemigo de todos los dogmas, hasta del dogma razón... Que no le vinieran a él con barreras en nombre de nada... El espíritu humano debía poder revolotear sin cortapisas dentro del infinito... Los que le decían «eres libre a condición de que lleves esta luz y sigas este sendero», no eran quizá más que teólogos laicos que preparaban una teocracia de laboratorio...

La imaginación, irritada y enfurecida por la soledad y por una vida de monólogos, se lanzaba, sin tino, a derribar las puertas de la locura.

Loyalte sentía que las trabazones de realidad crujían bajo sus pies y que todo amenazaba rodar con él al abismo ; pero se abandonaba al mareo y a la corriente, de espaldas en su barca deshecha y fantasmagórica, que hacía nacer a su paso extrañas perspectivas y reflejaba en las olas glaucas sus mástiles de alucinación donde dormían los buitres.

El sol, amortajado, vertía una claridad lívida y confusa de luz eléctrica en tarde de neblina, y su luz menguante, vista a través de los troncos negros, difundía una dolorosa quietud de muerte.

Loyalte consultó la hora y se irguió desorientado...

Eran las seis menos cuarto, y Maruja venía siempre a las cinco... Una sospecha vaga le sacudió... La gitana se había sentido herida por sus dudas y esperaba que él la fuese a buscar... La cabaña obscura, y el viejo parsimonioso de tez curtida, que cortaba los troncos con un cuchillo andaluz, reaparecieron en un recorte del ayer inmediato, traídos a la superficie por la evocación... Maruja debía estar allí, aguardando arteramente su llegada... Porque ella no podía abrigar duda, «sabiendo» lo que tenía que ocurrir.

Resuelto y nervioso, Loyalte se inclinó para recoger el bastón, que había rodado a sus pies, y ya

daba un paso para alejarse, cuando descubrió en el suelo, junto al tronco vencido, una pequeña cruz modesta y amarilla. Era la cruz que Maruja llevaba alrededor de la garganta... Aun pendía de ella la cinta roja, que Loyalte había observado porque resaltaba curiosamente sobre la piel morena... Sea que Maruja la hubiera dejado caer, sin advertirlo, el día anterior; sea que la hubiera abandonado allí ex profeso aquella mañana, para turbarle y hacerle recordar, el pretexto no podía ser más plausible, y ello justificaría su aparición en la pequeña casucha que debía dormir ya, envuelta por el crepúsculo, a la salida del pueblo... El hallazgo daba tregua a su ansiedad y la disimulaba a sus propios ojos.

*

* *

En poco tiempo salvó Loyalte la distancia. Sus pasos apresurados y ansiosos resonaron en los caminos desiertos con una vivacidad anormal.

Cuando distinguió en la sombra el techo de paja de la vivienda mezquina, trató de contener su emoción y se detuvo... Pero una impaciencia difícil de dominar le empujó a andar otra vez y se encontró de pronto ante el refugio de Maruja...

Algo anormal había pasado allí. La puerta estaba abierta, el perro no ladraba...

Loyalte tuvo la intuición de un desastre.

Perdido el tino, saltó por sobre el cerco, salvó el pequeño espacio que le separaba, y entró...

La cueva estaba vacía...

Entonces se lanzó por el camino hacia la estación, sacudido por el pánico... Había que saberlo todo, había que preguntar a la posadera lo ocurrido desde el día anterior... Entre aquellos grupos maldicientes, que se reunían a diario en el

pequeño café, alguien debía tener noticia de la desgracia. Loyalte imaginó, ante todo, un capricho de las autoridades, ensañadas contra los vagabundos bajo la presión de los propietarios medrosos... Después pensó en una enfermedad, o un accidente, que les había empujado al asilo... En el oleaje de su incertidumbre, desaparecieron y reaparecieron cien veces las mismas hipótesis... Su cerebro temblaba bajo una tempestad de suposiciones antojadizas...

Así que llegó al pequeño café, cuyo farol azul brillaba extrañamente en la calle sola ante la estación desierta, Loyalte se precipitó, abriéndose paso entre el grupo de consumidores irónicos y se refugió en un ángulo con la patrona, que lo adivinó todo y no le dió tiempo para formular su pregunta.

Aquella mañana, casi con la aurora, había visto pasar a los gitanos en dirección al gran camino carretero. Después no les había vuelto a ver. Quizá salieron a errar por los campos, como solían ; quizá abandonaron el país... Con esas gentes era imposible saber nada. No llevaban más equipaje que lo puesto y saltaban de tierra en tierra como nosotros vamos a una visita.

... ...

Loyalte comprendió al fin la realidad.

Maruja había averiguado su situación, había visto sus dudas y sus escrúpulos, y había resuelto desaparecer, abandonándole sin esperanza en la sombra, en la vida como le dijo el día anterior.

Entonces resurgieron, alborotadas y violentas, todas sus cavilaciones... Sin atender a la mujer que le ofrecía una copa, y sin reparar en el grupo de empleados y mandaderos que le observaba en burla, se lanzó a la calle, desesperado, como si le persiguieran.

¿A dónde iba?... No se le ocurrió averiguarlo... Experimentaba un deseo imperioso de andar, que ni razonaba ni tenía conciencia de sí mismo... Las escenas y las palabras de los últimos días reaparecían en jirones, entrecortadas por ideas truncadas y por silogismos fantásticos... La gitana le había venido a traer quizá la llave del porvenir y él la había rechazado. Una simple aventurera no desaparece en mitad de un negocio que se anuncia con tanta felicidad... Era evidente que aquella mujer tenía otros propósitos...

Y si la aparición había sido un despertar, la fuga fué una catástrofe.

En medio de la confusión de sus sentimientos, Loyalte alcanzaba a distinguir dos grandes dolores: el que le causaba la pérdida de una loca esperanza encantadora en su insensatez y el que sufría en su amor humano...

Este último era, sin embargo, más débil... Intelectual y soñador ante todo, Loyalte daba más importancia al imposible secreto y a la tentativa ilusa, que a la pequeña pasión de capricho que le había inspirado la gitana. Lo esencial era apoderarse de lo invisible, medir el infinito, salir de la prisión y de la carnadura del hombre... Las ansias delirantes resurgían con mayor violencia... Y, sin embargo, todo estaba perdido...

¿Cómo volver a encontrar a Maruja? ¿Sabía él, acaso, hacia qué rumbo se había dirigido el grupo errante y doliente que se llevaba el porvenir?...

Las ideas se entrechocaban, tumultuosas y despavoridas, como vientos contrarios... ¿Qué convenía hacer?... ¿Salir por las carreteras al azar a perseguir a los fugitivos que habían partido con la aurora y que debían haber cambiado tantas veces de derrotero para despistarle?... A pesar de su desorden interior, Loyalte sintió que aquello sería absurdo...

*
* *

La noche había cerrado completamente, y la tormenta anunciada desplegaba a su favor los torvos ejércitos... Primero fué un ruido lejano, como si rodaran de la montaña inmensos bloques de piedra... Después se acentuó el fragor y pareció acercarse... Un viento rudo batió las viviendas, arrancando a los árboles una lamentación difusa y persistente... Hasta que las gotas anchas comenzaron a saetear, dispersas como granizo... En poco tiempo las calles estuvieron inundadas ; y en medio del aguacero torrencial, los truenos solemnes y los relámpagos incesantes que, al trazar jeroglíficos de luz sobre el cielo obscuro, parecían las líneas de la mano del misterio que nadie había podido descifrar, Loyalte tuvo que correr, al fin, empapado y atónito, hasta llegar a su pequeña habitación.

El cuadro de la mesa, puesta con el mantel blanco y los cubiertos brillantes, bajo la luz tamizada, le sugirió imágenes apacibles que calmaron un tanto su inquietud... Su vieja amiga estaba allí, junto a la chimenea, vestida de negro como siempre, hojeando un libro... Un silencio venturoso y una tranquilidad reconfortante reinaban en la pequeña pieza, ordenada y limpia, cuyos muebles simples, apoyados contra los muros, parecían soñar en cosas lejanas...

Loyalte se cambió el traje y se sentó en un sillón con los pies sobre el guardafuego.

Las ideas le aparecían en perspectivas remotas, semiveladas por un desmayo, como si fueran cosas de otra vida. Tuvo la sensación de estar convaleciente y de recordar hechos inseguros y flotantes que habían ocurrido durante su enfermedad...

La lluvia azotaba los vidrios con furia, ensa-

yando romperlos. La tierra reseca absorbía el agua glotonamente. Y no se oía en la obscuridad que envolvía a los campos más que el ruido adormecedor y melancólico que producía el llanto inconsolable de las nubes... Por instantes surgían de la noche, el camino y las casas dispersas que parecían ser devoradas por un monstruo cuando se extinguían los relámpagos...

—«...Y si me encuentras mañana en este lugar, quizá no muera el sol» — había dicho Maruja al despedirse...

Maruja no había venido. El sol había muerto, desangrado por la noche. Y todo lloraba en la naturaleza la tragedia atroz...

Terminada la comida y recobrada la independencia en la soledad, Loyalte se apoyó de codos en el escritorio y se quedó con los ojos fijos en la pequeña cruz modesta y amarilla que le había dejado Maruja al partir.

¿Qué era aquella gitana?... ¿Qué había de probable en sus suposiciones?... ¿Dónde estaban los caminos?...

Y como aquella historia amenazaba dejar rastro durable en el recuerdo, Loyalte resolvió escribirla para desembarazarse de ella y tratar de preservar a otros ilusos del peligro misterioso de las puestas de sol.

MARÍA

MARÍA

Aquel pueblo no resultaba ni peor ni mejor que cualquier otro del sur de la provincia de Buenos Aires. La estación era un tinglado, rodeado de galerías, que sólo cobraba vida a la madrugada y al anochecer, cuando partían o llegaban los dos únicos trenes que comunicaban con la capital; la iglesia, un edificio tosco, unido a una casita mezquina, de techo azul, donde vivía el cura; y la municipalidad, un vasto caserón agrietado, cuyas diez ventanas con reja daban sobre la plaza tradicional.

Demás está decir que, bajo los árboles verdes, se alzaba el kiosco donde tocaba por las noches la murga, que era la única diversión del vecindario.

Sobre la plaza caía también la farmacia, a cuya puerta, unos de pie, otros a caballo sobre las sillas, discutían por las noches los notables de la localidad; la comisaría, con su gendarme de plantón y sus persianas entreabiertas, por las que se veía pasar al ordenanza que servía el mate; el club social, cuyo balcón lucía un escudo y una hilera de mecheros con sus globos de color; y a casa de

Antúnez, que ostentaba con orgullo los cuatro balconcillos pintados de blanco, el patio inmenso lleno de flores, y la azotea, sobre cuyo balaustre se erguían dos muñecos de yeso, apoyados en dos lanzas.

Antúnez, que era rico y tenía parientes en Buenos Aires, estaba recluído, desde hacía diez años, en aquel rincón de la provincia, vigilando sus establecimientos de campo.

Con botas, chambergo y chiripá, a caballo sobre un zaino escarceador, recorría a veces las calles principales del pueblo, acompañando a su hija que, menos apegada que él a la tradición del criollo, vestía correctamente de amazona. María contaba diez y seis años y tenía esa belleza fresca y selvática de las mujeres de mi país, en cuyos ojos de ternura y de fuego parecen haberse acumulado muchas vidas.

Como María debía volver, por el tren de las cinco, de Buenos Aires, a donde había ido a pasar una temporada con una parienta, había aquella tarde en casa de Antúnez una animación desusada. Era la primera vez que abandonaba el pueblo, y sus padres la esperaban con impaciencia.

Cuando bajó del vagón, todos la rodearon ; y, tras los abrazos y las preguntas atropelladas y contradictorias que no te será difícil imaginar, treparon con ella al break que los aguardaba ante el corredor de la estación.

Antúnez, su mujer, María y Enriqueta, la hermana de Antúnez, que la acompañó en el viaje, pasaron gozosos, entre nubes de polvo, por la calle principal del pueblo, saludando a los grupos que paseaban por las aceras.

Era el atardecer.

El sol daba sus últimos latigazos de oro sobre los vidrios de las casas. Un vaho fresco subía de la tierra.

Disipado el calor que encerrara a todos en sus aposentos, la vida simple de los habitantes se abría de nuevo al aire libre.

Las muchachas, vestidas de blanco, con trajes vaporosos y sencillos, paseaban en grupos, riendo sus gorjeos de pájaros bajo la esplendidez del cielo.

Los ancianos, sentados en sus sillones, sobre la acera, conversaban reposadamente, viendo morir el día.

Algunos jinetes, con los caballos enjaezados a la criolla, cruzaban las calles al galope, recortando sus contornos sobre la claridad del fondo.

Y en el ambiente agradable de la aldea feliz flotaba un perfume mezclado de flores y de almas frescas.

Cuando el break de Antúnez desembocó en la plaza, el hacendado tuvo una sonrisa maliciosa, empujó a María con el codo, y le dijo, designando a un jinete que le saludó al pasar :

—Ahí va Rodríguez...

María se encogió de hombros, hizo una mueca de desdén, y como el coche se detuviera a la puerta de la casa, todos bajaron en un grupo y entraron, hablando y riendo, mientras el jinete que acababan de encontrar les observaba desde lejos, inmóvil sobre su caballo y pensativo.

Durante la comida, María contó que se había divertido mucho en Buenos Aires, especialmente en casa de la señora de Juliánez, que daba recibos encantadores. Allí había conocido a un estudiante de derecho, llamado Pérez, hijo de un estanciero millonario, y mozo de gran porvenir.

—Era el mejor bailarín de la reunión — declaraba María en tono admirativo — y nadie puede competir con él en punto a los trajes. Se dice que los hace traer directamente de Londres. Los envidiosos le critican ; pero es el más alegre de todos.

Antúnez observaba a su hija con una sonrisa complaciente. Su clarovidencia de padre le hacía adivinar el *flirt*. En el fondo, se regocijaba de ello. Se sentía halagado al saber que María había hecho buena figura en los salones y había sido cortejada. Por otra parte, sabía lo efímero de esos mariposeos juveniles... De ahí que se interesara irónicamente en la conversación y diera bromas a María, que se defendía, jurando que Pérez no la interesaba ni más ni menos que los demás.

—¿Y Rodríguez? — preguntó de pronto Antúnez, aumentando la turbación de su hija— ; ¿qué hacemos de Rodríguez, que se ha pasado toda la tarde yendo y viniendo a la estación, con la esperanza de verte pasar?

María se echó a reír con el aturdimiento de sus diez y seis años...

Y como la comida había concluído, todos se levantaron alegremente y salieron al corredor, donde tenían costumbre de tomar el café, sentados en cómodos sillones de mimbre, respirando el fresco olor del jardín humedecido por el crepúsculo.

Antúnez estaba al cabo de los amoríos de su hija con Rodríguez. María, como todas las muchachas de su edad, creía tener un novio en secreto. Pero en su casa se hallaban tan enterados como ella misma. La dejaban hacer, porque no veían ningún mal en la aventura y porque era la costumbre del país. ¿Qué muchacha joven y hermosa no tenía en el pueblo un novio de quien recibía flores y con quien cambiaba frases a escondidas, ya fuera por las tardes, durante el paseo, en la plaza tumultuosa, ya fuera al atardecer, a través de la reja vetusta de la casa paterna? Esa inocente manía de esconder las preferencias para revelarlas de golpe, y casarse al fin, era tan común, que nadie soñaba en oponerse a ella. Antúnez, como tantos otros padres, se contentaba con seguir a distancia

la marcha de las cosas, dispuesto a intervenir así que notara el menor síntoma anormal. Pero la vigilancia resultaba casi inútil. Aquellas almas sencillas y sinceras, empapadas en Lamartine y en Bernardin de Saint-Pierre, estaban a cubierto de toda malicia... Eran amores de égloga, que acababan siempre en un matrimonio feliz...

Cuando Antúnez encendió su cigarro y pidió a la sirvienta su sombrero había caído la noche. En ráfagas armoniosas llegaban hasta el corredor los ecos de la música que tronaba en el kiosco de la plaza...

María se puso un clavel en el pelo. Las dos señoras se cubrieron la cabeza con sus mantillas de tul. Y cuando llegaban todos al zaguán, estalló una confusión de besos y saludos. Eran las de Pardo, que pasaban y entraban a buscar a María.

En seguida se formaron dos grupos. Delante, vestidas de blanco, bulliciosas y alegres, las tres muchachas. Detrás, la señora de Pardo con Antúnez, su mujer y Enriqueta.

En la plaza paseaban ya las familias más encopetadas del pueblo.

La calle angosta, bordeada de bancos y de árboles frondosos, era un entrevero de gentes felices que se saludaban y se detenían a veces para conversar.

Las mujeres, con trajes claros de muselina, y los hombres, con sombrero de paja, dejaban, bajo el follaje obscuro, en la atmósfera adormecedora de la noche estival, como un parpadeo de luciérnagas.

Nada parecido a la casta voluptuosidad de esas fiestas inocentes, que se reducen a oír un viejo vals en desuso, entre miradas y sonrisas, bajo el cielo tachonado de estrellas. La noche ejerce una extraña sugestión sobre los espíritus; el vaho fresco de los campos embalsama la atmósfera, y todo es

tan espontáneo, que se dijera que los hombres, volviendo a la claridad de los orígenes, se complacen en reanudar la sinfonía de las églogas.

En esas noches, en esas plazas, al compás de esas músicas, ha nacido la primavera de millares de idilios, se ha abierto un cielo en muchas almas, se han regalado muchas rosas y se han formulado muchas promesas...

Mientras los padres descansan, sentados en los bancos que bordean el camino angosto, las muchachas se pasean en bulliciosos racimos de juventud, dejándose cortejar por los mozos que se estacionan de pie junto al kiosco de la música, o se pasean también, gesticulando, al resplandor de los cigarrillos.

Los enamorados aprovechan a menudo la complicidad de la sombra para cambiar cuatro frases rápidas y tiernas que se ahogan en el viento.

Y bajo la arboleda que ondula empujada por la brisa, en el mareo de las notas, excitados por los roces, los grupos vibran y se embriagan de ilusión y de imposible...

María, con sus dos amigas, comenzó a pasearse de un extremo a otro de la plaza. Hablaba con extraordinaria verbosidad y debía contar cosas interesantes, a juzgar por la atención que le prestaban las de Pardo.

Cada vez que pasaban ante el kiosco donde los músicos italianos, con las mejillas rojas, hacían crujir sus trombones brillantes, las tres muchachas escondían una sonrisa de complicidad...

A la derecha, de pie, junto a un árbol, estaba Rodríguez, pálido de despecho.

María se obstinaba en no verle.

Una vez se rozaron al pasar, y Rodríguez le lanzó una frase al oído. Pero sea que María no le oyó, sea que había resuelto romper aquellas relacio-

nes, el caso es que continuó su alegre charla sin inmutarse.

Rodríguez tenía ojos brillantes y profundos de soñador primitivo. A través de su cara morena, se adivinaba un alma a la vez dulce e impetuosa, capaz de la lágrima y del sacrificio. La nerviosidad con que retorcía su bigote y la mirada ansiosa con que espiaba los movimientos de María, dejaban adivinar su tortura.

Llegó un momento en que no pudo contenerse y se lanzó, dispuesto a todo. Quería tener una explicación. María trató de esquivarse. Pero él insistió, y en un extremo de la plaza, donde tantas veces se habían cambiado palabras tiernas, tuvieron un diálogo hostil. Las de Pardo se retiraron algunos pasos más lejos. Y en la placidez embriagadora de la noche, se desató el drama.

—Aquí hay un misterio que es necesario aclarar. Tu viaje a Buenos Aires te ha separado de mí. ¿Buscas un rompimiento?... ¿Verdad?

—Busco lo que es necesario. Debías haber imaginado que esto no podía durar eternamente...

—¿Por qué?...

—...¡Qué se yo!... Pero ahora todo ha concluído... Supongo que me dejarás tranquila...

—Te estoy oyendo, María, y no sé si debo despreciarte, o hacerte expiar tu traición... ¿Has olvidado nuestras promesas?... ¿Qué cambio ha habido en ti?... ¿Amas a otro?...

—Sí.

—¿Y me lo dices?...

—Claro, puesto que todo ha concluído. Adiós...

—No, no; no te irás... Has de escucharme hasta el fin, porque hoy resolvemos nuestra vida. ¿Crees tú que yo, que he puesto en ti todo mi pensamiento, voy a dejar que te alejes sin gritarte tu infamia?...

—Adiós...

—¡ Ven aquí !... ¿Qué es lo que hay?... ¿Quién es el canalla que...?

—Déjame irme...

—¡ Dime !... ¿Quién es el canalla que me ha robado tu cariño?

—¡ Qué te importa !... Ya lo sabrás cuando me case, dentro de algunos meses...

—¡ Casarte con otro !... ¿Y yo asistiré en silencio a esa vergüenza?

—Adiós... suéltame... adiós...

—¡ Mi María ! ¿Qué te he hecho yo para que me desdeñes?... ¡ Vuelve a mí ! Tú sabes cuánto te quiero...

—He dicho que todo ha concluído... Quiero a otro... Me caso con otro... Déjame en paz...

—¡ Maldita !... ¡ No me verás sobrevivir a tu traición !

¡Y en la media sombra de aquel lugar apartado a donde llegaba la música tamizada por la atmósfera caliente de perfumes, María no tuvo tiempo más que para lanzar un grito breve... En un relámpago, Rodríguez había desnudado un pequeño revólver de cabo de marfil, se lo había apoyado en la frente y había caído bañado en sangre...

Al ruido de la detonación acudieron espantadas, en remolinos ansiosos, todas las gentes que estaban en el paseo. Antúnez se abrió paso y levantó a su hija, que se había desvanecido de emoción.

... ...

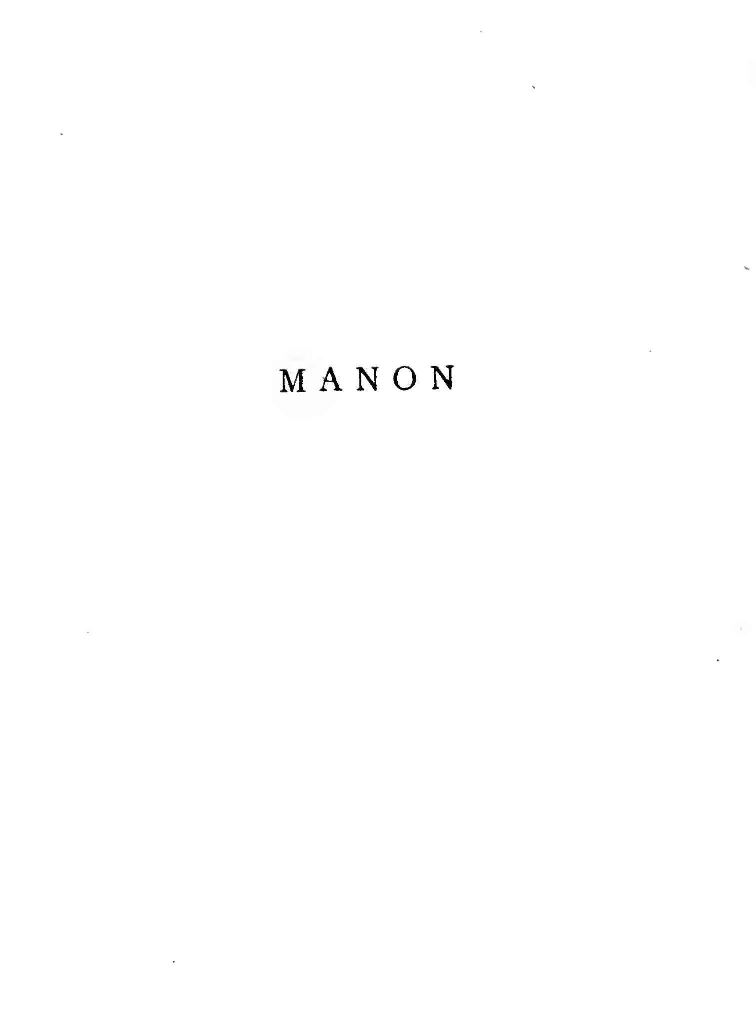
Cuando lo extendieron sobre dos sillas en la farmacia, Rodríguez vivía aún. Pero el médico no dió esperanza de salvarle. La herida era mortal. Al cabo de media hora expiró, sin haber pronunciado una palabra.

Y un mes después María recibió la noticia de que Pérez, el amable estudiante de derecho, había

pedido la mano de su prima, la señorita de Miramar.

Como María lloró muchas lágrimas, comprendió al fin la angustia de Rodríguez. Y una mañana, muy temprano, a la hora en que todo en la naturaleza parece infantil, salió con una sirvienta, fué al cementerio, y dejó una rosa blanca sobre la tumba del suicida.

MANON

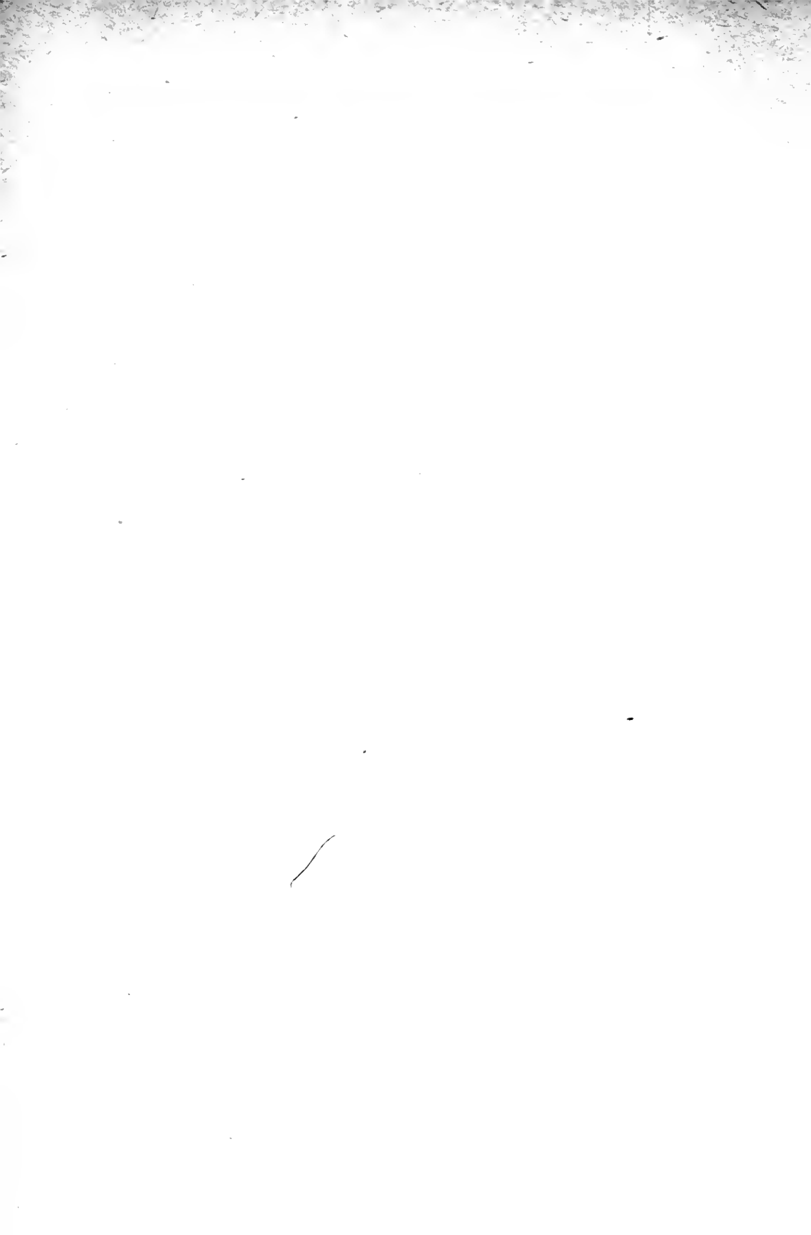


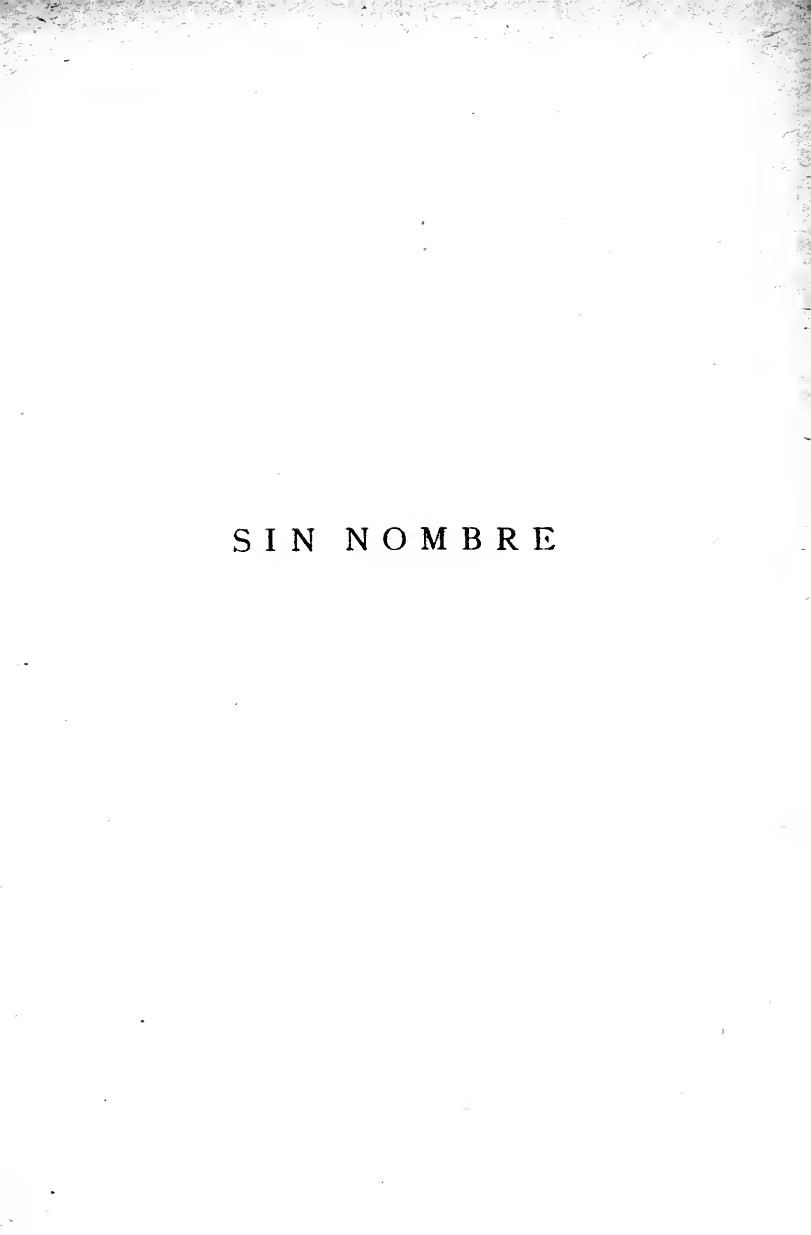
MANÓN

Ven a arrancar mi primer cana, Manón; tus dedos ágiles y delgados sabrán buscar mejor que los míos el hilo blanco traidor. Quizá este anuncio de mi invierno helará tus rosadas ilusiones. No en vano tienes quince años y yo veintiocho... Hay casi entre nosotros una vida. Sin embargo, ninguna pareja ha sabido reír mejor las mismas farsas, ni perseguir con más alegría los mismos pájaros de ilusión entre los bosques de primavera... ¿Te acuerdas de nuestro encuentro hace seis meses?... Fué en el jardín del Luxemburgo, junto a la fuente vasta donde los niños, silenciosos, hacen bogar gravemente sus navíos aventureros... Tú estabas sentada en la balaustrada, peinando con tus manecitas inquietas las guedejas rubias de tu hermanito, que trataba de poner a flote su goleta minúscula, en peligro de naufragio. Yo te miré al pasar, como se mira al alegre rayo del sol que entra por la ventana, en los ojos, con el deseo, como si quisiera beber tu juventud. Hubo un instante de perplejidad... Pero en tu mirada, mucho más azul que el cielo, parpadeó al fin

una sonrisa que me lo dijo todo. «¿Puedo ayudar a salvar la tripulación?», te murmuré en la nuca, designando el velero convertido en submarino. Tu hermano volvió los ojos implorando ayuda... Tú no supiste negar... Te divertía el incidente... Y aun recuerdo tu risa fresca cuando viste enjugar, después del salvamento, los puños mojados de mi camisa blanca. Así que el barco estuvo a flote, el niño se absorbió en la tarea de dirigirlo con su timón de caña. Yo me senté junto a ti y te apreté la mano, que se abandonó entre las mías... ¿Fué porque comenzaba a caer el crepúsculo, o porque ganduleaba Amor entre los árboles?... ¿Por qué te dejaste ceñir y atraer contra mi pecho?... Es verdad que, a la luz muriente, brotaba de París un hálito extraño de sentimentalidades imperiosas... Nuestras almas palpitaban al capricho de la ciudad, como la barca de tu hermano en los remolinos de la fuente... Nos contamos todos los cuentos azules que embellecen la juventud... Y al despedirnos una hora después, en la encrucijada llena de sombra, cambiamos la primer cita... Recuerdo todos los detalles... A la mañana siguiente te acompañé hasta el arco de la Estrella... Por la noche te aguardé al volver la esquina... La ciudad, cómplice, nos abrió todas sus callejuelas para el beso... Fué un idilio que duró la semana entera... Y el domingo... ¿Por qué tienen los domingos esa oferta muda entre sus horas?... El domingo, fuere porque los árboles en flor perfumaban las avenidas, fuere porque la estación te invitaba a ser mariposa, te dejaste llevar campo afuera, hasta este mismo bosque de Saint-Germain donde pasamos la tarde. Estaba resuelto que debías regresar a las cinco... Pero el ardiente sol engañaba, las sendas eran confusas y se pasó la hora y no volviste... Nos olvidamos de que el día debía tener noche... Cuando cayó la sombra, regresamos a la

estación y tomamos el tren sin saber a dónde iríamos... Viaje de ensueño... Pero con un despertar en la vida... ¡Un silbido, un freno brusco; París! En el reloj de la estación daban las diez... ¿Cómo regresar a tu casa a aquellas horas?... ¿Te acuerdas de la cortedad divina con que te acurrucaste junto a mí para decirme: *Allons chez toi; je ne peux plus rentrer...?* Fué en abril, Manón, y estamos en septiembre... Hace seis meses que vivimos juntos... No me preguntes cuánto duran los amores... Bien sabes tú lo que es un *clair de lune*... Pero nos hemos querido con toda el alma... Y en mi recuerdo dejas una cruz... Arráncame esta cana, Manón... La guardaré de ti como recuerdo... ¿Crees tú que ello no vale una página de historia?...





SIN NOMBRE

SIN NOMBRE

Cuando oigo el lejano gorjeo de un piano que preludia amores de una primavera, me parece escuchar el relato de una historia. Las historias comienzan también, como las serenatas, con un arrobamiento de pasión y terminan con el tañido de una campana llamando a muerto.

En las horas vacías de la noche, cuando el invierno llora sobre París sus lágrimas blancas, es muy hermoso ceder a la imaginación y volver a pajarear por los campos del pasado. La ventana no deja ver, tras los vidrios goteados de nieve, más que una calle obscura, raspada de tiempo en tiempo por los fiacres y, un grupo de transeuntes retardados, que se deslizan, bordeando los muros. Sólo en frente, en la buharda de un edificio gris, distingo la silueta de una divina mujer jóven que activa su labor, hundiendo la aguja, bajo una luz que parpadea.

La noche infiltra en el alma las más hondas in-

quietudes, los recuerdos cascabelean, como labios que hicieran vibrar gritos de angustia, y un escalofrío de imposible relampaguea sobre las espaldas.

Estoy solo. La mesa de trabajo se destaca en medio del aposento obscuro, bañada por la luz que se abre en abanico bajo la pantalla de la lámpara. El humo de la pipa se desvanece a medida que se aleja, como un recuerdo de amistad. Me paseo lentamente y mi cuerpo proyecta sobre el muro grandes sombras extrañas que gesticulan. El silencio me ahoga.

Sobre la mesa yace una rosa de Sión que cogí hoy por la tarde, en un cortijo abandonado, al regresar por el camino de Joinville. El rosal se alzaba orgulloso, pero la rosa se asomaba por sobre la tapia, como una mujer infiel, ofreciendo un beso al caminante. No sé qué misterio encerraba esa flor, pero me ha hecho temblar.

Las calles estaban desiertas, la nieve caía en grandes copos blancos, y en la buharda de enfrente, la obrera continuaba su labor, empujada por el hambre.

Creí escuchar una canción vaga.

Eran ecos tenues que no partían de ningún sitio y se hacían oír en todos. Las puertas estaban cerradas ; la calle, en silencio ; yo, solo.

Algo absurdo comenzó a rodar en mi cabeza. Me volví instintivamente, como si adivinara la presencia de alguien. Busqué con los ojos...

La rosa había cambiado de color.

Me acerqué, pero antes de que alcanzara a tocarla, los pétalos se desprendieron y se transformaron en mariposas doradas que revolotearon bajo el techo.

Eran los heraldos de la Felicidad, que rompían su encantamiento para ir a consolar a los tristes de la tierra. Todas esas mariposas, eran mensaje-

ras de una ilusión. Estuve a punto de ser egoísta y retenerlas todas. Pero una fuerza desconocida me obligó a abrir la ventana. Las mariposas se precipitaron en tumulto, bajo la nieve. Luego salpicaron la calle, buscando rumbo. Y la más pequeña penetró a la buharda de la costurera por el agujero de un vidrio roto. ¿Qué la dijo al oído?

Debió ser una promesa muy dulce, porque ella sonrió a un recuerdo, abandonó su labor, escribió rápidamente una carta y se acicaló con sus mejores prendas. Luego apagó la luz y abrió la ventana. ¿Tenía una cita?

Al día siguiente, cuando me levanté, las calles, todavía solitarias, estaban cubiertas de nieve. Junto al edificio gris, sobre la acera, yacía un cuerpo humano. Un presentimiento me sacudió, bajé... y ayudé a levantar los restos de la obrera, convertidos en montón informe de carnes desgarradas y trapos sucios. Sobre la nieve brillaba un charco de sangre y, sobre la sangre, flotaba la mariposa de oro que había llevado a un desgraciado la felicidad de morir.

Cuando, algunas horas después, la autoridad dispuso un entierro en un cementerio de arrabal, yo, el desconocido, me encontré solo detrás del carro fúnebre. El culpable no estaba ahí. Atravesamos las calles y las plazas, entre una multitud indiferente. La muerte tiene también sus harapos, como la vida. ¿Quién ensaya una frase o una mirada de compasión, ante un muerto que no va en carroza?

La tumba fué un agujero cavado en la tierra húmeda y la nieve cayó en copos lentos sobre el féretro, antes de que pudiéramos rellenar el hoyo. Hacía mucho frío. Los sepultureros me pidieron cuatro sueldos para encender las pipas.

Cuando salí del cementerio me asombró que los cafés estuvieran llenos de gente alegre. Una murga tocaba al volver la esquina. Una mujer me rozó

al pasar, diciendo un precio. El regocijo de los rostros me pareció una mueca criminal. Sordos gritos de dolor me subieron a la garganta, como vahos de licor fuerte. Creí que todas las manos estaban teñidas en sangre. Y me interné por calles solitarias, con los ojos bien abiertos, como un somnámbulo.

ALICIA

ALICIA

Cuando apuraron el último sorbo de café, salieron de la terraza y remontaron el bulevar de los Italianos, lentamente, cogidos del brazo. Eran las diez. En las esquinas brillaban grandes letras de luz, anunciando los espectáculos; los carruajes se entrecruzaban en la calzada, tripulados por mujeres alegres que reían a boca llena; y la multitud les codeaba al pasar, compacta y burbujeante, con un rodar de conversaciones incoherentes, tajadas por risas.

Gastón observó que dos mujeres que caminaban delante de ellos, volvían a menudo la cabeza, incitándoles a abrir conversación. Las observó a la luz de un escaparate. Una tenía cuarenta años y era hermosa todavía, dentro de su traje circunspecto de señora formal; la otra tendría diez y seis y exageraba su juventud con un vestido corto y aires de colegiala.

—Artículo para extranjeros — dijo el vizconde—. Madre e hija. Un producto parisiense que abunda. Me imagino todos los detalles: un entresuelo en la calle de Roma o Lepelletier; reciben

en su casa; se dicen viuda e hija de un antiguo prefecto; la madre se ha retirado de los negocios para asumir la gerencia de los intereses de su hija; las dos tienen un mismo amante que las explota, pero ellas se vengan sobre los tontos, que se ponen a su alcance. Déjalas pasar y vamos a casa de Julia.

Pero Graveloche se opuso resueltamente. Sus principios no le permitían rehusar un beso. Casualmente, aquel día estaba vestido como un hombre del mundo. Mitad por orgullo, mitad por ironía, cuando debía encontrarse con el vizconde buscaba medio de procurarse un frac y un sombrero de copa.

—Está bien — dijo Gastón, sonriendo—; siempre que asumas toda la responsabilidad del ataque.

Graveloche las invitó a entrar a un café. En la sala dorada, cubierta de espejos y pinturas, la madre se dió a lamentar su suerte. La vida era muy difícil y los hombres no parecían ahora tan galantes como en otros tiempos.

Graveloche no aguardó a saber más.

—Mira — dijo a la muchacha, tomándole familiarmente las dos manos—, ¿quieres que sea tu novio de esta noche?

La madre sonrió complacida y habló de una deuda que la atormentaba. Diez luises que tenía que pagar el día siguiente.

El vizconde había encendido un cigarro y fumaba en silencio, con su fría indiferencia aristocrática y el escepticismo de sus veinticinco años. En una mesa próxima reinaba un rastacuero, haciendo relampaguear sus brillantes entre dos cabecitas rubias. Más lejos, sonreían dos mujeres solas, absorbiendo un helado y aguardando. Y en el fondo bostezaba un matrimonio inglés, digiriendo mal sus asombros y viendo naufragar todas sus prevenciones en aquella atmósfera libre.

Cuando la chicuela se insinuó directamente, Graveloche se irguió sobre su silla, con una indignación fingida que hizo reír a los vecinos.

—¿Qué razón tenía ella para creer que él era un imbécil? Es verdad que aquella noche estaba bien vestido, pero no bastaba un indicio para condenarle. ¿Le había ella visto encender un buen cigarro para arrojarlo en seguida? ¿Le había oído citar el nombre de un autor griego? ¿Le habían dicho que él leía a Sainte-Beuve? ¿Le constaba a ella que él tenía dinero?... Y si ninguna de esas cosas eran ciertas, ¿por qué se aventuraba a suponerle tonto?

—Estoy bien vestido — concluyó—, pero hay una circunstancia atenuante: el traje que llevo puesto es alquilado y no pienso pagarlo. Por lo demás, no he descendido aún hasta comprar los besos.

Y, arrebatado por su propio empuje, siguió acumulando redundancias, con su elocuencia nativa de provenzal.

El vizconde observaba la escena con interés. A medida que Graveloche hablaba, la cara de la madre se contraía, perdiendo toda su fingida bondad y amenazando con los ojos, y la de la hija se humanizaba, olvidando sus contornos estudiados de virgencita enfermiza, para sonreír como mujer, bailando alegrías con los labios.

—¡Vámonos! — dijo de pronto la madre, con un laconismo agresivo.

Pero la muchacha se negó a seguirla, arguyendo que ya estaba harta de sonreír todas las noches a gentes que no le gustaban. También tenía ella derecho a elegir, de tiempo en tiempo, sus amantes. Y como la vieja insistiera, diciéndole que Graveloche era un harapiento, que no tenía cuatro sueldos en el bolsillo, la chicuela repuso que no le importaba y que quería divertirse. Si él no tenía con qué pagar la cena, ella encontraría medio de pagar-

la. Al fin y al cabo, había cobrado horror a aquellas dos sortijas que la lastimaban los dedos.

—Tienes razón, pequeña — dijo distraídamente el vizconde, mientras la madre trasponía la puerta del café, volviéndose para lanzar una última mirada que era un insulto.

Fué un incidente. Y todo acabó ahí.

Gastón pretextó su partida de *bacarat* y se alejó en un carruaje hacia los Capuchinos. Graveloche y Alicia echaron a andar hacia la puerta San Martín, con los brazos entrelazados, como dos camaradas que salen de la escuela. Y el bulevar, inmenso y mezclado como una síntesis de la vida, siguió rodando la avalancha de sus dramas y sus comedias, en grandes olas de carmín, de engaño y de desenfreno.

GABY

GABY

(UN SUEÑO)

En la alucinación del crepúsculo, la terraza del café parecía un jardín de fuego tendido ante el bulevar azul que huía en la bruma salpicado por inverosímiles siluetas de transeuntes.

Como brotaban a lo largo de la acera los primeros focos de luz blanca, yo me incliné al oído de Gaby y le silbé en un vértigo:

—Esta noche te tengo que matar.

El agua azul de sus ojos ondeó más que solía bajo el huracán de nuestras tempestades. Dos lágrimas pequeñas cayeron sobre el mármol.

—¿Por qué me quieres matar? — suspiró la música lejana de sus sílabas.

—No soy yo quien te mata; es tu pasado.

Los ojos de mi amiga se llenaron de sangre, como si surgiera tras ellos un crepúsculo de muerte.

—Mi pasado es anterior a nuestro encuentro — murmuró con pesadumbre—; si pudieras ver mi alma, sabrías que sólo te he querido a ti...

Los violines de la orquesta lloraban sus angustias hondas envolviendo el café en una atmósfera de ensueño...

Reviví viejas visiones...

—La ciudad está sembrada de tus caídas — insistí reconcentrado en mi locura — ¡ tenemos que morir !

Y aunque en los ojos de Gaby había un cielo, la arranqué del café y nos alejamos.

...¿Qué había de inquietante en la callejuela estrecha obstruída de sombra? ¿Fueron las ventanas cerradas y las puertas obscuras las que empujaron mi brazo?... No lo sé... Lo único que recuerdo es que Gaby me miró otra vez con los ojos encendidos por las estrellas de su llanto...

—¡ Si pudieras ver mi alma ! — murmuró de nuevo.

Pero yo la tapé la boca y acaricié el pequeño puñal de hoja afilada.

—Sólo renunciando a la vida me puedes probar tu amor — desafinó la demencia...

Los ojos de Gaby se llenaron de luz, como si todos los mundos se agruparan en uno solo. Sus brazos me ciñeron el cuello... Y en una indecible inmolación de mujer se resignó a la sombra.

—Mátame...

*
* *

Un grito, un relámpago de acero, y la adorada cayó dormida sobre las piedras...

Al inclinarme para besar por última vez sus rizos de oro, algo muy frágil me rozó levemente... El alma inmaculada de Gaby surgió en un chorro de la herida roja... Y de ese lirio ideal que puso en fuga mis sospechas, brotó la voz tranquila llena de perdón y de ternura...

—Es justo que yo muera ¡ pero vive tú !

Entonces comprendí la inmensidad de aquel amor y caí de rodillas, sacudido por los sollozos.

Mis lágrimas rodaron en gotas gruesas y precipitadas sobre la herida que fué palideciendo como si la savia de mi dolor neutralizara la muerte... Sospeché que en mi llanto iban jirones de mi vida, y que esa vida entraba en Gaby para resucitarla.

Una loca esperanza me sacudió.

La calle se había transformado en un jardín; los muros grises habían desaparecido y la góndola de luz de la luna se alejaba en la noche dejando un gran surco de estrellas... ¿qué ocurría en torno?

Gaby empezó a renacer...

—¿Has visto cómo era blanca mi alma? — preguntó su voz frágil de dolorosa sentimental.

Y yo, oprimido, murmuré: «¿Me perdonas?»

Los labios se unieron otra vez.

Sin embargo, un dolor amargaba la gloria de mi amada en el alba naciente.

—Te has matado a medias, puesto que me has dado la mitad de tu vida...

Tuve que desvanecer sus escrúpulos:

Si somos inseparables, ¿no basta para los dos con una sola?

Y en el paisaje impreciso e indefinible que se esfumaba en perspectivas de ensueño, nos besamos largamente sin inquirir donde estábamos, puesto que estábamos juntos ..

MARGOT

4

MARGOT

Durante el viaje, Margot sólo había percibido las miniaturas y los matices de las cosas, como si el mundo fuese un juguete japonés, colocado, para distraer languideces elegantes, en el *bōudoir* de una modista célebre. Sus frases habían sido detalles preciosos e inútiles que cosquilleaban agradablemente el oído sin decir nada. («Hermoso color de nube para cinta de un sombrero de viaje»... «Como esa luna, pero con más relieve, es el broche de diamantes de René»... «¿Sabes?; la naturaleza es muy grande; prefiero el jardín del Luxemburgo»). Sin embargo, aquel cerebro de marfil, pequeño y minucioso como una máquina de reloj, había tenido durante una noche de ferrocarril la visión de un gran drama.

Pero, a pesar de todo, confieso que mi asombro fué grande cuando, al reunirnos en el comedor del hotel para tomar el desayuno, me refirió con gestos graves lo siguiente, que compendio tanto como puedo, aun a riesgo de hacerle perder su sabor original.

Margot había soñado que estaba en su pequeño

departamento de la Chaussée-d'Antin, de regreso del Odeón, leyendo un periódico de modas, mientras Luisa, que ya había calentado el lecho, la despeinaba con un peine enorme, fabuloso, que desgarraba al moverse las cortinas persas que sonreían desde los vidrios. De pronto oyó grandes voces y vió una multitud compacta, que pasaba por la calle, agitando teas encendidas. Era un tropel interminable de harapientos. Parecían locos. Uno de ellos, el más grande, el que llevaba un pañuelo rojo anudado alrededor de la cabeza, agitaba una pica y parecía dirigir a los demás.

—Son los amigos — dijo Luisa, apoyando la cabeza en la ventana para verlos pasar.

(¿Los amigos? ¿Aquella turba de andrajosos que bajaban por la calle lanzando alaridos salvajes, aquella escoria humana barrida por un viento de pasión, eran los amigos?)

—Son los amigos — insistió Luisa, como si hablara para sí—, porque son los que sufren.

Y con un gesto tranquilo se despojó del delantal y la cofia, los puso sobre la mesa, hizo un saludo y salió.

Margot la oyó bajar las escaleras. Y a través de un vidrio que ella misma empañaba con su respiración, la vió salir a la calle y unirse a la multitud que seguía pasando, en pelotones de miseria, como un torrente que bajaba de la montaña, después de un deshielo.

—Es indiscutible que todos están locos — pensó Margot—. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Quién me traerá los escarpines al bajar del lecho?

Y tuvo una de esas ideas caprichosas de mujer engreída. Se anudó el pelo sobre la nuca, se calzó los guantes, se echó sobre los hombros su abrigo de teatro y bajó resueltamente las escaleras. La puerta no estaba cerrada. Los porteros habían sa-

lido... (¿A dónde iban, a esa hora?) Y sobre la acera, cerrándole el paso, había un charco de sangre...

Margot se estremeció. Era la primera vez que veía sangre. Tuvo miedo. Luego se remangó el vestido de baile y pasó. Sus botinas de charol se reflejaron confusamente sobre la mancha roja. La calle estaba desierta. Parecía que todas las gentes de la ciudad habían huído. A lo lejos, muy lejos, se oía un clamor de multitud, tajado por disparos de armas de fuego. ¿A dónde ir? Se arrepintió de haber salido. Su proyecto de refugiarse en casa de Nelly, le pareció impracticable. ¿Cómo atravesar esas calles solitarias y obscuras donde los pasos resonarían tras ella como si vinieran persiguiéndola?

Entonces se detuvo al borde de la acera, apoyándose contra el muro, sin saber qué hacer.

¿Debía avanzar hacia el misterio que la esperaba en el fondo borrado de la ciudad, o regresar a su casa vacía y pasar otra vez sobre el charco de sangre? Optó por lo primero, y echó a correr por el bulevar Haussmann.

Bajo la luz amarilla que escupían los faroles, se veían regueros de sangre que se perdían bajo las puertas. A la distancia se oían los gritos de la muchedumbre, y a veces un cañoneo apagado.

Margot seguía corriendo. De pronto oyó un ruido confuso de gente que se acercaba en tropel. El viento traía rachas de canciones y carcajadas. ¿Eran vendimiadores que volvían de una aldea? Margot tuvo la curiosidad de verlos; una curiosidad imperiosa, como un deseo carnal. Y se acurrucó en el hueco de una puerta.

Las primeras claridades del día comenzaban a levantarse sobre la ciudad. El tropel confuso se acercaba. Se oía el ruido sordo de los pasos. Margot sintió un frío agudo que la hizo crujir los huesos. Y la multitud desembocó sobre el bulevar...

Los hombres blandían picas, cuya punta enrojecida goteaba sobre los rostros. Las mujeres llevaban gorros encarnados. Todos repetían estribillos siniestros, que Margot no había oído nunca. Y pasaban, pasaban sin tregua, con las mismas caras bestiales y los mismos gestos groseros.

De pronto, resonó un grito. Alguien la había descubierto y la designaba con el dedo a los demás. Un grupo se precipitó sobre ella y la rodeó. Fué un entrevero salvaje. Un hombre la besó en la boca. Una mujer le escupió a la cara.

¿Qué hacía allí? — le preguntaron—, la ciudad pertenecía al pueblo.

Margot respondió frases entrecortadas y quiso desasirse para huir. Pero no le permitieron moverse. Estaba prisionera. Un hombrachón de pelo rojo la cogió por el talle y se la echó a la espalda. La llevaron en hombros. La multitud seguía cantando. ¿A dónde la conducían?

La vislumbre de la aurora apenas permitía distinguir las caras. En el límite del bulevar asomaba un sol encarnado de lluvia. Atravesaron cien calles. Las ventanas estaban cerradas y había mucha sangre sobre las veredas. Margot se hundía las uñas en la garganta para ahogar los gritos. Estaba helada de terror. Sus ojos permanecían clavados sobre el esqueleto de guillotina que se levantaba en el fondo de la calle. Trató de convencerse de que no era para ella. («Margot no había hecho daño a nadie. ¿Por qué razón la matarían? ¿Porque había amado el amor, el Champaña y los trajes de Paquin? Las mujeres hermosas han nacido para eso.»)

Pero, a pesar de sus razones, tiritaba de miedo. Quiso llamar, suplicar, ofrecerse... Pero no podían escucharla. Las canciones ahogaban su voz frágil. Trató de desasirse para bajar y huir, pero dos manos brutales le detuvieron las piernas...,

Y la guillotina estaba allí. La dejaron caer sobre el entablado y ella se desplomó como si no tuviera huesos. La multitud seguía cantando. Margot tuvo la sensación de ver el sol por última vez. La noche se apoderó de su alma. Por su memoria pasaron, al galope, mil recuerdos. Después se hizo el vacío. Sintió algo helado en el pescuezo, lanzó un grito que no pudo oír..., y el golpe fatal la despertó.

Pero el horror de la pesadilla la perseguía aún. Le quedaba algo así como la amargura de un presagio.

—Ocurrirá — me decía, con la boca llena de fresas—, ya verás cómo ocurrirá. La ciudad comenzará a arder y nadie podrá apagar el incendio. El fuego cundirá por el mundo. Lo que siento, es no poder realizar mi capricho de poseer un castillo en Anjou. El imbécil de Vidart tartamudea que son muy caros.

ELENA

ELENA

---

*Enero 14 de 19***

En la Academia de pintura, a donde voy por las noches, se reune un público mezclado. Es una amalgama pintoresca de caracteres, de notas y de lenguajes que se coordinan y se funden en un parisianismo ultra-moderno. Las corbatas anudadas con descuido, las boinas a la Rembrandt, los pantalones anchos y los grandes chambergos tradicionales, se amontonan ante los caballetes en la sala cuadrada donde pontifica un pintor famoso que exige vasallaje. Las mujeres que asisten a los cursos visten invariablemente de negro, llevan peinados a lo Boticelli, tienen caras muy pálidas, y son generalmente despreocupadas y audaces como los hombres. La Academia es un centro de estudio y de conversación, de abandono y de ingenio, donde la chanza y la risa esconden a menudo algunas lágrimas.

Nada más triste que esos trabajadores del ideal que apuran su labor y se espolean al espíritu, sitiados por el hambre, la envidia, la soledad o la

impotencia. La costumbre y el necesario prestigio que da la apariencia de la felicidad, les condenan a llevar máscara de alegría. La tradición quiere que el *rapin* nazca de una carcajada, como de un huevo. Pero en el fondo de las conciencias, en la profundidad de las almas, todo está enlutado y tendido como para un gran funeral. Unos se ven envueltos por las necesidades de la vida, que amenazan devorarlos y hundirlos; otros se ven heridos y atormentados por el encono de los que roen y zapan todos los árboles del bosque para derribarlos, ponerse de puntillas y parecer descollar; éstos se hielan en un destierro de alma, separados de toda ciudad amiga, en un desierto de indiferencia, solos; y aquéllos se retuercen y se torturan en un supremo esfuerzo de voluntad para romper la cárcel y alzar el vuelo, águilas ebrias de extensión, sin alas. Apenas si en el obscuro mar de desesperaciones se alzan algunos cerebros tranquilos y sólidos, como peñascos en cuyas crestas cae un rayo de sol. Son los elegidos. Los demás no lo saben, pero ellos sí. Si son sobrios y cautelosos en la acción, es porque comprenden que están haciendo historia con sus vidas.

Cuando entro a esa sala gris, donde parece que todo es viejo y usado, me invade una tristeza inexplicable. Me parece que me interno en una cueva de sombra habitada por alquimistas extraños que manipulan drogas intelectuales, buscando combinar un producto peligroso y sublime que será como una llamarada en la noche. Y me apena el infructuoso tesón con que se investigan el alma y se retuercen la voluntad, para componer algo que les hace encogerse al fin de hombros y decir: «era otra cosa». El artista es a menudo como esos buscadores de oro que se aventuran en las peligrosas regiones del Klondike, perforan las montañas, agujerean el suelo y roen el planeta con la esperanza

de arrancarle sus tesoros. En la inmensa soledad inhospitalaria, arrastran su fatiga sostenidos por la avidez del triunfo. Y después de agotar la voluntad y la fuerza, enfermos, desalentados y vencidos, acaban por caer casi siempre al pie de una montaña y morir más de desesperanza que de muerte, con la cara hundida en el polvo, besando la misma tierra que les burló...

En el silencio de mi taller he sentido muchas veces ese escalofrío de miedo ante la dificultad de realizar la obra. Pero una mano de luz me ha sostenido. Y he vuelto a tomar los pinceles con entusiasmo. Por eso me consternan las luchas que adivino bajo las caras sonrientes de los *rapins* de la Academia. ¿Quiénes serán los elegidos?

¡Qué importa! El salón se llena al anochecer de siluetas obscuras y flacas que se inclinan sobre su labor, levantando de tiempo en tiempo los ojos hacia el modelo que se destaca en el gran oasis de luz... El trabajo disipa todas las incertidumbres. Y después de todo, basta la satisfacción de «haber intentado». ¿Se ama el arte por el triunfo que procura, o se ama el triunfo por el arte que lo da?

*Enero 17 de 19***

La vida ha sido siempre para mí como una de esas aldeas edificadas sobre rocas, en cuyas calles mezquinas y casi desiertas sólo hay gentes desconfiadas y ásperas que se disputan o se espulgan. Pero hoy he percibido un resplandor...

Al entrar a la sala de la Academia, una emoción me oprimió la garganta. En el sitio vecino al que ocupo habitualmente, estaba una mujer desconocida, que me impresionó, no sé por qué. Mis ojos se encontraron con los suyos, cuando ella se volvió para ver al que entraba. Hubo — leve, casi

invisible — como una sonrisa de complicidad. Pero cuando me senté a su lado, no contestó a mi saludo y pareció absorberse en su labor. Yo no supe, al principio, qué decir. Mientras disponía mis cartones, la miré de soslayo. Ella debió adivinar la mirada, porque se puso muy roja. Entonces invoqué la costumbre tradicional, y le pregunté su nombre... «Elena Petrowska, polonesa...» Sus labios tuvieron no sé qué mezcla de temor y de audacia al pronunciar el apellido exótico que silbó entre sus dientes como un nombre de mariposa. Sin abandonar el trabajo, iniciamos una conversación entrecortada y superficial que nos llevó de la pintura a Varsovia, y de la vida de París, a la armonización de los colores.

Me sentía emocionado como nunca.

La cara rosada de ojos azules y cabellos rubios que sonreía a mi lado, era como una ráfaga de primavera sobre mi vida. «Elena Petrowska», repetía mi corazón, como si quisiera apropiarse el nombre y fundirlo en sí. Una ternura inmensa subía de mi alma y me traía a la boca mil frases que no era posible pronunciar todavía...

La conversación se hizo penosa... Quizá se sentía ella turbada como yo... Lo cierto es que abrevió sus respuestas y acabamos por trabajar en silencio.

Mi labio calló, pero mis ojos no la abandonaron. Aquel cuerpo robusto, de formas llenas que se hinchaban bajo el vestido color de rosa, tenía un perfume agreste que atraía. Su fisonomía matinal de mujer eslava irradiaba tranquilidad y frescura. Elena Petrowska no se parecía a ninguna de las estudiantas de Bellas Artes que frecuentaban la Academia. Era alta, grande, sana y alegre. No parecía llevar luto ni en el alma, ni en el vestido. Era un manojo de sinceridad, de fuerza, de vida, que contrastaba con el estiramiento y el cansancio que

la rodeaba. Su carácter se destacaba sobre los demás, como su traje rosado sobre la uniformidad sombría del conjunto. Y sus labios vivos que serpenteaban sobre los dientes, sus ojos azules que le iluminaban la cara, el rubor que la envolvía, le daban cierto poder de atracción que hacía volver los ojos a todos los estudiantes. No es que sus rasgos fueran perfectos. No hubiera sido modelo en Grecia. Su nariz era un tanto escasa, la cara era demasiado redonda... pero el tinte rosado de la piel y el resplandor de los cabellos, la bañaba en una especie de nimbo de juventud y de frescura, prestándole no sé qué fragancia de flor de durazno, de día de primavera, de escaramuza de amor...

Yo la miraba fijamente, tratando de adivinar sus pensamientos. Me parecía difícil reanudar la conversación interrumpida. Y además, no tenía nada que decir... ¡Era tan agradable el silencio junto a aquella ilusión que dormía!

Cuando terminó el curso y salimos de la Academia, Elena Petrowska me permitió acompañarla hasta su casa. Vive en una callejuela pobre, en los alrededores de la estación Montparnasse. Durante el trayecto conversamos de muchas cosas. Me dijo que tenía veintidós años, que había venido de su país con su tía, que sólo contaba permanecer en Francia el tiempo indispensable para terminar sus estudios; que había dejado un novio en Varsovia... Yo le conté mi vida retirada y obscura, mis sueños de porvenir, mi sorpresa al encontrarla... Quedó resuelto que seríamos amigos.

—...A condición — dijo Elena, amenazándome con un dedo — de que será usted juicioso y no dirá una sola palabra que pueda contrariarme.

Demás está decir que prometí todo lo que me exigió. Y seguimos andando por la calle del Bac que estaba a aquellas horas completamente desierta. Elena me contó sus impresiones de primer día

de Academia, su cortedad al entrar, su confianza después ante la despreocupación de todos, y su deseo de terminar sus dos años de estudio y volver a Polonia para casarse.

La insistencia con que me hablaba de su próximo matrimonio me llenaba de amargura. Mientras dibujaba a su lado me había hecho tantas ilusiones, que me dolía verlas morir. Pero a pesar de todo, logré mostrarme impasible y conversé de cosas indiferentes y triviales con una verbosidad que me sorprendió. La arquitectura especial de las viviendas históricas que se alzan en aquel antiguo arrabal elegante, me sirvió de tema para una disertación que Elena pareció escuchar con interés. Para borrar toda sospecha de contrariedad, pregunté el nombre del prometido y hablé con indiferencia de su porvenir. Creo que llegué hasta regocijarme de la felicidad que les aguardaba.

Cuando nos encontramos en la calle D**, Elena se detuvo a la puerta de su casa y se excusó. No podía invitarme a subir con ella, porque su tía debía haberse acostado ya. Pero me invitó a venir al día siguiente, añadiendo que tendría el mayor gusto en presentarme. Convinimos la hora. Nos estrechamos las manos. Ella desapareció detrás de la puerta que se cerró en seguida. Y yo me quedé inmóvil, en mitad de la acera, sin saber qué hacer, ni qué pensar... Levanté maquinalmente los ojos hacia la luna que huía, y me pareció que el mundo giraba con más rapidez que de costumbre. Después me alejé lentamente, pensando en mil cosas a la vez, sin atinar a elegir una.

*Enero 18 de 19***

La tía de Elena Petrowska me ha recibido con esa amabilidad fraternal de los pueblos eslavos, donde se conservan aún ciertas costumbres patriar-

cales, olvidadas en el resto de Europa. Es una señora joven todavía, que ha leído mucho y tiene una fisonomía simpática que se acuerda con mi carácter. Me ha referido detalles curiosos sobre la vida rusa. Me ha contado algunos rasgos de su hermano, el padre de Elena, que fué general; tomó parte activa en algunas agitaciones y está hoy clavado en un sillón de paralítico, asistiendo a la agonía de su nacionalidad que coincide con la suya. Después hemos conversado de la educación moderna, de los derechos de la mujer, de la necesidad de evolucionar hacia el progreso... Es un espíritu ágil y comprensivo que sabe bordar una conversación sin enredarse en las ideas, y un carácter de avanzada que acepta mucho de lo que discutimos todavía.

Mientras conversábamos, su sobrina nos miraba con cierta sonrisa irónica y pasaba de una silla a un sillón, se levantaba, volvía, con esa alegre inquietud juvenil de la mujer que se conoce hermosa. A veces nos cortaba la palabra atropelladamente para hacer una pregunta, mostrarme un retrato o dar opiniones sobre las cosas de su país. Todo esto sin ilación, sin orden, cediendo a su estival cosquilleo de vida. Se hubiera dicho que un fauno brincaba dentro de ella. Pero había no sé qué infantil castidad dentro de sus peores atrevimientos de niña caprichosa.

Después del te, a las cuatro, cuando se habló del bosque de Boulogne, Elena manifestó un vivo deseo de conocerlo. Su tía me autorizó a acompañarla en la primera ocasión. Es una confianza que me obligó a mostrar cierta reserva. Pero Elena, en una de esas decisiones bruscas que saltan de su carácter audaz, resolvió aprovechar el momento y realizar la excursión en seguida. Un sombrero lleno de rosas, colocado rápidamente y asegurado con un alfiler, fué toda su compostura. Se alistó en un salto, abrazó a la tía que nos miraba con inte-

rés desde su sillón, y bajamos las escaleras como dos camaradas, disfrutando de esa buena fraternidad de los sexos que fortifica la dignidad de la mujer y hace al hombre más respetuoso.

Desde ayer estoy viviendo una vida tan nueva, tan inesperada, que ya no me quedan asombros. Me dejo llevar por las cosas, cedo a la casualidad y acepto las doradas sorpresas del destino casi con temor, porque me parece que si me acaricia ahora es para hacerme sentir más hondamente después sus bofetadas de invierno. Pero cuando me encontré en mitad de la acera con la amiga gentil que se apoyaba en mi brazo, me sentí alegre y locuaz, como si una gran transformación hubiera cambiado la forma y la esencia del universo. Me parecía que la ciudad me abría sus calles y sus plazas, como una selva de ilusión cuyos caminos todos conducían a la felicidad. El frío de enero, que es el más fuerte del año, nos enrojecía el rostro, pero llevábamos primavera en el alma, y el último resplandor de un sol triste que moría bastó para hacernos declarar que la tarde era más hermosa que nunca. Saltamos sobre la imperial de un ómnibus que bajaba por Vaugirard, y desde el asiento elevado, como desde el techo de una casa, vimos el entrevero de carruajes y peatones que se entrelazaban y corrían a nuestros pies, en la efervescencia de la ciudad por cuyas venas circula la vida. Las paredes grises de los edificios cuyas ventanas se abren rara vez en invierno, daban a la población cierta actitud misteriosa de meditación y de tristeza ; pero los almacenes con sus vidrieras atestadas que se alineaban hasta el límite, ponían una extraña nota de animación en el paisaje. Los grupos oleosos que cubrían las veredas, eran cada vez más compactos. A medida que avanzábamos y atravesábamos el centro de la ciudad nos parecía que una gran conmoción sacudía a las gentes y las arrancaba a

sus hogares para hacerlas acudir a una fiesta o una revolución en la que todos debían tomar parte. Pero ese aspecto formidable y majestuoso de la Babel que nos asombra siempre, a pesar de la costumbre, no me infundía hoy la temerosa inquietud de otras veces. En ciertos días de soledad y de sombra, me ha causado pavor ese monstruo de tres millones de caras con el que parece que tenemos que librar un combate todos los días. Hoy he atravesado sonriente, como si la amenaza no pudiera alcanzarme...

Elena hablaba de los vestidos, de los tranvías, de las costumbres, de todo, deshojando frases de seda sobre la ciudad que hervía a sus pies. La inmensa y poderosa máquina de hierro que muele y aplasta las vidas en su actividad acompasada y monstruosa, sólo nos arrancaba observaciones de detalle. ¡ Tan cierto es que, ser feliz, es como ser ciego !

Cuando llegamos al bosque, la tarde comenzaba a declinar. Sobre el césped, al pie de los árboles, quedaban todavía algunos rastros de la nieve que había caído el día anterior. Y en la claridad borrosa del atardecer, que daba a las calles plantadas de árboles sin hojas un aspecto doloroso de jardín de hospital, apenas pasaban los últimos carruajes que volvían a la ciudad, y los escasos transeuntes que se arrebujaban en sus pieles. Pero la naturaleza no pierde, ni aun en invierno, su amable solemnidad. Las perspectivas lánguidas de los árboles amontonados al borde de los lagos en actitudes misteriosas, la imprevista curva de los caminos estrechos, los alegres chorros de las fuentes, el claro que se abre como una sonrisa en una existencia de dolor, todo lo que duerme y lo que sueña en esa vida estancada de los bosques petrificados en su congoja y ensimismados en su angustia, nos asaltaba, nos rodeaba y se nos subía a la garganta en

frases otoñales que torbellineaban bajo el pensamiento.

No sé si Elena comprendía el lenguaje áspero y fuerte de esos rincones de naturaleza, pero sus palabras hallaban eco en mi espíritu.

Todos los bosques — declaró al cruzar una avenida — tienen una cara y un corazón. Este es una mujer de mundo. Los de mi país son *moujiks* amenazantes y bárbaros. Pero a la sonrisa cortesana de esta amable naturaleza, prefiero la ruda sinceridad de la mía. Hay en aquellas selvas enormes una solemnidad y un *terror* que nos aplastan y nos vuelven a la realidad de lo que somos.

La conversación siguió al azar de las generalizaciones. Hubo un momento en que creí que no podría fingir más. Me ahogaba un secreto... El paseo amistoso, durante el cual todo había sido hasta entonces indiferente, me sometía a la tortura de callar lo que me saltaba en el alma. Las palabras de ternura me subían a borbotones, pero cada vez que me disponía a dejarlas salir, me retenía un escrúpulo. ¿Cómo faltar a mi promesa, hecha lealmente la noche anterior? ¿Cómo permitirme dentro de nuestra tranquilidad de amigos, una emboscada de amante? En aquella soledad, una palabra dulce podía resonar como un insulto. Me habían confiado a Elena como a un amigo. No quería pronunciar una sílaba que pudiera ofenderla. Mis escrúpulos hubieran podido ser tachados de ridículos por los salteadores de almas que aprovechan la sombra para surgir de pronto y robar amor, pero a mí me parecieron de una honradez elemental. Ahogué en mí el inmenso deseo de hablar que me atormentaba. Y aguardé a entrar de nuevo a la población para desenmascararme a la luz. Quería que Elena me escuchase en plena libertad. En los bosques hay siempre un fauno que gesticula. ¿Por qué exponerla a confundir una im-

presión del momento con una sensación durable? La noche y la soledad me daban demasiadas ventajas sobre ella.

El escrúpulo es el terreno que va ganando el hombre sobre sí mismo.

Cuando estuvimos en la avenida donde comenzaban a brotar las luces de gas y donde se apiñaba una multitud atareada y rumureante que salía de los almacenes y se amontonaba a puertas del ferrocarril metropolitano, la miré en los ojos y hablé.

—Desde que nos hemos encontrado, se ha abierto un mundo para mí. Sus ojos glaucos de polonesa se han incrustado en mi alma de estudiante. No soy el amigo imprudente que habla de amor faltando a la palabra empeñada, sino el prisionero que se desperezà y rompe las convenciones para vivir. Sé que hay un compromiso, una frontera, una familia que la retienen a usted, pero mi esperanza salta por encima de todo eso. Si usted es como yo me la imagino, las preocupaciones que nos impone la costumbre son biombos de papel que desgarraremos con el codo. ¿Me acepta usted? Sólo soy un pintor desconocido, con casa y nombre en el porvenir, pero sin nada en el presente. Mi alma es la antítesis de la vida actual. Aborrezco todo lo que hoy triunfa. Para respirar, tengo que refugiarme en mis sueños. Vivo lejos de todo lo que bulle, como un animal huraño. ¿Quiere usted que seamos dos torres de meditación unidas por un puente de cariño? Tiene usted en los ojos algo de mar y de cielo... El alma se parece siempre a los ojos. No he podido equivocarme: pensamos juntos. ¿Quiere usted unirse conimgo?

Elena me escuchó sin sorprenderse, pero se puso muy roja. Sus ojos parpadearon un instante, como cuando nos hiere una luz muy viva.

—Si yo tuviera el derecho de soñar — me dijo, abandonándome su mano pequeña—, seguiríamos

andando por las calles y las plazas en este singular mareo del crepúsculo y no nos separaríamos más. También desprecio yo las fórmulas que nos maniatan en la obscura prisión que nos han hecho de la vida. Mi deseo sería correr por el campo abierto, bajo el cielo ilimitado, con el alma desnuda y los ojos libres... Desde el primer instante en que nos vimos, adiviné lo que debíamos llorar... Todo lo que yo ahogaba en mí desde hacía varios años, se despertó con nuestro encuentro. Imaginé una posibilidad de vivir... Pero en el mundo sólo hay sitio para las almas dormidas y disciplinadas... Toda floración sincera, toda vegetación selvática, provoca en las gentes primero estupor, después hostilidad y por fin desprecio... Debemos vivir en cárceles de mármol. ¿Cómo permitirnos la espontaneidad en los invernáculos del mundo? Nuestras acciones no nos pertenecen. Somos prisioneros de la tradición, de la ignorancia, de la maldad, de las fórmulas, de la curiosidad, del ejemplo, del alcalde, del amigo, del cura, de la familia, de la vecindad, de los antepasados, de todo lo que ha tenido o tiene necesidades, deseos, constitución, mentalidad, savia o ilustración contraria o diferente de la nuestra—, pero no somos dueños de nosotros mismos... Imaginémonos que rompo en un instante dado con mi pequeño universo, que me emancipo, que nos damos a vivir en nuestra torre, que quemo mis naves y que me arranco la careta... Dentro de mi manera de ver, nada más digno y más puro que una unión natural, sin sanciones burguesas. Pero, dentro del criterio corriente, dentro de la sociedad que nos aprisiona, ¿qué se diría de la estudianta audaz que se alzaba en medio del acatamiento común para renegar la fórmula que es la base de nuestra fortaleza de cartón? La primera palabra que les vendría a los labios sería un insulto. Incapaces de comprender el desdén de los

dogmas y la embriaguez de la libertad, me prestarían ignominiosos propósitos. Mi sinceridad sería para ellos vicio; mi desprendimiento, venalidad; mi elevación, caída. Una avalancha de oprobio caería sobre mi nombre. Me convertiría en fábula de mis relaciones y de mi barrio. Sería como si hubiera muerto. Y mi tía y mi padre, a pesar de su espíritu moderno, a pesar de su cultura intelectual, me rechazarían sin reparos. En el fondo de sus conciencias, mi acto se explicaría quizá. Pero nunca me perdonarían el desprestigio que caía sobre la familia, la pretendida mancha sobre el nombre, las consecuencias malas de mi buena acción. Y además, ¿con qué autorización iría yo a aumentar la estrechez en que usted vive? ¿Con qué derecho encadenaría mi vida a la suya? En el mundo ideal en que vivimos interiormente, nada sería más hermoso que nuestra unión; pero en el mundo real que nos cela, nada sería más funesto. Alguien ha querido que nos descubramos para hacernos sospechar el paraíso... Bástenos la visión de lo que no pudo ser... ¿Por qué obstinarnos en un imposible? El mundo, que no sabe respetar las tentativas de cielo, se encargaría de destruir nuestro palacio ideal y sólo seríamos, después del fracaso, usted un burgués, yo una perdida. Sigamos viviendo nuestra muerte y no nos dejemos engañar por la esperanza de algo mejor. Resignémonos a las cadenas, a las palabras duras de los guardianes y a las rejas del calabozo. Prisioneros del mundo, sólo podemos soñar una evasión en otra vida... Conserve usted su movilidad de rebelde, su libertad de artista... Yo debo conservar el acatamiento a las fórmulas, usted triunfará. Yo me uniré en mi país a un hombre hueco que tendrá la pretensión de ampararme con las ocho letras de su nombre. Usted me olvidará quizá. Yo le veré desde lejos. Y de la aurora y el idilio, guardaremos el recuerdo

de algo que nos pareció un sol y sólo era un corazón que sangraba...

Se abrió un silencio penoso y seguimos andando por las calles llenas de luz y de gente, donde triunfaban la animación y el bullicio. Mi alma estaba llena de sombra...

—...Pero, ¿está usted resuelta a casarse? — dije, apretando la mano que había quedado entre las mías.

—Sí — respondió Elena con una energía que me asombró en sus labios— ; todo me aconseja el sacrificio : la familia, las concepciones del mundo, y hasta este amor que ha brotado en mi existencia resignada, como una flor de trópico en un témpano. Bajo la alegría bulliciosa que me impongo ante mi familia, vive una mujer desencantada que ha leído mucho. No sé hasta qué punto es buena la educación que me han dado. El libro me lo ha hecho desear todo ; la costumbre sólo me permite ciertas cosas. He pesado las ventajas y he resuelto matarme dentro de mí. Cuando le he encontrado a usted, ya había logrado casi triunfar de mis rebeldías. Empezaba a acostumbrarme a la costumbre. Con el choque, se ha despertado el alma que dormía y se ha reabierto el debate. Pero lo más juicioso es romper, olvidar los sueños, forzar las risas y resignarse a la inmovilidad. ¿Cómo pretender vivir en estas ciudades en que todos están muertos?

El silencio es la elocuencia de los que tienen mucho que decirse... Elena y yo seguimos caminando un buen trecho sin cambiar una palabra. Cuando llegamos a la estación de Montparnasse y atravesamos la plaza llena de carruajes y tranvías, nuestra alma pareció despertar.

—Tiene usted razón... — dije al fin, como si después de pesar los razonamientos me declarase vencido—, la felicidad es imposible...

Elena me sonrió de una manera extraña. Sus ojos parecieron agradecerme que no insistiera. Nos estrechamos las manos hasta hacerlas crujir... Ella se puso roja, yo pálido. Y al levantar los ojos, nos pareció que nuestro sacrificio había hecho brotar una estrella.

—¿Nos veremos mañana? — dije, tratando de sostener la voz.

—No — repuso Elena precipitadamente— ; mañana no... es domingo... debemos hacer una visita... mañana no... el lunes... eso es... el lunes en la Academia.

Y cuando entró en su casa, me pareció que se apagaba una luz.

*Enero 20 de 19***

Como ocurre todos los lunes, la Academia estaba poco concurrida. Apenas había una docena de estudiantes hastiados, que bostezaban en la gran sala refiriéndose aventuras del domingo: paseo a Robinsón, merienda en Verrières... tradicionales regocijos del *rapin*, que forman casi parte del oficio.

Dieron las nueve, y Elena no llegó. La sala silenciosa donde trabajaban los escasos pintores que habían escapado a la fatiga del día anterior, presentaba ese aspecto desolado de los teatros vacíos, las calles desiertas o los cuartos donde se vela un cadáver. El crujido de un pupitre, el ruido de los lápices, resonaban en la soledad como derrumbes. Y el alma sentía los escalofríos del silencio, en el mareo de la noche donde parpadeaban las lenguas de luz.

Cuando comprendí que Elena no debía venir, recogí mis trastos y me eché a la calle. Una franja de cielo aparecía entre los dos muros, como una gran banderola. El frío había barrido las aceras,

empujando a los transeuntes a los cafés, y arrinconándolos en las piezas calientes, junto a los hogares donde chisporroteaban los troncos. De la Academia a la estación de Montparnasse, sólo encontré dos o tres parejas apresuradas y un ebrio incongruente que se había sentado en el hueco de una puerta para insultar a la luna.

Al entrar a la casa de Elena Petrowska, adiviné una catástrofe.

Los muebles estaban abiertos, las ropas amontonadas sobre las sillas. Un baúl reinaba junto a la chimenea. Y en medio del desorden de los preparativos del viaje, las dos mujeres, atolondradas y ansiosas, corrían de un lado a otro llevando las valijas y los vestidos, como si la casa se incendiara y quisieran salvar lo que tenían más a la mano.

Mi amiga me mostró con los ojos dos telegramas que estaban sobre la mesa. Uno decía: «El general está grave»; otro: «El general ha muerto». Y mientras yo me dejaba caer en un silla, consternado ante aquella partida brusca que me dejaba solo, Elena acabó de cerrar las maletas, empujó a su tía, llamó al portero y se consumó el desastre. Un tren partía a las diez. Un coche esperaba a la puerta. Tenían apenas el tiempo de llegar a la estación. Y fué un torbellino. Dos hombres se llevaron el equipaje, Elena dió un último vistazo por la pieza vacía, y todos bajamos en tropel...

¿Cómo analizar las sensaciones que me desgarraron y retorcieron mientras estuvimos en aquel fiacre que corría y saltaba sobre el empedrado, como si huyera de un peligro? Las casas pasaban por la ventanilla como fantasmas de sombra. Los faroles dejaban rayas de luz en la opacidad de los vidrios. Y la voz áspera y brutal del conductor que juraba y hacía crujir la fusta, me crispaba los nervios como un chirrido de gonces mal engrasados. Elena me miraba en silencio, con los ojos vidriosos,

conteniendo las lágrimas. Su tía sollozaba, ocultando el rostro en el pañuelo. Yo no me atrevía a hablar, temiendo dejar escapar mi dolor egoísta en medio de la amargura de aquellas dos mujeres que iban en busca de un muerto. Y el coche devoraba la distancia, haciendo saltar chispas del empedrado.

En mi cabeza había remolinos de ideas y proyectos inverosímiles que se encendían y se apagaban en la obscuridad de la desesperación. Todo mi mundo moral crujía y se desmoronaba, en la espantosa fatalidad de aquel adiós. La vida, que se había iluminado un instante, volvía a llenarse de sombras, y los meses tomaban otra vez su terrible aspecto de cuestas empinadas que había que salvar chorreando sangre. Aquella mujer que me había despertado, que me había extraído del mundo, para hacerme vivir en un deslumbramiento durante varios días, estaba a punto de desaparecer, bruscamente, como había venido. La amenaza de la soledad volvía a pesar sobre mí, como una losa de sepulcro. Mis ilusiones se desplomaban. Todo era invierno en torno mío. Y era forzoso cerrar los ojos y apretar los labios; resignarse a la hecatombe; callar en la tortura. Hubo un momento en que me vinieron ganas de romper con todas las convenciones y suplicar a Elena que me permitiese acompañarla hasta Varsovia. Pero el recuerdo de lo que habíamos hablado la noche anterior, la certidumbre de que todo había concluido entre nosotros, me hizo rechazar la idea insensata. Entonces traté de imponerme una actitud grave, de acuerdo con la situación. Pero mi angustia era más fuerte que mi voluntad, los sollozos me ahogaron y lloré también...

En la estación hubo apenas tiempo de comprar los billetes y precipitarse al andén, donde silbaba ya la locomotora y se apuraban los empleados, empujando a los últimos viajeros. En ese tumulto de

gentes enloquecidas que corren de un coche a otro y se interpelan y se estrujan, Elena encontró medio de guarecerse un instante en un rincón de sombra. Y fué la despedida.

—¿Nos volveremos a ver? — dije, oprimido por un presentimiento inexplicable.

—Sí — repuso Elena, sin seguridad— ; volveré dentro de un mes.

—Y hasta entonces, ¿cómo haré yo para vivir?

—Nos escribiremos...

—¿Como amigos solamente?

—Como amigos. Ya hemos resuelto que lo demás es imposible. Pero la amistad que nos une, nos consolará del amor que nos separa. Resígnese usted al sacrificio, como yo. Es fatal. Seremos dos hermanos que sobreviven a los amantes que han muerto. Y nos guardaremos en la memoria el culto que nos debimos profesar...

Me pareció que una silueta obscura pasaba entre nosotros, haciendo un gesto inexorable. Me asaltó la idea de que nos veíamos por última vez.

—Pero, usted volverá a París,... — le dije, apretándole las manos.

—Y si no volviera — me contestó, mirándome en los ojos—, ¿nos querríamos menos?

Entonces hubo en la estación el último remolino de viajeros apresurados, y Elena corrió hacia el tren que comenzaba a ponerse en movimiento... Yo la seguí, empujando a los grupos y abriéndome paso brutalmente. Cuando llegué al vagón, ya habían cerrado la puerta. Subí sobre el estribo y dije un último adiós... Pero un empleado me obligó a bajar... Saludé con la mano... Un pañuelo me contestó desde la ventanilla... Y el tren se precipitó en la noche, como una culebra que huye...

SUZON

SUZÓN

Su pequeña almita, hecha de flores silvestres, no parecía preparada para las grandes pasiones. Suzón era una muñeca. Pero nuestra casita, con guirnaldas de pájaros en la ventana, fué un nido de felicidad durante todo el estío.

Cuando nos paseábamos al borde de la ribera escarpada, junto al mar azul, solía decirme :

—Han roto las nubes como se rompe una carta. Están todas en pedacitos. El Padre Eterno se ha enojado con la novia.

Otras veces encontrábamos, al azar de nuestras excursiones, uno de esos perros graves que observan al transeunte y le estudian con dos ojos que parece que supieran leer.

Nada era más cómico que la voz de Suzón cuando le apuntaba con la sombrilla y le gritaba desde lejos :

—*Bonjour, chien.*

En esta atmósfera superficial y encantadora ahogué tres meses de mi juventud.

Suzón tenía diez y ocho años, el pelo rubio y una boca despierta como una aurora. Cuando, en

nuestros juegos locos, huía de mí, vestida de blanco, por el campo abierto, parecía perseguir lás mariposas de su risa. Sus dientes de espuma mordían siempre una flor. Era una silueta delicada, de una vivacidad infantil.

Pero, ¿qué había en el fondo de sus ojos verdes? Mil veces me incliné para ver...

Ella se echaba a reír, y se ponía tan cerca de mí, que se encendían los besos.

—Mira, mira bien... en el fondo — me decía, burlándose— : ¿no ves que esos ojos tienen puerta de escape?... ¿lo ves?... ¡ten cuidado!... porque si te caes dentro... ¡pobrecito mío!... si te caes dentro, no vuelves a ver la luz.

Yo la abrazaba hasta hacer crujir su cuerpo frágil.

—Me gusta que me hagas daño — me decía riendo con lágrimas.

Y mientras le tatuaba la piel con mis besos, se quedaba con los ojos fijos en el horizonte, como si esperase el regreso de una barca que no debía volver.

Estábamos tan solos, tan solos, que parecía que nos hubieran olvidado en el mundo. Desde nuestro balcón dominábamos la diminuta aldea de pescadores y el mar rizado, que avanzaba y se retiraba regularmente dos veces al día. Apenas si veíamos pasar alguna vez un marinero agobiado bajo el peso de las redes...

Una noche (recuerdo que la luna redonda arrastraba sobre las aguas su nívea cola de pavo real), una noche se quedó dormida en mis brazos, sobre el canapé. Por la ventana abierta entraba la languidez y el rumor extraño de la soledad...

... ...

... ...

De pronto tuvo un sobresalto y se irguió, helada de terror.

—¡La sangre!... ¡la sangre! — gritó, como si huyera de su pesadilla.

Yo sentí en las espaldas un latigazo de tragedia.

Temblé sin saber por qué.

Cuando me repuse, Suzón se había echado sobre el lecho y lloraba como una niña.

La envolví en mis brazos, la dije mil palabras tiernas, pero se obstinó en no quitarse el pañuelo de los ojos.

La noche pasó como un mes largo.

A la mañana siguiente saltó del lecho y se vistió aprisa.

Cuando vi que se ponía el sombrero, no pude contenerme, y le pregunté:

—¿A dónde vas?

—¡Quién sabe!...—murmuró sin volver la cara.

Entonces presentí algo muy triste. La obligué a sentarse en mis rodillas.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Por qué te vas?

—¿Para qué lo quieres saber?

—Dímelo...

Suzón me miró fijamente durante un momento, como si dudara.

Después se decidió.

—Me voy — dijo con voz imperceptible—, porque, si sigo aquí, te voy a matar.

—¿Por qué?

—No sé, pero te voy a matar.

Me quedé absorto. No había habido entre nosotros una sola disputa. Aquellos meses se deslizaban sin el menor tropiezo. Yo sabía que ella había tenido otros amantes. Ella conocía algo de mi pasado. Pero no asomó jamás un reproche. Nuestra unión era un intermedio de estío.

Suzón se puso los guantes.

—Me mandarás el baúl — murmuró, empinándose para besarme en la boca.

—Te lo mandaré — le dije—, pero a condición de que me cuentes por qué sufres.

—Porque te odio.

—¿Y por qué me odias?

—Porque has sido bueno... ¿Ves mis ojos?... Míralos bien... ¿Qué hay en el fondo?... ¿Qué ves?...

—Lágrimas...

—¿Y después?...

—Lágrimas...

—Sí, sí; pero ¿después?...

—Después no veo nada...

—Mira bien...

—Después veo una sombra... una gran sombra...

—No mires más. Me voy para que no caigas ahí.

—Pero esto es un delirio, Suzón; tú ya no me quieres...

—Te quiero hasta odiarte. Tú sabes que nos debemos separar dentro de un mes... o dos... al azar de nuestra vida... Cuando tú me dejes, *yo sé que te tengo de matar*... Por eso me escapo...

—Cálmate y reflexionemos. Tú has tenido, antes de nuestro encuentro, varios amantes.

—Sí.

—Los has dejado y reemplazado a tu capricho, sin una lágrima...

—Sí...

—A ellos... ¿no los has amenazado nunca?...

—Nunca...

—¿Por qué me quieres matar entonces?

—......

—Di, ¿por qué?

—No sé...

—Tu actitud es absurda...

—Quizá... Déjame salir de aquí...

—No...

—Déjame... Te prometo que volveré...

—No...

—Entonces permíteme sentarme detrás de ti. Quiero besarte en el cuello...

... .

... ...

Tales fueron los antecedentes del atentado.

Yo no me di cuenta de nada. Sentí un frío en la nuca y caí sin sentido.

Después supe que Suzón me había disparado un tiro a quema ropa... En el hospital se negaron a darme detalles sobre el asunto. Pero cuando salí, al cabo de veinte días, lo supe todo.

Mis amigos se habían encargado de evitar que el asunto tuviera transcendencia. La justicia no intervino para nada. Y como Suzón parecía dispuesta a volver a empezar, la embarcaron para Norte América.

De ella recibí ayer una carta en que me dice : «¿Te acuerdas de la sombra de mis ojos?»

FIN

INDICE

BIBLIOTECA SOPENA

TOMOS PUBLICADOS

1.—**La Gloria de don Ramiro,** por Enrique Larreta.
2.—**La Ginesa,** por Carlos María Ocantos.
3.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 1.º), por Mateo Alemán.
4.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 2.º).
5.—**El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha,** por Miguel de Cervantes Saavedra.
6.—**Novelas Ejemplares** (tomo 1.º), por Miguel de Cervantes Saavedra.
7.—**Novelas Ejemplares** (tomo 2.º).
8.—**La Galatea,** por Miguel de Cervantes Saavedra.
9.—**Los Trabajos de Persiles y Segismunda,** por Miguel de Cervantes Saavedra.
10.—**La Caravana,** por Eduardo Marquina.
11.—**León Zaldívar,** por Carlos María Ocantos.
12.—**El Quijote Apócrifo,** por Alonso Fernández de Avellaneda.
13.—**Como un sueño,** por A. G. Barrili.
14.—**Los Lobos y el Cordero,** por J. S. Fletcher.
15.—**Historia de la vida del buscón llamado don Pablos,** por Francisco de Quevedo y Villegas.

16.—**¡Misericordia!**, por M. Martínez Barrionuevo.
17.—**Eros**, por Juan Verga.
18.—**Floración**, por Rafael López de Haro.
19.—**La Juventud de Aurelio Zaldívar**, por A. Hernández Catá.
20.—**Vuelo de Cisnes**, por Vargas Vila.
21.—**La Novela del Honor**, por Rafael López de Haro.
22.—**El Alcázar de las Perlas**, por Francisco Villaespesa.
23.—**Entre todas las mujeres**, por Rafael López de Haro.
24.—**Novela Erótica**, por A. Hernández Catá
25.—**De los Viñedos de la Eternidad**, por Vargas Vila.
26.—**Quilito**, por Carlos María Ocantos.
27.—**Beso de Oro**, por Eduardo Marquina.
28.—**Entre dos Luces**, por Carlos María Ocantos.
29.—**Libre Estética**, por Vargas Vila.
30.—**El Olmo y la Yedra**, por A. G. Barrili.
31.—**El Libro del Amor y de la Muerte**, por Francisco Villaespesa.
32.—**El Candidato**, por Carlos María Ocantos
33.—**Sobre el abismo**, por Eduardo Zamacois.
34.—**La imposible**, por Rafael López de Haro
35.—**María Magdalena**, por Vargas Vila.
36.—**La Pícara Justina.**
37.—**Al borde del pecado**, por Alvaro Retana.
38.—**El Sátiro Príapo y la Diosa Hebe**, por Serafín Puertas.

39.—**Fuegos fátuos,** por A. Hernández Catá.
40.—**El Diablo Cojuelo,** por Luis Vélez de Guevara.
41.—**Tobi,** por Carlos María Ocantos.
42.—**Aben-Humeya,** por Francisco Villaespesa.
43.—**Los sueños,** por Francisco de Quevedo y Villegas.
44.—**Punto - Negro,** por Eduardo Zamacois.
45.—**Pelayo González,** por A. Hernández Catá.
46.—**El Tesoro de Golconda,** por A. G. Barrili.
47.—**Promisión,** por Carlos María Ocantos.
48.—**El Salto de la Novia,** por R. López de Haro.
49.—**Memorias de una Cortesana** (tomo 1.º), por Eduardo Zamacois.
50.—**Memorias de una Cortesana** (t. 2.º).
51.—**El último Contrabandista,** por Carmen de Burgos.
52.—**Collar de Perlas.**
53.—**Siempreviva,** por A. Martínez Olmedilla.
54.—**El Maestrante,** por A. Palacio Valdés.
55.—**A flor de piel,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
56.—**La noche del sábado.—Lo Cursi,** por Jacinto Benavente.
57.—**El Seductor,** por Eduardo Zamacois.
58.—**La procesión de los días,** por W. Fernández-Flórez.
59.—**La hermana San Sulpicio,** por A. Palacio Valdés.

60.—**Siervo y tirano,** por A. Martínez Olmedilla.
61.—**Las sensaciones de Julia,** por Rafael López de Haro.
62.—**Loca de amor,** por Eduardo Zamacois.
63.—**La Celestina,** por Fernando de Rojas.
64.—**Duelo a muerte,** por Eduardo Zamacois
65.—**Frivolidad,** por A. de Hoyos y Vinent.
66.—**La enferma,** por Eduardo Zamacois.
67.—**Sirena,** por Rafael López de Haro.
68.—**Tik-Nay,** por Eduardo Zamacois.
69.—**Los emigrantes,** por A. de Hoyos y Vinent.
70.—**Incesto,** por Eduardo Zamacois.
71.—**Doña Isabel de Godínez,** por Vásquez Yepes.
72.—**Amar a obscuras,** por Eduardo Zamacois.
73.—**Las perversas,** por Augusto Martínez Olmedilla.
74.—**Misia Jeromita,** por C. María Ocantos.
75.—**Noche de bodas,** por Eduardo Zamacois.
76.—**Mors in vita,** por A. de Hoyos y Vinent.
77.—**De carne y hueso,** por Eduardo Zamacois.
78.—**Antología de poetas americanos.**
79.—**La sugestión de América,** por José Costa Figueiras.
80.—**Las fraguas de la fortuna,** por José Costa Figueiras.
81.—**La vejez de Heliogábalo,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
82.—**Dominadoras,** por R. López de Haro.


2 Ptas.